

HOMENAJE A DON CLAUDIO MATTE (1858-1956),
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
(1926-1927) CON OCASION DE SU MUERTE

HOMENAJE AL PROFESOR DON FEDERICO HANSEN
AL CUMPLIRSE EL CENTENARIO DE
SU NACIMIENTO (1857 - 1919)

Los nombres de Bello, Lastarria, Montt, Domeyko, Varas, Amunátegui, Barros Arana, Letelier y otros, consagraron en el siglo pasado un capítulo fecundo de la historia de la educación en América y fueron los conductores de la cultura chilena. Los cincuenta años del siglo actual los llenó Claudio Matte (1858-1956) con una labor tan silenciosa como fecunda. Por la fecha de su nacimiento, por su formación intelectual, por su convencida orientación pedagógica, Claudio Matte fué heredero de la tradición de aquellos hombres esclarecidos. Pero mientras la generalidad de esos maestros puso especial énfasis en la estructuración de la enseñanza secundaria y universitaria, Claudio Matte consagró su intensa obra pedagógica a la organización de la enseñanza primaria. Muchas generaciones de Chile y aun de una parte de América aprendieron a leer en el clásico SILABARIO de Matte, como se llama a ese modelo de enseñanza gradual de la lectura, publicado en Leipzig en 1884, con once ediciones hasta el año 1902. Desde el año siguiente la Sociedad de Instrucción Primaria dispuso su edición en Chile, completándose sesenta ediciones en 1957, con una cifra que sobrepasa los once millones de ejemplares y cabe esperar que continuará los nobles fines que su autor se propuso.

Claudio Matte pensó siempre y antes que nada, en la educación primaria concibiéndola como un estrato básico sin el cual es imposible cualquier otro progreso de la cultura. Tal fué la preocupación constante de su vida. Es así como aceptó la Dirección de Educación Primaria después de haber sido gran parte de su vida Presidente de la Sociedad de Instrucción Primaria. No rehusó, por otro lado, cargo alguno desde el cual se pudiera fomentar la educación en Chile. Tuvo por ella un celo constante, antes, durante y aun después de haber sido Rector de nuestra Universidad.

La edificación de escuelas para las primeras letras, la construcción, en general, de establecimientos educacionales, contaron con Claudio Matte para una ampliación de estos servicios, a los cuales contribuyó con su fortuna personal en forma de que no hay memoria en Chile.

Los merecimientos del ciudadano, la sabiduría del pedagogo, la desinteresada vocación por el servicio público consagrado por entero al engrandecimiento de la patria, lo llevaron al Rectorado de la Universidad. Al hacerse cargo de ella, trazó las líneas completas de la reforma educacional y se proponía efectuarla cuando sucesos políticos que no es necesario recordar aquí, lo obligaron a renunciar tan alto cargo.

La Universidad de Chile, con motivo del fallecimiento de su ilustre Rector, por acuerdo del Consejo Universitario, rinde a su memoria, en estas páginas de los ANALES, el homenaje de su respeto.

En este número de los ANALES, la Universidad recuerda a otro de sus miembros eminentes.

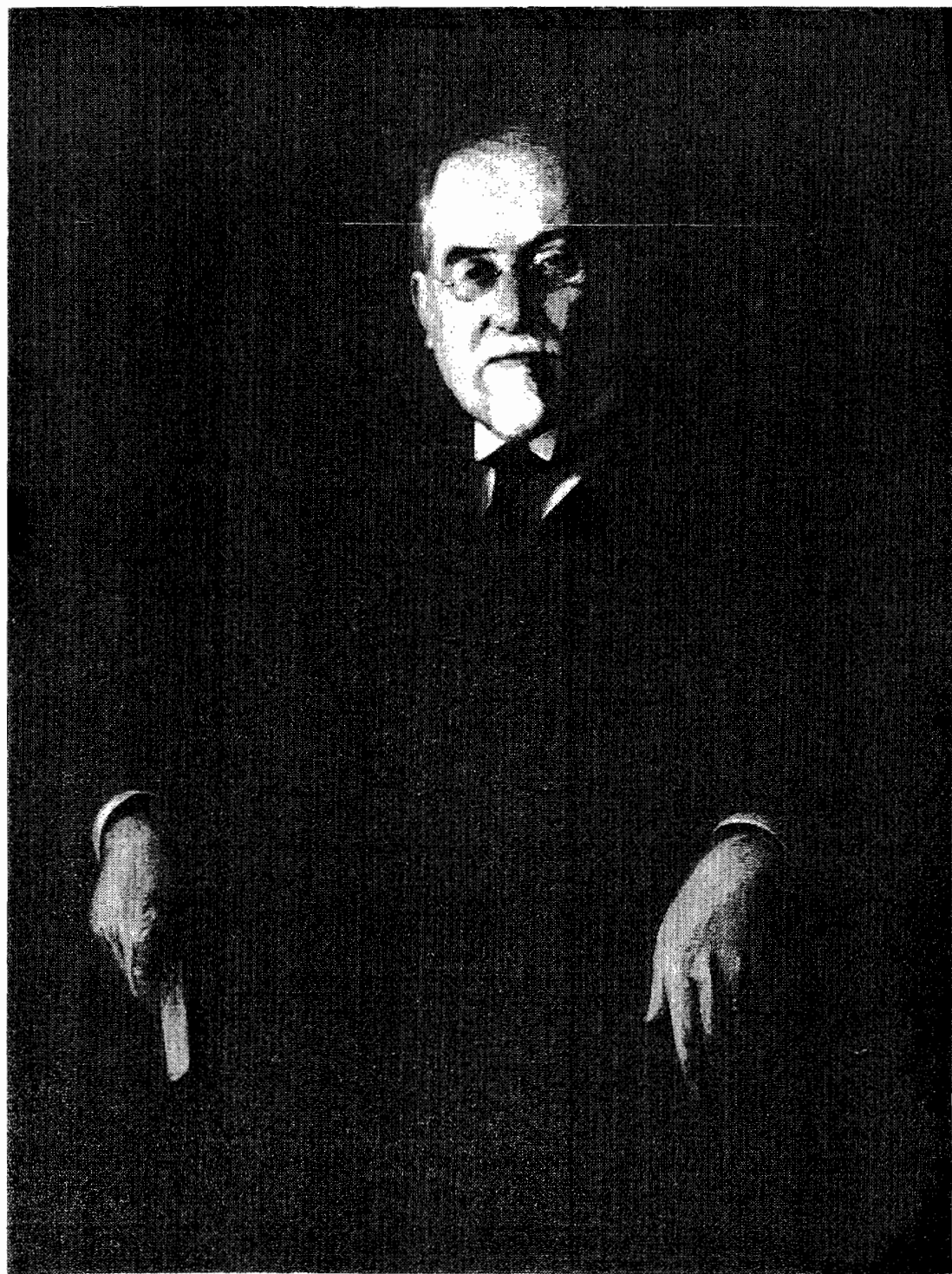
Federico Hanssen (1857-1919), arraigó en Chile, contratado junto a otros profesores alemanes, con motivo de la fundación del Instituto Pedagógico. Se puede decir que desde entonces los estudios filológicos adquirieron no sólo una orientación científica determinada, sino que las clases allí expuestas tuvieron el rango teórico necesario sobre una amplia base de investigación original.

La primera especialidad de Federico Hanssen fué la filología clásica, el griego en especial. A su estudio había aplicado en Europa el mismo método riguroso, monográfico en su expresión, minucioso en su gestación, que introdujo posteriormente en Chile en la filología castellana.

Su preocupación permanente fué mantener el nivel de los estudios a la altura de las necesidades científicas que era necesario atender en Chile para crear un ambiente adecuado en los estudios pedagógicos. Hanssen sigue siendo un maestro y autoridad internacional en los estudios de métrica y de gramática histórica. A él se debe la primera GRAMÁTICA HISTÓRICA de la Lengua Castellana, elaborada en Chile.

Hanssen dió aquí el mejor fruto de su labor intelectual. En Chile o desde Chile publicó sus trabajos más cuidadosos, robusteciendo la tradición filológica iniciada por Bello. En los ANALES de esta Universidad, publicó alrededor de una cincuentena de trabajos que demuestran con nitidez su inmensa erudición y notable espíritu crítico.

El mejor homenaje que la Universidad podía rendir a su eminente miembro Federico Hanssen, Director del Instituto Pedagógico y Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, es la reedición de algunas de las obras del filólogo que vieron la luz en estas páginas de los ANALES. La vida del educador de varias generaciones en su Cátedra del Instituto Pedagógico, fluye también del conjunto de estudios que se le consagraron en esta revista al celebrarse el centenario de su nacimiento.



CLAUDIO MATTE
(1858 - 1956)

Rector de la Universidad de Chile
(1926 - 1927)

GERTRUDIS MUÑOZ DE EBENSBERGER

Claudio Matte

I. INTRODUCCION

BREVE sueño es la vida de un hombre, por muy dilatada que parezca, y de ella queda sólo el recuerdo. Y este recuerdo, cuán luego palidece si no está vivo en un corazón que lo guarda con amor.

Eso sí: el recuerdo de un ser que amamos es un tesoro que nos acompaña mientras vivimos.

Así también, los pueblos quieren conservar vivo el recuerdo de los hombres que son sus valores, y para ello hay que presentar su vida ejemplar a los que no los conocieron, de manera que tengan la impresión de haberles conocido, para que los puedan admirar y amar.

Entre los grandes hombres de Chile está Don Claudio Matte.

No fué Presidente de la República, ni tribuno o político, ni general victorioso. No fué historiador, ni novelista, poeta o artista. No fué investigador científico, ni filósofo, ni descubridor de regiones ignotas.

Sin embargo, fué todo esto en potencia.

Siendo un hombre de gran familia y de gran fortuna, fué el adalid de la educación popular, que es como tierra fértil de donde nace todo.

Quiero relatar sencillamente como lo he visto, lo que le he oído, lo que le he visto realizar, para que otros lo admiren también, para que la nueva generación lo ame y tome ejemplo en su vida y en sus principios.

Don Claudio nació en una familia rica y distinguida. Sin embargo, su existencia fué tan sencilla, tan sobria, de tanto esfuerzo y laboriosidad prodigiosos, que su recia personalidad se habría desenvuelto e impuesto aun en un medio adverso y difícil.

Las dificultades no le arredaban; todo lo contrario, lo estimulaban a vencerlas.

La personalidad de un hombre se imprime con el nacimiento, y así sus ideas y obras no se explican perfectamente sin conocer el medio social dentro del cual ha crecido, ya sea impregnándose de él, o reaccionando en su contra. De allí resulta la disposición de espíritu, que es el sello de la personalidad.

Don Claudio nació con una vocación incontenible, con una llama viva dentro de su corazón: la educación de la masa popular.

Decía: "Nuestro país no será grande mientras su pueblo sea ignorante, y nuestro pueblo es de muy buena pasta" y lo repetía en todas las oportunidades. "No basta con alfabetizarlo. ¡No! Hay que formarle criterio, mejorar sus costumbres y conducirlo a una mayor cultura".

Quiero narrar lo más que pueda, repitiendo lo que he oído de sus propios labios y hacerlo hablar para que vosotros lo escuchéis, como yo tuve la suerte de escucharlo.

II. PALABRAS PREVIAS

Era Don Claudio un hombre que no llamaba la atención. En la calle, en un grupo, podía pasar inadvertido; pero, cuando se conversaba con él y entraba en confianza, se abría una personalidad que cautivaba de tal manera, que un día tuve la idea de anotar para recuerdo mío, relatos tan interesantes. Esas conversaciones, las quería conservar como un tesoro, pues eran trozos de la historia cultural de toda una época y, en particular, de la esfera dirigente en Chile.

Al volver a casa anotaba textualmente lo oído, con sus propias palabras, pensando que así, algún día, podría releerlo con la misma viveza encantadora.

Tuve las primeras referencias de Don Claudio por el Dr. Vicente Izquierdo en 1912. A causa de larguísimos años de trabajo al microscopio en investigaciones de histología, había sufrido un desprendimiento de la retina y le tenían prohibida toda lectura. Fuí su lectora durante los cuatro años que duraron mis estudios de Francés y Alemán en el Instituto Pedagógico. Salvador Izquierdo, su hermano, era esposo de doña Delia, hermana de Don Claudio, por lo que no sólo eran amigos, sino los ligaban estrechos lazos de parentesco. Me contaba Don Vicente cómo ellos se habían encontrado en Viena, cuando él era alumno de Virchow y Don Claudio estudiaba alemán con su tesón irreductible.

Salí de Santiago, nombrada a Puerto Montt, y en 1925 fuí promovida a Directora del Liceo de San Bernardo. Por intermedio de Mondaca, conseguí presentarse, desde un asiento escondido, el Claustro Pleno en que fué elegido Rector.

Los Liceos dependían del Consejo de Instrucción Pública y había que consultar y someter a su resolución los asuntos del servicio.

Fué, en 1926, la primera vez que hablé con él, como Rector. Me ubicó en el acto. Recordó que conoció a mi padre José María Muñoz Hermosilla, cuando estudiaba en Dresden, becado por el Gobierno y, después, en el Congreso Pedagógico de 1889.

Producido el conflicto con el Instituto Pedagógico, Mondaca lo informó que recién la Universidad me había concedido el título de Profesora de Filosofía. Me llamó y me nombró para servir interinamente las clases vacantes por renuncia de Amanda Labarca. Hice estas clases durante el tiempo que él fué Rector. Con el fin de orientarme y explicarme como él deseaba que se hicieran estas clases, tuvo frecuentes conversaciones conmigo.

En 1928, falleció Mondaca. Un grupo numeroso de sus amigos se reunió para erogar fondos con el fin de comprarle una tumba propia y hacer una edición

de sus poesías. Fuí comisionada para hablar con él sobre la elección del terreno, el proyecto de construcción, el medallón con el relieve de la cabeza del poeta y la inscripción que se elegiría, por lo que mis visitas a su casa se hicieron frecuentes.

Su afecto y admiración por ese hombre extraordinario, por su talento y simpatía, hizo que las entrevistas se tornaran cordiales. De allí fué naciendo una amistad, que hoy considero una herencia que me dejara Mondaca.

Entre tanto, pasé a la Dirección de la Escuela Normal N° 1. Durante muchos años, Don José Alfonso, en su carácter de Presidente de la Liga Protectora de Estudiantes, iba mensualmente a tomar informes detallados acerca del aprovechamiento de sus protegidas. Siempre se ofrecía para contarme algún rasgo de su gran amigo, Don Claudio, y terminaba diciendo: ¡Uf, qué hombre! A su vez, le llevaba noticias de la marcha de la Escuela. La buena formación del profesorado primario, sobre todo del femenino, era uno de los asuntos más fundamentales para Don Claudio.

Cuando, en 1935, aceptó la Dirección de Educación Primaria, llegó a ser mi Jefe. Durante cuatro años, trabajé con él cada semana en su casa, en el estudio de Programas y tantos otros asuntos, por lo que fuí conociendo su pensamiento pedagógico y sus principios. El me envió a Méjico en 1937 como Delegada al 4° Congreso Interamericano de Educación y, más tarde, a las Normales del país, a explicar el sentido de los nuevos programas. Sobre todos estos asuntos debía darle cuenta y, de esta suerte fueron haciéndose un hábito las conversaciones regulares, que se extendían a otros temas y despertaban en él recuerdos que contaba con mucha viveza.

Después de su muerte, la Escuela Normal N° 1 quiso rendirle un homenaje. La actual Directora, Sra. Argelia Ponce, me pidió que trazara su biografía. Acepté, deseosa de dar a conocer algo de lo que le había oído y del trabajo que le presencié hacer. Busqué mis anotaciones. Vi que eran mucho más de lo que creía; pero, estaban dispersas, ocasionales. Las fuí ordenando. Había vacíos que llené con consultas de documentos y publicaciones, que encontré en la Biblioteca Na-

cional donde me ayudaron la Srta. Elvira Zolezzi y Don Carlos Stuardo. Otros datos los encontré en el Museo Pedagógico gracias a la gentileza de su Director, Leonardo Fuentealba, y de su eficiente personal, especialmente a Don Luis Morales. Don Eduardo Tellechea me proporcionó informaciones de primera fuente, que sólo él podía tener como secretario privado, mientras Don Claudio fué Director de Educación Primaria, y me facilitó, además, la copia de un documento desconocido: un testamento hecho por Don Claudio a los 23 años, cuyo borrador manuscrito le obsequió y que conserva como joya.

Conté también con los recuerdos precisos de Moisés Mussa, que acompañó a Don Claudio como Jefe de Enseñanza Normal y trabajó con él, en la más estrecha colaboración. Su gentil esposa, Lily, me secundó como secretaria en este capítulo del trabajo.

Sobre el estilo de su Rectorado de la Universidad, me ilustró en forma inteligente y discreta el Sr. Aurelio Centurión, uno de los Jefes que llevó Mondaca.

Me he documentado, igualmente, en los artículos publicados en "El Mercurio" y en "El Diario Ilustrado" con motivo de cumplir Don Claudio los noventa años, recortes que me facilitó Eugenio del Río Aldunate. El me relató anécdotas y me proporcionó informes sobre la Fundación Belisario Torres.

Un verdadero venero de datos personales y familiares se los debo a Don Domingo Tocornal Matte. El me prestó un artículo de Salvador Valdés Morandé, titulado: "Matte, familia de servidores públicos", publicado en "El Diario Ilustrado" de 4 de agosto de 1952, donde encontré la recopilación de informaciones más completas referentes a la familia.

A todos ellos, mis sinceros agradecimientos.

Los hermosos discursos pronunciados en el Cementerio y en el Congreso con motivo del fallecimiento, han sido otra fuente de información, pues iluminan la personalidad desde distintos puntos de vista. Entre ellos, se destaca el de Don Alejandro Méndez García de la Huerta que hizo uso de la palabra en su carácter de Vicepresidente de la Sociedad

de Instrucción Primaria. El señor Méndez trabajó en la Institución muchos años con Don Claudio y lo ligaba a él una amistad personal. Trazó su semblanza en forma hondamente sentida y hermosa, lo que motivó su publicación completa en "El Mercurio". Fué elegido como su sucesor en la Presidencia de la Sociedad.

La señora Rosa Elvira, hija mayor de Don Claudio, ha completado con generosidad, muchos datos y ha rectificado detalles. Además, me ha alentado a que termine este trabajo en forma de que pueda ser publicado. Para mi tranquilidad, he sometido en manuscrito a la lectura de Don Arturo Matte, que me lo devolvió diciendo que no tiene errores.

Finalmente, mi amiga Remedios Bravo de Carvacho, con gran experiencia de estilista, ha estado junto a mí para mis consultas referentes a redacción. Ella también me ha alentado. A ellos tres, les debo el valor para la publicación.

Si bien para sus familiares, para el grupo que lo rodeaba, para la gente de Gobierno, los historiadores y dirigentes educacionales Don Claudio es ampliamente conocido y apreciado, en cambio para la gran mayoría de los chilenos, es casi un desconocido.

Todos saben que era un hombre muy rico, al que se le ocurrió escribir un Silabario; que fué un gran filántropo y que donó escuelas. Pero... nada más.

El espíritu que me ha movido es darlo a conocer sencillamente, en forma verídica, poniéndolo al alcance de todos como un ejemplo de grandeza y modestia; como un orgullo nacional.

Durante todo el tiempo que he estado escribiendo, he tenido a mi lado, sobre el escritorio, el Silabario. Con frecuencia, lo abría y miraba sus lecciones tan vivas y naturales. Ellas me confortaban. Un día lo abrí al azar, como se consulta un libro de cabecera en busca de un consejo o de un consuelo, y leí el trozo de la niñita que espera el último pan del reparto y se queda con el más chico. Cuando llega a su casa y la madre partió el pan, cayeron de adentro monedas de oro. La madre se asustó y le dijo: "Lleva ese dinero al caballero, seguramente lo ha puesto por equivocación dentro del pan". La niñita fué a devolverlas, pero el caballero le dijo: "No ha

sido por equivocación; ese oro es para ti".

Me pareció que Don Claudio me lo decía a mí. Aquí tenía sobre mi mesa, todo el oro de sus recuerdos. Habían venido sus familiares y amigos. Cada cual me había traído otra joya auténtica como presente gratuito. Esto no es mío.

Se lo ofrezco, en trozos tan sencillos como los de su Silabario, a todos los niños de Chile, que en él aprendieron a leer y hoy son hombres útiles y a todos los chilenos que sientan la grandeza de una de sus glorias máximas.

III. RECUERDOS DE NIÑO

"Eramos trece hermanos que llegamos a ser grandes y ninguno descarriado. Otros murieron chicos. Yo fui uno de los menores. Augusto era quince años mayor.

Mi padre se dedicaba a sus negocios y a su Banco. Mi madre, Rosario Pérez Fontecilla, era emparentada con altos funcionarios del Arzobispado. Su tío Francisco Vargas Fontecilla era un intelectual conocido. Ella era bondadosa; pero, a la vez muy exigente en cuanto a conducta y buenas maneras.

Vivíamos en la calle Catedral, acera Norte, entre Teatinos y la calle del Peumo (hoy Amunátegui). Al frente, en diagonal, vivía don Andrés Bello. Mi madre era muy amiga de Doña Isabel Dunn, que era una dama buenísima. Cuando mi madre iba a veces a Valparaíso con los mayores —en ferrocarril que recién empezaba a correr— nos dejaba a los menores al cuidado de su amiga Isabel.

Recuerdo muy bien a Don Andrés. Tenía su escritorio a la entrada de la casa y allí lo veíamos siempre sentado a su mesa, leyendo o escribiendo muy concentrado y reposadamente. Era muy cariñoso con nosotros, los chicos. En un cajón de abajo de su escritorio tenía una "mina" de galletas y dulces. Pasábamos a saludarlo, seguros de recibir siempre esas golosinas. Era, Don Andrés, admirable en su trabajo y en su manera de ser, afable, discreta, imponente y sereno a la vez.

Conservo de él otro recuerdo imborrable. Un día que fué a nuestra casa y yo lo recibí, me dijo: Cómo está, Don Claudio! Esto me impresionó vivamente.

Fué el primero en mi vida que me dijo así, como de igual a igual.

Más tarde nos cambiamos a una casa de la calle Huérfanos, de varios patios. Los bajos hacia la calle se arrendaban para negocios. Los altos y los patios eran nuestros. En el último estaban las caballerizas y coches. Allí íbamos a jugar al volantín. Hoy se abre y atraviesa por allí el Pasaje Edwards.

En nuestra casa, los hermanos mayores, Augusto y Eduardo, reunían siempre un círculo de amigos interesantes —entre ellos Enrique Mac Iver— y los chicos íbamos de aquí para allá a escuchar las conversaciones de los grandes.

En las tardes y en las noches, por el año 1858, había en casa de Don Miguel Luis Amunátegui, tertulia criolla que Lastarria bautizó con el nombre de Picantería.

Después de comida —de 8 a 11 de la noche— se reunían allí hombres jóvenes y maduros a conversar asuntos de interés general, política del día, noticias del extranjero o hacer comentarios sobre literatura. Concurrían como habitués Errázuriz, Santa María, Vargas Fontecilla, Covarrubias, Melchor Concha (padre) y muchos liberales. Andando el tiempo fueron asiduos picanteros José Victorino Lastarria, Diego Barros Arana, Enrique Mac-Iver y a veces Augusto Matte, entonces muy joven. Era la Picantería una tertulia eminentemente noticiosa y de cordialidad entre personas de valer. En el segundo patio se encontraban las habitaciones de la dueña de casa. Varios amigos más íntimos iban para allá a charlar con ella y a servirse unos mates con comentarios de vida social.

Los ecos de estas conversaciones llegaban hasta nosotros y estimulaban nuestra curiosidad. Un día se comentó una ocurrencia de Lastarria. Dijo que los chilenos tenemos una invencible inclinación a la teneduría de libros, es decir, a quedarnos con los libros prestados".

IV. ADOLESCENCIA

"Hice mis estudios secundarios en el Instituto Nacional, siendo Rector Don Diego Barros Arana.

Allí conocí a Valentín Letelier que iba en un curso superior. Guardaba, Don

Claudio, de estos años, la misma impresión que Letelier describe tan bien en un párrafo de su obra "La lucha por la Cultura".

"Cuanto nos educamos en el Instituto Nacional (seguí yo sus cursos de 1867 a 1871) recordamos claramente el empeño inflexible y perseverante que, no obstante su ingénita bondad, ponía el Sr. Barros Arana para extirpar las prácticas rutinarias de una enseñanza que, por torpe, no sabía hablar más que a la memoria de los educandos, dejando en completo olvido la educación de las demás facultades.

Sus frecuentes visitas a las clases (práctica abandonada por sus sucesores), su manera de interrogar y de examinar, los textos que adoptó y los que compuso, y sobre todo sus insistentes consejos a profesores y alumnos, se dirigían a demostrar que un maestro no es un ministro de fe llamado a certificar un hecho, el aprendizaje mecánico de la lección, sino un agente activo, que sabe interesar, excitar y guiar las inteligencias educandas para hacerlas que desarrollen sus conocimientos por sus propios esfuerzos".

Para formarse una idea del espíritu en que se iban formando los jóvenes del Instituto y de la característica de ese rectorado, es ilustrativo un párrafo de una carta dirigida por Don Diego a Mitre el 28 de agosto de 1875. Dice: "Por mi parte, vivo lo más lejos de la política que me es posible vivir. Fuí Rector del Instituto durante diez años. Trabajé con tesón incontrarrestable por reformar la enseñanza, estudiando yo mismo por la noche lo que debía enseñar al día siguiente y aprendiendo así, lección por lección, lo que no había estudiado antes. Creo que mi acción sobre la enseñanza no ha sido inútil y que al fin he podido introducir útiles reformas y despertar en la juventud el amor por ciertos estudios que antes se hacían mal o no se hacían. Pero yo enseñaba la historia sin milagros; la literatura, sin decir que Voltaire era un bandido y un ignorante; la física sin demostrar que el arco iris era el signo de la alianza, y la historia natural sin mencionar la ballena que se tragó a Jonás".

En este ambiente de renovación, de ideas liberales, de espíritu concreto, po-

sitivista, se formaron Letelier, Don Claudio y otros preclaros compañeros.

Una verdadera filosofía es convicción vivida. El espíritu nace con cierta inclinación, y ella se alimenta con influencias de educación y medio y va haciéndose carne y sangre. Así, Don Claudio y sus hermanos fueron de espíritu antimetafísico, práctico. Fueron los primeros "radicales" con un idealismo de auténtico fervor por el bien público.

Sigue contando Don Claudio: "Uno de mis mejores compañeros de curso fué Víctor Körner. Juntos estudiamos tanto y con tanto gusto que hicimos en un solo año el 5º y 6º años de humanidades y rendimos el bachillerato antes de cumplir los 16 años —en 1873.

Víctor se fué a estudiar Medicina y yo entré a Leyes, como todos mis hermanos; cumpliendo con una tradición familiar que consideraba estos estudios como el complemento de una cultura general.

Los estudios de Leyes duraban cinco años. Fuí adelantando exámenes con estudios privados y llegué al término antes de cumplir los 20 años de edad. Me alcanzó una disposición que prohibía conceder títulos profesionales antes de los 20 años. De manera que tuve que esperar cumplirlos para que se me entregara el diploma de abogado en enero de 1879".

"Estaba aún en el Instituto Nacional y contaba apenas 15 años, cuando un día tuve una sorpresa, cuya impresión profunda no he podido olvidar nunca.

Me entregaron una comunicación en que figuraba como Director de una Sociedad Católica de Educación, fundada por un sacerdote de gran prestigio —Don Francisco de Paula Taforó— y presidida en ese momento por Pedro Montt, muy amigo de nuestra familia y de mis hermanos mayores.

Don Pedro, que ya había notado mi afición por los asuntos de educación, me dijo: "Está bien que vengas a sesionar con nosotros y a trabajar por la obra de esta Sociedad". Yo lo tomé muy en serio y empecé a asistir con regularidad. Oía y meditaba con entusiasmo los asuntos que allí se trataban. Allí me vine a dar cuenta de que el problema de la educación me interesaba por sobre todos los demás.

Todos los hombres tienen su hobby: a unos les gustan los caballos; otros coleccionan estampillas. Pues a mí me atraía la instrucción del pueblo. Observaba a mi país y veía que la mayor necesidad para su futuro desarrollo era y es el remediar la profunda incultura del pueblo. Visité escuelas primarias y ví que eran pésimas; pero no sabía cómo debía procederse para mejorarlas. Esta idea me obsesionaba. La revolvía y volvía a revolver en mi cabeza. No veía la hora de asistir a las reuniones y con pasión realizaba el trabajo que se me daba. Hice clases en una escuela nocturna para obreros. Veía un problema nacional inmenso y una oscuridad completa sobre cómo abordar un asunto tan gigantesco”.

V. CHILE EN PELIGRO

“En nuestra casa los hermanos mayores, Augusto y Eduardo, seguían recibiendo a ese círculo de amigos habituales a los que unía la idea común de oposición al gobierno conservador, a la república autocrática en que las elecciones eran preparadas en la Moneda. Eduardo, íntimo de Enrique Mac Iver, fundó y costeó por su cuenta el diario “La Libertad Electoral”. En él se libraban batallas en defensa de Mac Iver, al cual los conservadores atacaban violentamente. Allí publicaron sus artículos doctrinarios Barros Arana y Valentín Letelier y todos los hombres del partido de avanzada radical. En ese diario, Eduardo gastó casi toda su fortuna, porque era hombre desinteresado que hacía todo por sus ideas. Más tarde me hice muy amigo de Mac Iver. Compartíamos las mismas ideas liberales avanzadas. Eramos los primeros radicales; ¡pero de los de antiguo cuño!

Si bien dentro del país arreciaba la lucha ideológica, surgió un conflicto internacional grave: la guerra con el Perú y Bolivia; la guerra del Pacífico; la guerra del 79.

Esto hizo olvidar las diferencias internas: era Chile que estaba en peligro.

Un día, el Presidente Aníbal Pinto llamó a Augusto y le pidió que lo secundara como Ministro de Hacienda. Ya conocía su talento económico, pues el año an-

terior había desempeñado esa cartera y había discurrido medidas tan acertadas, como un impuesto a la renta que por lesionar los intereses de las grandes fortunas, lo hicieron renunciar a raíz de censuras en el Parlamento.

Pero, ante un peligro nacional y la petición del Presidente, aceptó regresar.

Pude observar de cerca cómo trabajaban de día y de noche, dirigiendo desde la Moneda la guerra contra el Perú y Bolivia. Hacían una vida austera y milagros de economía para salvar las difíciles situaciones del país.

Augusto costeó de su peculio personal un hospital.

Vivíamos las emociones del heroico sacrificio de Prat y de las campañas posteriores. Así estuvo el Gobierno de Aníbal Pinto y de sus ministros firmes en el timón durante tres años, hasta que la guerra se ganó”.

VI. UN TESTAMENTO

Cuando aún no cumplía veinte años, y antes que obtuviera su título de abogado, en 1878, falleció su padre. Con poca diferencia había perdido también a su madre.

Los bienes seguían indivisos, pero ya cada uno de los hermanos, con muy buen entendimiento, sabían lo que se le asignaría.

A Don Claudio le tocaron las tierras de Ibacache. Se sabía dueño de una gran fortuna. Así como había visitado las escuelas primarias de Santiago y había hecho clases en escuelas nocturnas para obreros, recorría ahora sus campos.

Pesaba sobre su espíritu la profunda ignorancia de los campesinos y veía que los poquísimos maestros que había, apenas si sabían un poco más que esos pobres analfabetos.

Le dolía saber a Chile con un 90% de iletrados.

El querer remediar ese mal se le convirtió en obsesión.

A todo esto le venían unos cólicos hepáticos tan dolorosos y frecuentes, que los médicos lo consideraban incurable en Chile, le prescribían sólo morfina y le aconsejaron que ensayara un tratamiento en Karlsbad. Su hermano Domingo también necesitaba de una operación e

iba a recurrir a un gran cirujano en Inglaterra. Ambos acordaron viajar juntos a Europa. Don Claudio se sintió tan deprimido que creyó que de allá no volvería. Quiso dejar antes sus asuntos arreglados.

En vísperas del viaje redactó de su puño y letra su testamento que obsequió a don Eduardo Tellechea, quien gentilmente nos lo facilitó.

Verlo y leerlo impresiona hondamente: se inicia con su firma "Claudio Matte" tan sencilla, tan clara y tan idéntica a la que tuvo durante toda su vida.

Da la impresión de ver su persona viva, estampándola serenamente y sigue su letra menuda y fina sobre blanquísimo papel delgado tamaño carta, sin líneas, en hileras seguras absolutamente horizontales. Lo redujo a escritura pública. Leámoslo:

"Claudio Matte, hijo legítimo del señor don Domingo Matte y de la señora Rosario Pérez, ambos finados, vengo en hacer las disposiciones testamentarias siguientes para que tengan efecto después de mi muerte:

"1^a—Declaro que soy soltero y que no tengo ningún asignatario forzoso. Mis bienes consisten en los derechos hereditarios que tengo a las sucesiones indivisas de mis referidos padres.

"2^a—Nombro albaceas con tenencias de bienes, a mis hermanos Eduardo, Benjamín y Augusto Matte.

"3^a—Es mi voluntad que se funde en la ciudad de Santiago una Escuela Normal destinada a la formación de buenas preceptoras de escuelas primarias. Con este fin dispongo de la cantidad de cien mil pesos que deberá destinarse a la compra de un terreno y construcción de un edificio adecuado a la naturaleza de esta escuela. El organizador u organizadores de la escuela determinarán exclusivamente la compra y construcción debiendo consultar todas las condiciones que hagan más benéfico el establecimiento. Con la suma consultada en esta cláusula se atenderá también a la dotación de menaje y útiles para la instalación de la escuela. En caso que hubiere un inconveniente muy serio para la compra o construcción, el local para la escuela se obtendrá por arrendamiento u otro modo adecuado. Si acaeciere esto último, la cantidad de dinero determinada

en esta cláusula, será dedicada al fin que expongo en la cláusula cuarta. Si cumplidas las disposiciones de esta cláusula, sobrare algo de los cien mil pesos, el saldo será también dedicado al fin expresado en la cláusula cuarta.

"4^a—Dispongo de la suma de doscientos mil pesos para el sostenimiento de la escuela. Este dinero será invertido en los bonos, letras o fondos que se juzguen más garantidos y más productivos, y todo su producto se destinará al sostenimiento. Esta inversión, como igualmente la del residuo en caso que lo hubiere, de la suma consultada en la cláusula tercera, será hecha por el organizador y director de la escuela que primero entre a ejercer sus funciones, quien procederá con facultades amplias y tratará de hacerlo de una manera estable, de modo que, en cuanto sea posible, los directores posteriores sólo tengan que percibir la renta. En caso que el primer director, por muerte u otro motivo, no alcanzare a hacer toda la inversión, ésta será hecha o completada por el segundo o tercero. Si después de hecha la inversión total, por amortización u otra causa quedara algún dinero restante, este será invertido de nuevo en los fondos en que incidiere la amortización, o en otros en que hubiere sido invertida anteriormente una parcialidad cualquiera de las sumas consultadas en esta cláusula.

"5^a—Nombro director superior de la escuela a mi hermano Augusto Matte. En caso que por muerte u otro impedimento, no pudiese éste desempeñar el cargo (ya sea que el impedimento o la muerte precedan o sobrevengan a mi muerte) continuará desempeñándolo o entrará a desempeñarlo el hermano varón mío de más edad que existiere a la fecha del impedimento o muerte de Augusto. Después de la muerte o impedimento de aquél, sucederá en el cargo mi hermano varón de más edad que existiere a la muerte o impedimento del anterior, y así sucesivamente hasta el último hermano varón sobreviviente, el cual, a más de ser director durante su vida, tendrá facultad para nombrar sucesores después de su muerte y asegurar, como mejor le parezca, la perpetuidad del cargo. En caso que el último hermano sobreviviente muriere sin hacer el nombramiento de sucesores, o en cual-

quier otro caso que no los hubiere, hará la designación de director el Consejo Superior de Instrucción Pública, o la Institución que lo reemplazare si el Consejo hubiere sido suprimido. El Consejo será completamente libre para hacer la designación, pero ésta sólo podrá recaer en un descendiente legítimo de cualquiera de mis hermanos.

"6°—El primer director que entre a desempeñar sus funciones o el segundo, si aquél no alcanzare, quedará facultado para organizar la escuela, procederá con este objeto a la compra y construcción de un local adecuado, y obrará independientemente de toda persona o autoridad, con sujeción sólo a las bases y condiciones generales establecidas en este testamento y tratando siempre de consultar y poner en práctica los fines que me propongo al fundar este establecimiento y de asegurar para siempre la consecución de estos fines. Servirán de antecedentes para aclarar o precisar mis propósitos, a más de las bases establecidas en este testamento, las opiniones que a este respecto pueda yo manifestar por medio de cartas, apuntes, remisión de planos, conversaciones con mi hermano Domingo, con quien debo emprender un viaje y estudiar esta materia y a quien se dará completo crédito en cuanto exponga a este respecto. El organizador u organizadores tendrán para llenar su cometido facultades amplias, amplísimas. Tanto los directores que organicen la escuela como los subsiguientes tendrán la representación judicial y extrajudicial de ella.

"7°—Los directores que sucedan a los organizadores, siempre que sean de los llamados por este testamento o de los designados por el último hermano varón sobreviviente, tendrán facultades amplias para la dirección y administración de la escuela y en el desempeño de sus funciones serán independientes de toda persona o autoridad. Se sujetarán, sin embargo, a las bases y propósitos fijados por mí y a la organización establecida por los organizadores, en la cual no podrán introducir innovación alguna que no fuere para mejorarla conservándola. Los directores designados por el Consejo Superior de Instrucción Pública tendrán las mismas facultades con las mismas limitaciones, pero respecto de

éstos el Consejo tendrá la facultad de promover su remoción recurriendo a la justicia ordinaria por sí o por medio del ministerio público siempre que justificase de un modo fidedigno que el director se ha apartado seriamente de las miras progresistas que deben guiar la dirección de un establecimiento de esta naturaleza o, sobre todo, que aquel hace servir o trata de hacer servir el establecimiento de instrumento de propaganda de una secta o círculo y en general siempre que por mala dirección de la escuela fueren afectados los intereses de la instrucción pública, cuya guarda está encomendada al Consejo.

"8°—Mi propósito al establecer la fundación de esta escuela es propender a la reforma radical del sistema de instrucción primaria establecido en el país acercándolo en cuanto sea adaptable, al de Estados Unidos. Considero, pues, necesario hacer traer de este país el personal docente de la escuela, y hacer la construcción de ésta conforme a la de los establecimientos análogos de Estados Unidos. Se tratará de formar preceptoras que en su enseñanza desarrollen principalmente la inteligencia, la facultad de pensar y el buen sentido práctico de los alumnos, en lugar de la memoria, que creo sólo debe considerarse como útil auxiliar de aquéllas. Se dará también una importancia capital a la educación del carácter, de la moralidad y de los sentimientos, tratando de formar preceptoras que establezcan en su escuela una disciplina suave y serena, que inculquen insensiblemente a sus alumnos la idea de que la escuela es una imagen de la sociedad a que más tarde habrán de pertenecer y cuyas leyes y convenciones tendrán que respetar y servir. Se dará también mucha importancia a la adquisición de conocimientos útiles y prácticos que sirvan para la satisfacción de las necesidades ordinarias de la vida. Para conseguir estos fines, es necesario que las alumnas de la escuela normal sean internas. Sólo podrán ser alumnos de ella las mujeres, de entre las cuales se preferirá a aquéllas que pertenezcan a familias pobres y decentes. El número de alumnas será limitado por la renta destinada al sostenimiento de la escuela.

"9°—Mis albaceas repartirán entre mis parientes pobres que consideren más dig-

nos, el producto de la suma de diez mil pesos, que con este fin serán invertidos en bonos o letras a disposición de ellos.

"10.—El remanente de mis bienes será repartido entre mis herederos ab-intestato en conformidad a las disposiciones establecidas por el Código Civil para el caso de sucesión intestada".

La importancia del legado instituido en su testamento por Don Claudio, se puede apreciar en nuestros días, comparándolo con el presupuesto de Educación del año de su fecha, 1881, que alcanzaba, en el rubro "Educación Primaria" a la suma de \$ 413.118,— de 31 d.

En consecuencia, el legado de Don Claudio habría representado más del 70% de la suma consultada por el país para el sostenimiento de esa rama de la educación durante un año.

VII. A EUROPA

Aún no terminaba la guerra del Pacífico, a principios de 1881 emprendió viaje a Europa en un vapor inglés, en compañía de su hermano Domingo.

La ruta obligada era por el Estrecho de Magallanes. Conoció los canales y la naciente ciudad de Punta Arenas. Allí apenas se vislumbraba, por relatos de aventureros y expedicionarios, la importancia de esa Patagonia desconocida y lo que era la Tierra del Fuego.

Durante las largas semanas de navegación, junto con conocer los puertos que se tocaban, aprovechó de practicar intensamente el idioma inglés.

Desembarcó en Francia y fué a París a consultar a un especialista de gran fama. Después de un examen minucioso, le recetó, como última palabra, como lo más efectivo, tomar con regularidad una infusión de hojas de un árbol de un país muy lejano, muy difícil de conseguir "feuilles de boldó du Chili".

"Cuál no sería su sorpresa, contaba Don Claudio, cuando le dije que yo venía de ese país y pasaba los veranos en el campo lleno de bosques de boldó".

"Resolví realizar el tratamiento en Karlsbad, pero me informaron que esas termas estaban cerradas durante el invierno.

Llené mi tiempo estudiando francés e inglés. Leía la historia de esos países en su propio idioma. Comprendí que la llave para comprender a un pueblo es dominar su idioma y conocer a fondo su historia. Conjuntamente, visitaba los lugares y monumentos históricos.

Pasé la primavera en Italia, y atravesando por Trieste llegué a Viena. Allí noté la necesidad del alemán.

Cuando se abrieron las Termas de Karlsbad, fuí para allá. Con el fin de aprender el idioma me alojé en una casa alemana que recibía pensionistas. Tomé un profesor para el aprendizaje teórico, y la práctica la hacía con las niñas de la casa. Primero fué desesperante: Creí que ese idioma no lo aprendería nunca. Pero perseveré, tanto en el régimen de tratamiento para mis ataques de cálculos, como para aprender esa lengua endemoniada.

Poco a poco las dificultades iban cediendo.

Un régimen "Kurgemäss", con alimentación racional, y las aguas, hicieron distanciarse los cólicos, hasta desaparecer, y dejé la morfina definitivamente.

Empecé a entender el idioma y ya me arriesgaba a hablar un poco.

Fuí después a tomar la "Nachkur" —o tratamiento complementario— en Bad Ischl, termas elegantes en donde se reunía a la sazón la corte de Austria. Estaba el emperador Francisco José con su familia y séquito. Era un gusto ver la belleza, la gracia y elegancia de la alta aristocracia imperial, lucir sus galas en los paseos y reuniones sociales del balneario.

Allí continué el estudio del alemán con un profesor, y no perdí oportunidad para oír conversar, y conversar yo como podía, con tantas personas cultísimas e interesantes.

Terminada la temporada, fuí a Viena y me aboné a los dramas clásicos en el "Burgtheater". Tenía mi asiento en las

primeras filas. Compraba antes la obra que se iba a representar. La leía, traducía y estudiaba perfectamente en casa. Sólo después la veía y oía representar por actores que con razón tenían la fama de hablar y pronunciar el alemán más perfecto. Así aprendí a entender hasta lo más difícil de los versos y prosas clásicas".

Ya se manifiesta en el joven esa voluntad férrea que, persiguiendo su fin, no se arredra ante nada.

Venció la enfermedad con un régimen severo de vida y de alimentación contrarios a todo lo que puede agradar a un joven. Dejó de golpe la morfina, a la cual ya se estaba habituando; así como dejó más tarde el cigarrillo. Aprendió el alemán hasta en sus mayores refinamientos literarios y científicos. Estudiaba la historia y la cultura del país hasta comprenderla a fondo: "gruendlich" como dicen los alemanes.

Con esta preparación se fué a Berlín.

Estaba allí de Ministro de Chile Guillermo Matta, y de secretario, su yerno, Valentín Letelier.

"Juntos visitamos las escuelas de Berlín. Valentín no pudo aprender nunca el alemán. En las visitas él veía, pero no entendía. Yo le traducía y explicaba. Pero era tan entusiasta e infatigable que observaba y adivinaba y los documentos se los traducía yo. De esta colaboración nació el trabajo "Las escuelas de Berlín".

Terminado éste, empezamos a visitar las escuelas secundarias, los "Gymnasium" y la Universidad. Esto dió origen a otro informe enviado por el Ministro Matta al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile en 1885, que fué publicado con el título "La Instrucción Secundaria y la Instrucción Universitaria en Berlín". *

En él decían:

"Para componer este trabajo, que nos ha demandado no pocos afanes, hemos visitado juntos la Universidad y algunos establecimientos de instrucción secundaria de esta capital. Juntos hemos consultado la dispersa legislación del ramo y algunas obras especiales y juntos hemos recogido casi todas las observaciones personales y hecho las interrogaciones que la comprobación y aclaración de los datos ha requerido. Hoy cuando lo entregamos acabado, podemos asegurar, no por

Estos trabajos en común, en que nos entendíamos perfectamente, estrechó nuestra amistad. Fuimos amigos toda la vida y cultivamos una correspondencia permanente sobre tantos asuntos de interés común".

VIII. EL SILABARIO

Cuenta Don Claudio:

"El interés mío era ir a Leipzig, que era el centro intelectual de Alemania. Guillermo Matta me consiguió una presentación oficial del Ministro de Educación de Sajonia que me autorizaba para visitar y asistir a las clases de todas las escuelas del reino.

Los alemanes son muy respetuosos de la autoridad. Con esta introducción ministerial me abrían las puertas como a un gran personaje. Yo era "Herr Doktor der Rechte" (doctor en leyes). Empecé a visitar escuelas. Durante muchas semanas me instalaba en las clases, sentado en una silla, atrás en la sala. Los alemanes llaman eso "hospitieren". Oía y oía y me quedaba maravillado. Yo siempre había pensado que los métodos de enseñanza en mi tierra eran malos; pero no sabía dónde estaba lo malo. Ahora se me abrían horizontes: los alemanes habían resuelto el problema. En nuestra tierra todo era memorizar. Aquí se debía observar, pensar y entender. Interrogaba a los profesores sobre las razones de sus procedimientos.

Me interesaba sobre todo la enseñanza de la lectura y escritura. Estudiando este problema, me hice muy amigo del profesor Richard Siegel, que vivía en las afueras de Leipzig en un barrio residencial que llamaban Vorort Rendsitz. Como él trabajaba de día, me invitaba de

vano orgullo, sino por legítima satisfacción, que en ningún trabajo análogo publicado por españoles, italianos, franceses o ingleses, se encontrará un acopio de datos tan abundante sobre la organización docente de Prusia, y que el nuestro, con ser de los más reducidos, es bajo este respecto el más completo que conocemos".

Esto fué la más absoluta verdad entonces y durante mucho tiempo. El sistema concéntrico adoptado para los liceos en 1893 tuvo origen en este informe, así como también la idea de crear un Instituto Pedagógico como escuela universitaria.

noche. Se nos hacían cortas las horas conversando en su "Schreibzimmer" (escritorio). Yo le preguntaba sobre asuntos pedagógicos y metodológicos cuyas causas y razones yo quería comprender, y él me lo explicaba con claridad meridiana. Sin sombrero iba a acompañarme al tranvía, y volvíamos a dar una y otra vuelta conversando de lo mismo, hasta que por fin yo tomaba uno y nos decíamos: Hasta mañana.

Reuní libros y me puse a estudiar la historia de los distintos métodos que se han empleado en Europa durante los últimos siglos para enseñar a leer y escribir y me dediqué a pensar cómo poder aplicar el método último, encontrado por los alemanes, al idioma castellano, tan profundamente diverso en su morfología y sintaxis.

Estaba en estos estudios, cuando me encontré un día con José Abelardo Núñez, que se encontraba estudiando en Alemania. Hablamos del asunto, y le dije: "¡Mire, hombre, ese método suyo por el que se está enseñando a leer en Chile es muy aburrido! Yo estoy buscando el medio cómo aplicar el procedimiento alemán a nuestro idioma".

—"¡Eso no es posible!, me contestó. Este método es exclusivo para este idioma tan lleno de consonantes. Sirve sólo para los alemanes que nacen con puras consonantes".

Yo no me desanimé y seguí, seguí pensando cómo hacerlo.

Empecé a hacer largas listas de palabras para escoger cuáles serían servibles, ya que la palabra debía representar algún objeto conocido y que interesara al niño. Además debía irse en un orden progresivo para las dificultades y en cada palabra debía aparecer sólo un elemento nuevo.

Fué así como poco a poco resultó el silabario, cuya primera edición de seis mil ejemplares se imprimió en la famosa Editorial Brockhaus de Leipzig en 1884.

Entretanto, me había ido yo a Inglaterra.

En Brighton, en septiembre, escribí el prólogo y para allá me enviaban las pruebas para corregirlas. Escribí además un opúsculo sobre la historia de los métodos de lectura y escritura usados en Europa en los últimos siglos, co-

mentando sus dificultades e inconvenientes.

Envié la edición como regalo a la Sociedad de Instrucción Primaria de Chile. En marzo de 1885, se le entregaron a Don Martín Schneider, profesor de Pedagogía, cien ejemplares, y él presentó un informe detallado, muy favorable. En Santiago lo tomó con sumo interés y por iniciativa absolutamente personal, el profesor Rómulo Ahumada y lo aplicó por primera vez en una escuela nocturna para obreros, con un éxito inesperado. Invité a ver los resultados y se convirtió en un propagandista fervoroso. Así lo dió a conocer mucho antes de que yo regresara a Chile.

Volví a París y de allí me fuí a México.

Una de mis primeras visitas fué a la Escuela Normal y pregunté lo que más me interesaba: qué método se empleaba para la enseñanza de la lectura y escritura. El Director me contestó que recién se había implantado un método nuevo de un caballero alemán cuyo nombre no recordaba. Me llevó a la Escuela Primaria de Aplicación, y en el curso de primeras letras me hizo mostrar el silabario. ¡Cuál no sería mi sorpresa, cuando me encontré con el mío: "Método Gradual" por Claudio Matte, en una edición mexicana.

Lo supo el editor y estuvo muy afligido. Llegó pronto a mi alojamiento a excusarse y me trajo de regalo un ejemplar de mi silabario regiamente encuadernado en cuero mexicano. Conservé este obsequio por muchos años; pero, prestado para una exposición pedagógica, ya no volvió a mi poder".

Don Claudio regresó a Chile en 1888 y se encontró con que don Rómulo Ahumada ya tenía formado un movimiento de opinión favorable al nuevo método.

En septiembre se celebró en Santiago el primer gran Congreso Pedagógico. Don Rómulo fué uno de los secretarios.

Al tocarse el tema, Don Claudio, que presidía la sesión, se hizo reemplazar y bajó para hablar como relator. A continuación se desarrolló un animado debate. Don Rómulo fué un defensor formidable. Expuso su experiencia personal y los éxitos obtenidos con su aplicación. Gran parte de los profesores apoyaban

el silabario Núñez, y era lógico; los movía la costumbre de enseñarlo y su situación para con el Jefe del Servicio.

Apoyaron el método fonético-analítico-sintético, del silabario Matte, José María Muñoz Hermosilla y Juan Madrid, profesores recién llegados de Alemania, que conocían el procedimiento y estaban convencidos de que era un gran progreso metodológico.

Fué así como el silabario empezó a adoptarse en algunas escuelas públicas.

Cuando llegaron contratados los profesores alemanes para las Escuelas Normales, ellos adoptaron este método por ser el mismo que se usaba en Alemania y que encontraron perfectamente adaptado al castellano. Entró a figurar con el nombre de "Método de la palabra normal". Fué el método uniforme y exclusivo que se enseñó en todas las Normales de Chile hasta 1928.

El libro fué declarado texto oficial para todas las Escuelas Primarias del país por Decreto 1.868 de 1º de agosto de 1894, y al año siguiente el Gobierno aceptó una propuesta de 500 colecciones de letras móviles con el fin de repartirlas para su enseñanza.

En 1890, Don Claudio recibió una carta muy pintoresca de un maestro brasileño. Estaba escrita en papel rosado adornado con angelitos sobre un cielo celeste, con alitas ribeteadas de oro. Venía escrita toda en diagonal, en cuidadoso castellano que olía a portugués.

Después de manifestarle su admiración por el nuevo método, le comunicaba que lo había traducido y adaptado al portugués. Le pedía la autorización para publicar la traducción.

Don Claudio accedió; pero no supo qué suerte corrió la implantación del método en el Brasil.

Aquí en Chile, el "Silabario del ojo", como se le llama con cariñosa familiaridad, ha tenido hasta la fecha 60 ediciones con más de once millones de ejemplares. Por él han aprendido a leer tres generaciones de chilenos. A la Sociedad de Instrucción Primaria le ha producido una entrada de muchos millones, empleados todos en la enseñanza popular.

IX. LA ENSEÑANZA DE LOS TRABAJOS MANUALES

Mucho tiempo estuvo Don Claudio fascinado en Alemania; pero su curiosidad universal lo impulsaba a seguir conociendo los demás países de Europa.

Fué a Rusia. Para principiar, le quitaron todos los diarios ingleses que llevaba y un revólver. Este se lo devolvieron después. Conoció San Petersburgo en pleno régimen del Zar y se internó hasta Moscú. De allí trajo un gorro de piel que conservó en Chile por muchos años.

Satisfecha su curiosidad de viajero observador, pasó a Italia y se estableció en Roma. Arrendó un departamento donde tenía tranquilidad para estudiar. Siguió su método: primero el dominio del idioma en forma práctica y gramatical; luego el estudio de la historia desde los orígenes.

Poseionado como lo estaba del derecho romano, comprendió la historia en toda su profundidad y grandeza. Alternaba sus horas de intenso estudio con visitas a lugares y monumentos históricos. Visitó sistemáticamente todos los lugares y los vestigios de lo que estaba estudiando. Conversaba con la gente del pueblo, como cultivaba relaciones con profesores e intelectuales.

No dejó Museo de arte sin conocer. Día a día se proponía un asunto preparado previamente, observado en seguida y retenido fuertemente. Así recorrió toda Italia.

Pero al final, en premio de la tarea cumplida, daba rienda suelta a su afición e iba a visitar escuelas, desde la Universidad y las de enseñanza media para ir a establecerse con amor en las escuelas primarias.

Terminada su larga estada en Italia fué a Suiza y de allí a Francia. El francés le fué muy fácil. Dominaba sus elementos desde Chile y su historia le era familiar. En materia de escuelas no encontró nada que lo cautivara, por lo que pronto siguió a Bélgica.

Cuando ya quería irse a los Estados Unidos, un Director de escuela de Bruselas le habló de los maravillosos adelantos de la educación en Suecia.

Esto lo resolvió a cambiar de programa y se fué a Suecia.

Allí el aprendizaje del idioma le resultó tan difícil como el alemán. Pero, con la experiencia de su método, su voluntad férrea y su tenacidad, llegó pronto a desenvolverse en sueco.

Mientras estuvo allí, no leía, no estudiaba, no conversaba sino en sueco. Llegó a poseerse tanto del idioma que gustó de sus obras literarias. Se constituyó en un gran admirador de Selma Lagerlöf y hasta en sus últimos años en Chile releía la "Gösta Berling Saga".

Un día conoció al Dr. Salomón, casado con una hija de un acaudalado terrateniente y benefactor —un señor Abrahamson, que sostenía una Escuela Normal en Naäs, cerca de Gotenburgo.

Allí se dedicaban de preferencia a la enseñanza de los trabajos manuales.

Esto fué otra revelación. Se estableció allí largo tiempo, hasta conocer a fondo la idea y el método.

"Me convencí de cómo la prolijidad y exactitud en el trabajo manual desarrolla virtudes de inteligencia, de orden y gusto. Es, además, escuela de perseverancia para llegar hasta la terminación.

El aumento sistemático de las dificultades crea una serie de ejercicios que van forjando gradualmente la destreza manual y capacitan al alumno para realizar algo de valer, por propia iniciativa.

En mi país, con sus materias tradicionales escolásticas, existía un profundo menosprecio por el trabajo manual. Se le consideraba sólo para obreros y servidumbre, y a nadie se le ocurría que se le pudiera establecer como un Ramo obligatorio de escuela".

Si a Barros Arana le costó batalla y ataques fieros el haber introducido la historia natural, física, química, cosmografía y geografía física en los estudios del Instituto Nacional, era de prever que el hablar de enseñanza de trabajos manuales iría a encontrarse con prejuicios no menos fuertes.

Otra novedad que encontró en Suecia fué el desarrollo que se le daba a la educación física. Se enseñaba la gimnasia con base científica, con el fin de darle desarrollo a todos los músculos y mantener en buenas condiciones a todo el organismo. Así se la practicaba en las escuelas y se generalizó por el convencimiento de que la gimnasia no sólo es ne-

cesaria en la época escolar, sino para todo hombre que quiere conservar su salud.

Allá empezó él la práctica de las abluciones frías todas las mañanas y los ejercicios gimnásticos sistemáticos a continuación, costumbre que mantuvo siempre y de la cual convenció a algunos amigos, como por ej. a Don José Alfonso que también la practicó día a día. Atribuyó a ella su excelente salud y larga vida.

Pues bien, "reuní todos los materiales y documentación que había acumulado en Suecia; con ellos me despedí de Europa y me fuí a Estados Unidos. Allí pasé siete meses, primero en Chicago, después en Washington y New York.

Pero sobrevino un verano muy caluroso, con muchas muertes por insolaciones, y me fuí al Norte en busca de un clima fresco y de tranquilidad.

Escogí un pueblecito muy apacible llamado Bethlehem en las White Mountains, y allí, en un completo retiro escribí el librito "Enseñanza de los Trabajos Manuales", cuyo material y estructura ya estaban listos.

Se lo mandé a mi hermano Augusto que lo hizo imprimir en Santiago y lo repartió a varias personas interesadas en asuntos educacionales, entre ellas a Don Diego Barros Arana.

Don Diego lo leyó con sumo interés y luego publicó un artículo sobre este trabajo.

En su calidad de Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, me propuso para Miembro académico de la Facultad y se me confirmó como tal, lo que fué un honor muy grande para mí, ya que entonces era aún muy joven".

De vuelta en Chile, Don Claudio habló tanto a los Jefes de Servicio y Ministros de estos adelantos que consiguió que se comisionara a Joaquín Cabezas para estudiar en Suecia estos sistemas de la enseñanza manual y el método científico de la educación física que luego se conoció con el nombre de "gimnasia sueca", para introducirlos en Chile.

X. VIAJES POR AMERICA

Más de seis años estuvo Don Claudio en Europa. Quiso conocer América. De los Estados Unidos pasó a México.

Vivía ese país, por el momento, una era de tranquilidad bajo el régimen fuerte de Porfirio Díaz. Después del levantamiento popular encabezado por Benito Juárez que le costó la vida al emperador Maximiliano y convulsiónó el país, la dictadura de Porfirio Díaz fué un período de paz.

Amante de la autoridad, de la conciliación y del orden, había creado un ambiente de progreso material, de cultivo del arte y de cuanto era cultura moderna.

Así, la ciudad de México presentaba un aspecto hermosísimo. Hablaban de su historia las imponentes ruinas aztecas y los palacios e iglesias riquísimas del Virreinato español. El parque y el palacio de Chapultepec eran joyas, en que los refinamientos de gusto del archiduque austriaco y de su esposa, realizados por artistas y jardineros mexicanos, crearon una maravilla de belleza.

Recorridas la ciudad y sus escuelas, Don Claudio quiso conocer el país, atravesarlo de lado a lado.

Para ello era necesario organizar una expedición. Compró una carpa, catre y cocina de campaña. Contrató un guía con hombres recios y seguros y las bestias de carga necesarias y con los aperos y provisiones partieron un día a caballo en dirección a Cuernavaca.

Del altiplano de México fueron descendiendo por los caminos indígenas hasta el valle tropical de Cuernavaca.

¡Qué ciudad tan interesante! Palacios de gobierno españoles y población indígena, con vistosos trajes multicolores las mujeres, como los colibríes de la selva tropical.

Allí pernoctaron por última vez en poblado para internarse durante once días en la Meseta de la Sierra Madre, por sendas que serpenteaban cerro arriba, cerro abajo, entre selvas vírgenes y precipicios, llanuras suaves y desfiladeros. Había que vadear torrentes bravos y seguir por los caminos seculares de los indios.

Al caer la tarde, "el propio" y sus hombres buscaban algún lugar protegido junto a algún estero y allí se armaba la carpa; se prendía la fogata; se descargaban los burritos, que luego pastaban golosos la hierba tierna junto a los caballos cansados con la ruda marcha del día.

En su catre de campaña, abrigado por la carpa, siempre vestido, con la pistola

al lado y custodiado por sus hombres bien armados afuera, tendidos junto al fuego, pasó once noches bajo las estrellas de un cielo a veces despejado y otras veces tormentoso, como es en el trópico.

"En los caminos que recorriamos, recuerdo que me llamaron mucho la atención grupos de indios que pasaban transportando pesadas cargas en la espalda, sostenidas por suspensores sobre los hombros y debajo de los brazos y otra amarra alrededor de la frente. Transportaban fardos pesadísimos y marchaban en hilera, acompasados, silenciosos, enjugados...!"

Al fin llegamos al mar. Volví a ver nuestro mar, el Pacífico inmenso, majestuoso. Habíamos llegado a Acapulco.

En Acapulco tomé un barco y me fui recorriendo todos los puertos de Centro América por el Pacífico. Me detenía algunos días y viajaba a las ciudades del interior.

En todas partes había muchos indios y los blancos vivían una vida colonial. El Gobierno lo manejaban pequeños grupos de élite. Así conocí Centro América".

Lo que Don Claudio nunca contó, pero que se encuentra en publicaciones de la época, son las manifestaciones de alto aprecio y los honores que recibió de los gobiernos de las Repúblicas Centroamericanas que visitó. Así en la República del Salvador, el Diario Oficial y el Inspector de Instrucción Primaria le tributaron homenajes por los servicios prestados a la instrucción pública de América.

Sigue contando Don Claudio: "Me detuve también en Panamá. El territorio era colombiano, distante de la capital, que no sospechaba la importancia que un día iba a tener. Por unos pocos millones había concedido autorización a una compañía francesa para abrir un canal.

Allí estaba Fernando de Lesseps, ya desanimado, con sus veintiún mil trabajadores, entre negros, indios y blancos, que se le morían en masa por el clima mortífero. Se había encontrado además con insospechadas dificultades de terreno, por lo que los trabajos no adelantaban.

Recorrí todos los puertos de Colombia y encontré, como en el resto del recorrido, inercia de trópico, negros y población autóctona y minorías de blancos acomodo-

dados que seguían costumbres patriarcales.

Interesante era Guayaquil, sencillo poblado tropical en el enorme estuario del Guayas, por donde bajaban en piraguas los indios del interior, jíbaros y otros, vendiendo sus productos de frutas, tejidos en fibras de coco, plumas y que no hablaban castellano.

Finalmente, hice una estada más larga en Lima. Abierta estaba aún la herida por la pérdida de la guerra del 79. Recorrí la ciudad. Allí volví a palpar los vestigios de una vieja cultura, la incaica, junto a palacios, iglesias y monumentos del virreinato español.

Después seguí a Arequipa y de allí, a caballo, al lago Titicaca. Esa fué otra expedición de varios días por lo más escarpado de los Andes Americanos.

¡Qué imponente es ese mar engastado a enorme altura en una cuenca montañosa! En sus orillas se veían cardúmenes de canoas de pescadores indios, especie de góndolas venecianas, tejidas por entero en totora y con un velamen, también de totora, como pedazo de abanico amarrado a un mástil. Las maneja un indio con el pantalón arremangado a la rodilla, abrigado con su grueso poncho de colores encendidos, tejidos al telar; la cabeza cubierta con ese gorro apuntado con orejeras, tejido también en lana de colores del arco iris, amarrado bajo la barbilla. Ellos los llaman fluchos o chullos.

Atravesé el lago en una de esas canoas, y de allí seguí en diligencia por el altiplano inmenso como un océano de piedra.

Ese desierto helado a tremenda altura, parece que no tiene vida. Sin embargo, nos cruzamos con caravanas de indios silenciosos, cubiertos de ponchos, la cabeza abrigada con sus chullos, mascando coca, caminando a pie sin detenerse, arreando sus tropillas de llamas elegantes con sus cargas livianas.

Después de varias jornadas, vimos por fin allá abajo la ciudad de La Paz acurrucada en el valle y al fondo el majestuoso volcán Illimani con sus nieves eternas.

Por caminos tortuosos descendimos hasta llegar a la ciudad de callejuelas accidentadas.

Era muy pintoresca en ese tiempo. Tenía carácter de ciudad española e indi-

gena a la vez sin influencia europea moderna. Alojé en una casa cerca del mercado y de una iglesia. Oía el sonido monótono de las flautas indias que llaman "quenás". Veía pasar las manadas de llamitas que cargaban comestibles y mercaderías que los indios descargaban en el suelo en el mercado, para venderlas, con una calma como si el tiempo no existiera. Se sentaban junto a ellas y formaban grupos multicolores con sus vestimentas de lana tejida rojas, verdes, amarillas y de azul intenso.

Observaba las "cholas" con sus muchas faldas una sobre otra como repollo, sus tonguitos y botas elegantes de tacón alto, cargadas de aros y joyas de oro puro, labradas a mano por orfebres criollos. Acudían a la iglesia con fervor y hacían después sus compras y charlas de mercado.

Seguí por el camino de La Paz a Tacna, nuevamente en expedición con mi carpa y catrecito de campaña. Demoramos seis días, descendiendo por caminos accidentados de alta cordillera hasta llegar a Tacna, que hacía sólo cinco años era chilena.

De allí partimos en la última cabalgata de esta larga expedición americana. Siete horas al trote y al paso, observando de lejos los caminos por donde pasaron los chilenos que se tomaron el Morro y llegamos al mar.

En Arica tomé vapor. Después de unos días de tranquila navegación llegué a Valparaíso.

¡Qué felicidad volver a Chile! ¡Había andado siete años ausente!".

XI. REGRESO A CHILE

La Exposición de 1888 y el Congreso Pedagógico de 1889.

Don Claudio encontró al país en una era de prosperidad. Comparándolo con las repúblicas que recién había recorrido, lo encontró muy superior a ellas por su madurez cívica, por el buen sentido que se manifestaba hasta en las luchas políticas enardecidas y por la homogeneidad de su población, que no tenía los tremendos problemas de negros o de la incorporación de una mayoría indígena a la cultura.

Pero, comparándolo con las naciones de Europa, veía todo lo que faltaba.

Decía: "Nuestro pueblo es de muy buena pasta. Lo que le falta es educación". El gran peligro de nuestro país es la incultura del pueblo y su mayor necesidad es la educación popular. "Nuestro pueblo es muy superior a muchos otros pueblos americanos y el pequeño núcleo indígena, los araucanos, son nobles. Es de lo mejor, en indios, de América. Nuestra gente dirigente no se ha compenetrado de esta verdad y no se ha preocupado con el interés y la intensidad que se necesita, de la instrucción primaria.

Por eso sucede aquí algo parecido al Tamany Hall, institución fundada por Tweed en New York, en que un grupo organizado emplea medios demagógicos para usufructuar del pueblo, que, por falta de cultura, se deja arrastrar fácilmente".

Acogido con cariño por su familia, y con el más vivo interés por sus amigos y conocidos, trató con entusiasmo de dar a conocer lo que había visto en Europa y que podía servir a Chile.

Recibió por vía marítima una cantidad de cajones con las colecciones, modelos y herramientas de la Escuela Normal de Nâas, libros, globos terráqueos, material de enseñanza y modelos de mobiliario escolar, en fin, todo lo que había coleccionado en Alemania, Suecia, Suiza y demás países y que creía útil para nosotros.

Con todo esto hizo una Exposición en un negocio de la calle Moneda cerca de Estado. Fué a visitarla muchísima gente, sobre todo los profesores alemanes contratados para el Instituto Pedagógico y para las Escuelas Normales y los chilenos recién llegados de Europa, que llevaban a sus colegas.

Corrió la voz y despertó tanto interés, que un día fué a visitarla el Presidente Balmaceda. Don Claudio le explicó todo detalladamente y Balmaceda se impuso con una comprensión admirable. Tenía la misma afición por los asuntos educacionales y lo demostró haciendo construir buenos locales para las Escuelas Primarias hasta en los confines del territorio. Cuanto adelanto pedagógico era posible, lo hacía poner en práctica en el acto. En este terreno tuvieron los dos completa afinidad. Don Claudio reiteró la importancia que tenía la introducción

de los trabajos manuales en las escuelas y sugirió la idea de mandar a Suecia a un estudiante aprovechado para recomendarlo al Dr. Salomón.

Así fué elegido Joaquín Cabezas. Mientras él estuvo en Suecia, estalló la revolución del 91 y se le suspendió el envío de la pensión. Tuvo que buscarse la vida allá como pudo y quedarse más tiempo que el proyectado. Lo aprovechó para estudiar, además, gimnasia sueca.

Por esta razón, indirectamente se debe a Don Claudio no sólo la introducción de los trabajos manuales como Ramo escolar, sino la creación del Instituto de Educación Física por Joaquín Cabezas.

En la primavera de 1887 el Ministro Plenipotenciario en Francia había transmitido al Ministro de Relaciones una invitación del Presidente de la República Francesa para concurrir a una Exposición Universal en París que se inauguraría allá el 5 de mayo de 1889 para ser cerrada el 31 de octubre de ese mismo año.

El Presidente Balmaceda consultó el asunto con sus Ministros y la invitación fué aceptada.

Por Decreto de 28 de octubre de 1887 se nombró una comisión directiva chilena para organizar los trabajos que Chile enviaría a Exposición Universal de París, pero que serían expuestos previamente en una Exposición Nacional en Santiago, que se abriría el 17 de septiembre de 1888, para ser clausurada el 1° de noviembre.

Para organizar esta Exposición Nacional, formar su programa y reglamento, se nombró una comisión presidida por Rafael Larraín Moxó e integrada por Don Ramón Barros Luco como Vicepresidente, por Julio Bañados Espinoza, Adolfo Larenas —el primer Inspector General de Instrucción Primaria de esa repartición recién creada— y por Don Augusto Matte.

Firmó este decreto el Ministro de Instrucción Pedro Montt.

Se encontró Don Claudio con que su hermano estaba de lleno en la organización de este torneo y no era sino natural que se le llamara a colaborar con todo lo que había traído de Europa.

La Exposición iba a tener cinco secciones. Para la primera de "Bellas Artes

e Instrucción" se le asignó trabajo. Para ella, completó lo que había traído de Europa, mandando hacer según los modelos europeos mobiliario y material escolar adaptado a las condiciones y necesidades de Chile.

Con esto, presentó todo un "Anexo Claudio Matte". Mandó construir en el recinto de la Exposición una "sala de gimnasia" con capacidad para 40 alumnos —según modelo alemán— largo 20 m.; de ancho 10 m., alto 5 m. Estaba provista de una colección completa de aparatos, tanto fijos como móviles, que con más provecho podían usarse en Chile.

El Anexo contenía además:

Una colección de trabajos manuales de madera traídos de Suecia.

Una colección de herramientas para la enseñanza manual.

Una serie de labores de mano —todos según modelos suecos.

Una colección de aparatos de física para la enseñanza primaria.

Una colección de figuras geométricas de cartón con escala métrica para la enseñanza objetiva de la geometría.

Un modelo de banca escritorio para escuela primaria en tres dimensiones, según modelo alemán adaptado por él para las condiciones de Chile.

Una pizarra doble hecha en Chile según modelo alemán, modificada por Don Claudio para la práctica en Chile.

Una mesa para el preceptor, también según modelo alemán.

Cuatro modelos de bancos de los usados en Leipzig, Zurich, Boston y Nueva York.

Un tablero contador y un aparato para la enseñanza objetiva de los quebrados.

Varias colecciones de letras móviles para la enseñanza de la lectura y dos modelos de pizarritas para alumnos.

Una serie de preparaciones anatómicas en yeso ejecutadas en Leipzig para la enseñanza universitaria y secundaria.

Preparaciones anatómicas del corazón, del ojo y del oído, en yeso, para las Escuelas Primarias.

Un globo terrestre y un globo pizarra para la enseñanza de la geografía.

Un globo celeste, en telurio y un planetario para la enseñanza de la cosmografía.

Una colección de mapas.

Varias colecciones de cuadros murales para la enseñanza objetiva.

Una colección, en varios idiomas, de obras sobre la enseñanza de legislación escolar, reglamentos, programas, horarios, textos de enseñanza, obras de lectura recreativa para la juventud y para bibliotecas populares.

Croquis del plano de una escuela rural, compuesta de salas de clases, habitaciones para el preceptor, jardín y patios de recreo, que él mandó construir en su fundo de Ibacache, en Melipilla.

Era imponente y novedoso este Anexo, pues era la primera vez en Chile que se presentaban estos auxiliares para hacer una enseñanza según la nueva pedagogía. Encontraron gran acogida y convinieron con sólo verlos, por lo que luego se adoptaron y generalizaron.

Mandó a imprimir prolijamente en la Imprenta Cervantes una hoja Catálogo de su Anexo con breves explicaciones, que fué de gran utilidad.

Una de ellas, atada elegantemente, con tres rositas de cinta de seda roja, se la obsequió a su futura novia, la señorita Elvira Hurtado Concha, a quien participaba todos sus afanes.

Hubo también una sección en que exponía una Colección de Obras de Autores Nacionales. Allí, junto a las de Bello, Barros Arana y Valentín Letelier figuraban también las de Claudio Matte: "La enseñanza de la lectura considerada históricamente" y "La enseñanza de los trabajos manuales en las Escuelas Primarias".

En la Sección de Textos Escolares, estaba el "Nuevo Método de lectura y escritura" el Silabario Matte junto al Silabario de Abelardo Núñez.

Cuando se acordaron los premios, se le concedió el primer premio de Textos de Enseñanza Primaria al señor Claudio Matte, por su Silabario.

Esto ocurrió en una sesión de 12 de diciembre de 1888 en que se reunió un jurado presidido por el señor Martín Schneider e integrado por los profesores Jenschke, Rossig y otros, haciendo de Secretario Juan Madrid. Este fallo fué por unanimidad.

La Exposición se cerró en noviembre. Don Claudio se dió un descanso; pasó el

verano de agradables días en Ibacache y en el fundo de la familia de su novia.

Entrado el año 1889, lo tomó un nuevo trabajo absorbente.

El Presidente Balmaceda, vivamente interesado en el progreso educacional, estimó que, junto con mejorar el aspecto material, era indispensable modernizar la parte técnica de la enseñanza.

Con este fin, pidió a su Ministro Federico Puga Borne que organizara un gran *Congreso Pedagógico Nacional*, el primero que se celebraría en Chile.

En abril de 1889, se nombró por Decreto una Junta Directiva, presidida por José Abelardo Núñez, a la sazón Inspector General de Instrucción Primaria. La integraban los señores Claudio Matte, Domingo Amunátegui Rivera, el Dr. Federico Johow y otros.

Esta Junta empezó a trabajar intensamente desde los primeros días de mayo, organizando las secciones, distribuyendo los temas en todas las escuelas de la República, mediante un cuaderno impreso. Nombró los jurados que debían juzgar las memorias y preparó el Reglamento interior para el Congreso.

El 1º de septiembre terminó el plazo para presentar los trabajos. La Comisión había recibido 82. Después llegaron una decena de trabajos más, que no pudieron ser considerados por haber llegado fuera de plazo.

Esto demuestra el vivo interés del profesorado por las cuestiones teóricas y prácticas de la pedagogía, que se iban a discutir por primera vez en Chile.

Las comisiones evacuaron informes sobre cada uno de ellos y se concedieron los premios de \$ 200.— para cinco trabajos, cuyos autores eran maestros primarios desde Valparaíso hasta Castro. Se acordó publicar estos trabajos y algunos más.

El 20 de septiembre de 1889 el Congreso Pedagógico fué inaugurado solemnemente por el Ministro Don Federico Puga Borne y todos los demás Ministros del Gabinete, en el Salón de Honor de la Universidad, siendo su Rector el Dr. José Joaquín Aguirre.

Fueron designados para presidir los debates en calidad de Vicepresidentes los señores Julio Bañados Espinoza, Claudio Matte y Pedro Bannen. Ellos cumplieron este cometido con dedicación

ejemplar. No sólo dirigían el debate, sino muchas veces, Don Claudio ilustraba con su sólida versación en las materias, para llegar a las mejores conclusiones.

Las sesiones duraban diariamente cinco horas, desde el 21 de septiembre hasta el 1º de octubre. El Congreso clausuró sus trabajos el 6 de dicho mes.

Los diez temas que se trataron llenan un volumen de actas de 141 páginas grandes letra pequeña. Fueron recopilados y publicados por Núñez. Al fin se insertaron los trabajos premiados.

Al leerlas, vemos la actuación de Don Claudio, entregado por entero a explicar los nuevos adelantos pedagógicos que había visto en Alemania, Suiza y Suecia.

Trataba de convencer de sus ventajas y lo conseguía, gracias a la claridad y el calor con que las exponía y porque eran realidad pura.

Le tocó presidir en las diez secciones. Pero los debates más interesantes, en los que intervino personalmente, fueron los que versaron sobre los medios de implantar los trabajos manuales, del mejor método de lectura y escritura; del desarrollo que debe darse a la gimnasia y de la enseñanza primaria obligatoria.

Sus explicaciones son tan vivas, tan claras, precisas y sencillas que dan la impresión de oírlo o de asistir a una clase de psicología pedagógica de actualidad.

Basta resumir: presidió la diez secciones del Congreso y estuvo en actividad intensa participando en los debates cinco horas diarias, día a día, consiguiendo acuerdo que son puro grano y lo más avanzado en materia pedagógica de su tiempo.

Constituyó esto un esfuerzo verdaderamente extraordinario, que demuestra que poseía no sólo el dominio completo de la materia, sino una potencia de trabajo realmente formidable.

XII. POLITICA

El año 1890 marca para Don Claudio un nuevo período de su vida: contrajo matrimonio con la señorita Elvira Hurtado Concha y partió con ella a Europa.

Visitaron Francia, Italia, Alemania y Austria. La joven señora se sentía extrañada cuando en Alemania le decían "Frau Doktor", con esa reverencia y res-

peto de títulos tan desconocidos entre nosotros. Para complacerla, fueron a Tierra Santa y Egipto. Recorrieron Turquía y todo el Medio Oriente para volver a Europa, descansar en Suiza, recorrer los Países Bajos y hacer una estada en Inglaterra.

Entre tanto recibían noticias inquietantes de Chile.

El Presidente Balmaceda había empezado su administración con muchas empresas acertadas y contó con el concurso de los liberales. Así Eduardo Matte lo acompañó como Ministro de Relaciones Exteriores, Culto y Colonización desde el 11 de junio de 1889 hasta el 10 de octubre de 1889.

Cuando Balmaceda acentuó su régimen presidencial y entró en pugna con el Parlamento, los hermanos Matte, junto con muchos otros hombres públicos destacados, se distanciaron de él por divergencias ideológicas.

El Presidente mantenía su Ministerio pese a la censura del Parlamento. A esto respondió una fuerte oposición de la opinión pública que veía en ello las primeras manifestaciones de un absolutismo presidencial.

Hubo comicios y actos de protesta. Barros Arana habló y escribió con ardor en contra de los procedimientos presidenciales por lo que fué separado de sus funciones de perito en la cuestión de límites con la Argentina, asunto candente y delicado que se trataba desde 1881.

"La Libertad Electoral" publicaba los escritos violentos de Valentín Letelier, criticando la política presidencial, por lo cual se le encarceló.

Don Claudio apreciaba personalmente a Balmaceda, pero se oponía con toda su convicción a sus procedimientos dictatoriales. Ellos llevan por una pendiente peligrosa; conducen a que se eleven a los cargos de gobierno hombres de afecciones personales y se llegue a la dictadura, régimen que el carácter libertario del chileno no tolera.

Ocho meses duró la tensión terrible en que Balmaceda quiso imponer su programa, que dejó escrito en su testamento político. Ocho meses de angustia y dolor en que la pluma de luchadores de la oposición impugnaban la "tiranía".

Estalló la guerra civil de 1891, sangrienta, cruel, que terminó en Concón y

Placilla con el triunfo de la causa constitucional y el suicidio de Balmaceda.

Mientras duró la lucha, el partido constitucional designó a Don Claudio y a su hermano Augusto como sus agentes confidentiales en Europa, misión que desempeñaron con ese buen sentido que los distinguió siempre.

El recibir instrucciones y cumplirlas introdujo a Don Claudio en el movimiento político, y quedó estrechamente vinculado a los hechos y a los hombres dirigentes de la época.

Ni la compañía de la joven esposa, ni los negocios políticos, impidieron que donde estuviera, dedicara buena parte de su tiempo a la visita de escuelas.

Regresó la joven pareja a Chile a fines de 1892. El país estaba aún convulsionado y la preocupación política primaba sobre las demás.

Cediendo a insistentes peticiones de sus amigos del partido liberal, aceptó una candidatura a diputado, y en marzo de 1894 salió elegido por Llanquihue, Carelmapu y Osorno. Trabajó como miembro de la Comisión de Educación y Beneficencia de la Cámara. Pero, no era orador. Durante este período se convenció de que la política no era de su gusto.

En la administración de Jorge Montt, en agosto de 1895, desempeñó el Ministerio de Relaciones Exteriores durante tres meses. Su amigo Enrique Mac Iver estaba en la cartera de Hacienda.

La situación era muy difícil a causa del litigio de límites con la Argentina.

Con el triunfo de la Revolución, Don Diego Barros Arana había sido repuesto inmediatamente en sus funciones de perito. Tenía toda la documentación, conocimientos y argumentos sólidos para defender la posición de Chile.

Cuenta Don Claudio: "El Presidente necesitaba formar un Ministerio. A mí quería darme el de Instrucción Pública; pero el señor Sánchez Fontecilla no estaba bien con el Ministro de Bolivia, y con Bolivia debíamos marchar estrechamente unidos ante el peligro que nos amenazaba con la Argentina.

Entonces el Presidente le dió la cartera de Instrucción a Sánchez, y a mí me pidió que aceptase la de Relaciones.

Yo entré por la Alianza Liberal.

Me tocó tratar mucho con el Ministro de Argentina, Don Norberto Quirno Cos-

ta, que era buena persona. En ambos países la opinión pública estaba agitada.

Aquí en Chile se estaba preparando una elección presidencial y los ánimos estaban exaltados. En Argentina también hervían las manifestaciones populares.

Nos reuníamos muy seguido con el Ministro Argentino y llegamos a un acuerdo de mantener en suspenso las negociaciones, sin resolver nada y dejarlo para un momento oportuno, cuando estas agitaciones se hubieran apaciguado.

En septiembre de 1895 firmamos un Protocolo, con el fin de no interrumpir los trabajos de demarcación, según el cual, si se producían divergencias entre los peritos, se elevarían los antecedentes a sus respectivos gobiernos a fin de que éstos las solucionaran con arreglo a los tratados vigentes de 1881, 1888 y 1893.

Se nos criticó mucho este pacto, que no resolvía nada. En la Cámara se me interpeló fuertemente. Yo dí mis razones en sesiones secretas, haciendo ver que un asunto tan complejo e importante no debía ser resuelto precipitadamente bajo la presión de las agitaciones demagógicas, sino por estudios serenos de peritos y deliberaciones tranquilas de gabinete".

Y así se hizo después.

Ese buen sentido le ha evitado a Chile en varias ocasiones bien difíciles el llegar a conflictos internacionales y le ha asegurado la paz y el prestigio exterior.

Con el régimen parlamentario, los ministerios eran de muy corta duración, y después de tres o cuatro meses salió para reanudar sus actividades habituales que lo alejaron definitivamente de toda participación en política.

XIII. SESENTA AÑOS PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE INSTRUCCION PRIMARIA

La historia de la Sociedad de Instrucción Primaria ha sido escrita en 1937 en forma minuciosamente documentada por Don José A. Alfonso en su libro "La Sociedad de Instrucción Primaria. Su vida y su Obra". El año pasado, su actual Prosecretario, Eduardo Tellechea, publicó un folleto *Breve Reseña Histórica de la*

Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago, mimeografiado en julio de 1956, en que completó los datos hasta dejarlos al día. A esto ya no hay nada que agregar.

Sin embargo, al pretender diseñar la vida de Don Claudio Matte, no es posible omitir un período de más de medio siglo, en que la obra de la Sociedad es obra suya. Fué su trabajo predilecto. A través de esta institución realizó libremente sus ideas pedagógicas, ya que los directorios que lo acompañaron siempre se pusieron al servicio de sus orientaciones e iniciativas. Sólo por esta razón, aunque sea redundancia, conviene recordar a grandes rasgos las características de esta sociedad.

Crónica.—Fundada el 17 de julio de 1856 por un grupo de hombres idealistas, que se propusieron luchar por la educación popular, reunió desde un comienzo a personalidades de las ideologías más opuestas respecto a política, a problemas de conciencia y creencias religiosas. Don Miguel Luis Amunátegui planteó el postulado "Guerra a la ignorancia", y los demás se reunieron en fuerte y estrecho consorcio para conseguirlo bajo la bandera de la tolerancia. Eligieron como primer Presidente a Don Manuel Carvallo, cuya personalidad destacada y prestigio eran garantía de respeto. Allí trabajaron, lado a lado, religiosos eminentes como el Presbítero Samuel Orrego, Francisco de Paula Taforó, José Joaquín Larraín Gandarillas; radicales como Guillermo Matta, Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y Domingo Santa María.

Contribuyeron también con su colaboración entusiasta Salvador Sanfuentes, Joaquín Blest Gana y Fermín Vivaceta, para nombrar sólo algunos. A todos los animaba sólo un ideal común: llevar luz y vida espiritual al pueblo de Chile; luchar por el bien, por la redención de los conciudadanos desvalidos, dándoles bienestar y medios de vida mediante la cultura.

Esta absoluta prescindencia de ideas políticas y religiosas ha sido la característica fundamental, posible sólo en un país con gente serena, de criterio amplio y buen sentido.

En los primeros cuarenta años la Sociedad tuvo quince presidentes. Los sesenta años restantes son la obra de Don Claudio Matte. Fué llevado al Directorio

por su hermano Augusto, que la presidía. Le tomó tanto cariño que en 1889 donó a la Sociedad la propiedad intelectual de su Silabario. En 1892, al regreso de su segundo viaje a Europa, asumió la Presidencia, y desde entonces hasta su muerte la dirigió, con sólo el intervalo de los años de ausencia del país por sus viajes.

Es gigantesca la obra que realizó silenciosamente durante este tiempo: dirigió técnicamente; formó a sus colaboradores, impregnándolos de sus ideas y dotó a la Sociedad con donaciones de escuelas monumentales y recursos económicos.

Sus ideas pedagógicas.—Dice Don José Alfonso: "Ha sido una suerte para nuestra Sociedad el haber sido dirigida por la personalidad más destacada y competente en el país en materia de educación pública y muy especialmente en el ramo primordial de la educación popular, la más importante y trascendental en una democracia y en una república". (pág. 4).

Los grandes hombres han sido hombres de una sola idea. Este axioma se ha cumplido en Don Claudio Matte. En él la idea dominante es la instrucción primaria; es convertir en princesa a la cenicienta. Esta idea fija ha sido el norte de su conciencia ciudadana y fué en él una verdadera obsesión.

Su pensamiento pedagógico es sencillo, claro, preciso. No se remonta a altas filosofías para fundamentarlo. Nace en él con la naturalidad de una planta vigorosa que tiene raíces profundas. No se inquieta por saber de dónde saca su savia, tal como nosotros vivimos sin analizar nuestros procesos vitales. Pero, tenía la intuición precisa que acierta medio a medio en lo esencial. Su pensamiento se caracteriza por un gran sentido práctico, criterio equilibrado y sentido común.

Tres han sido sus ideas fundamentales: el buen maestro; el buen edificio escolar; buenos programas y métodos. Realizó los tres.

Seleccionaba los profesores con meticulosidad sin precedentes, y cuando fué Jefe de las Escuelas Normales hizo reformas tendientes a mejorar aún más la selección y preparación de los normalistas. Sostenía que, para que en el transcurso de los años el maestro no se hiciera rutinario y decayera era preciso mantenerlo en constante perfeccionamiento.

Pensaba que la escuela debe ser el hogar de los niños, donde han de encontrar todo lo que los pobres no tienen en su casa. De allí que construyera edificios de primer orden, amplios, llenos de luz, patios espaciosos y salas especializadas para gimnasia y trabajos manuales; con servicio médico y dental; con comedor donde se proporcionara alimentación complementaria a los niños que lo necesitaban. Todo de lo mejor, dentro de la mayor sencillez. Realizó este principio en las escuelas de la Sociedad y consiguió extender el mismo beneficio para todo el país a través de la Ley de la Sociedad Constructora de Edificios Educacionales, que lo está llenando de excelentes locales.

Su prédica referente a las condiciones que deben tener los planes de estudio y programas fué constante: ¡Nada de recargo! No hay que llenar cabezas, sino desarrollar facultades. La mente no debe ser un almacén de memoria sino un núcleo de conocimientos sólidos con capacidad de aumentarlos por el trabajo propio. Debe enseñarse a observar, a pensar y a resolver solo las dificultades.

Para poder dar enseñanza al mayor número de niños, en un país tan escaso de escuelas y con pocos maestros era partidario de los cursos numerosos. "Lo mejor es enemigo de lo bueno". Era preferible tener cursos grandes que dejar a la mitad de los niños sin escuela. Por eso los cursos de las escuelas de la Sociedad eran de cien y más alumnos en los cursos inferiores y de ochenta o noventa en los superiores. En cambio los profesores trabajan sólo media jornada, en las tardes. Prefería las maestras mujeres, aún en las escuelas de hombres. Con excepción de dos Directores muy antiguos, todo el resto del personal es femenino.

Para que en estas condiciones el aprovechamiento no sufriera, era indispensable disciplina. Sin embargo, insistía en suavizar el proceso educativo, proscribiendo terminantemente los castigos corporales.

Los profesores deben seguir perfeccionándose en sus métodos. Con procedimientos adecuados, la enseñanza se hace más fácil, tanto para el profesor como para los niños y el aprovechamiento es mejor y más sólido.

Para mantener a su profesorado en constante superación contrató a un hábil

especialista en métodos —al profesor alemán Erich Lufer— al que escogió después de sondearlo y examinarlo cuidadosamente. Supo escuchar. Este profesor fué dando un entrenamiento tal a las profesoras, que la enseñanza de la aritmética por ejemplo, aventaja a todos los resultados obtenidos en las escuelas del Estado. También mejoró notablemente la enseñanza del idioma patrio y la del canto. En la Escuela Matte formó un magnífico coro, especializando a una profesora bien dotada.

Don Claudio exigía a los miembros del Directorio de la Sociedad las visitas constantes a las escuelas y él daba el ejemplo. Semanalmente iba a presenciar clases en todas ellas y hacía observaciones. A este permanente control y dirección pedagógica se deben los buenos resultados, a pesar de los cursos tan numerosos.

Era natural que para la enseñanza de las primeras letras se usara sólo el Silabario suyo, con introducción de lecciones objetivas. Implantó la enseñanza de los trabajos manuales, labores femeninas y dibujo en todos los cursos. En algunas escuelas se enseñó carpintería, encuadernación y dibujo industrial para aquellos niños que desearan seguir artes u oficios y, en general, para darles preparación económica. Hizo obligatoria la gimnasia, la enseñanza de la higiene y la práctica de los baños escolares como otro medio para asegurar un buen desarrollo y salud. Agregó a eso el control médico y dental, los paseos escolares, medidas todas para asegurar la salud de los niños y darles un cimiento de buenos hábitos para toda la vida. Inició también la práctica de los deportes como una entretenimiento que los alejase del alcoholismo. Conjuntamente insistía en la formación moral y cívica. La escuela no debía desperdiciar ninguna oportunidad para cultivar el amor a la patria, a la tierra, a la naturaleza, sus plantas y animales. Fué en las Escuelas de la Sociedad donde se introdujo la Fiesta del Arbol.

Prestó atención a la preparación especial de la mujer para el hogar y la maternidad con la introducción de la Economía doméstica y Puericultura.

Se preocupó también del desarrollo del espíritu de ahorro, como un medio de co-

rregir el espíritu imprevisor del pueblo y enseñarles el buen uso del dinero y de las cosas.

Propició la formación de los Centros de Padres para crear el contacto estrecho entre éstos y la Escuela. Para conseguirlo, empezó por extender los beneficios del Servicio Médico a los padres de los niños y en especial a la atención de las madres. Dió alimentación complementaria a los niños que más lo necesitaban. Obtuvo en cambio una colaboración tan extraordinaria, que sobrepasó en mucho a lo que jamás hubiera podido soñarse. El Centro de Padres de la Escuela Arriarán, por ejemplo, ha realizado obras en beneficio de la Escuela y de las alumnas por valor de muchos millones en el transcurso de quince años. Los Centros de las demás Escuelas llevan el mismo rumbo. Su beneficio no es sólo material. Ellos están ejerciendo también una influencia moral: las fiestas escolares estrechan los vínculos entre padres y maestras, hacen realidad el culto de la gratitud, del amor patrio, de la veneración de los héroes. Por estas razones, las escuelas tienen una tradición de visitas a monumentos y a las tumbas de prohombres y benefactores.

Bien sabía Don Claudio que los Centros de Padres son una espada de dos filos: así como pueden dar estos resultados maravillosos, pueden ser motivo de serias perturbaciones de carácter interno. De allí que recomendara a las Directoras una tuición discreta y permanente, para que las iniciativas no se extralimitaran y se convirtieran en un factor negativo. Era indispensable que la Directora conociera a fondo la condición humana de los dirigentes e influyera para que la elección recayera en aquellos más adecuados y eficientes.

Estos son los aspectos más visibles de su pensamiento, lo que no quiere decir que sean todos, ni mucho menos que no descansen en un fundamento profundo, aunque tácito, fruto de tantos años de estudios acuciosos de obras pedagógicas en todos los idiomas, de las cuales llevaba un catálogo minuciosamente anotado de su puño y letra, que conserva la familia. Los vestigios de su meditación madura pueden encontrarse dispersos en sus escritos o en las exposiciones de programas de trabajo de que haya constancia en actas.

Principales colaboradores.—Fueron muchos los colaboradores de Don Claudio durante los sesenta años que se consagró a la obra de la Sociedad. Se encuentra su lista en el detallado trabajo de José Alfonso. Nombraremos sólo a los más destacados, que descansan como él en el seno de la eternidad.

Pedro Bannen.—Tuvo también la obsesión por el problema educacional y, en particular, por el del niño desamparado. Era radical sectario, pero Dn. Claudio lo contenía y dentro de la Sociedad supo concretarse exclusivamente al aspecto pedagógico. Compartió con él la jornada intensa del Congreso Pedagógico de 1889. Lo reemplazó en la Presidencia de la Sociedad durante los años de su ausencia en Europa. Como no vió manera de realizar su idea fija a través de una institución, fundó él solo las escuelas de proletarios: sin medios para hacerlo, hizo el milagro de allegarlos y los recursos brotaban de donde menos se esperaba. Sin colaboradores suficientes, los encontró y lo que faltaba lo hacía él con su actividad prodigiosa. Falleció a los noventa años, después de sesenta dentro de la Sociedad.

Guillermo Edwards Garriga.—Fué otro de los Directores de la Sociedad que, durante la ausencia del titular en Europa, fué elegido Presidente. Era su cuñado y lo acompañaba en la obra, movido por el cariño y la admiración con que Don Claudio arrastraba a todos los que entraban en el campo de sus afectos. Era el señor Edwards un hombre de negocios; pero, deseoso de dar gusto a su hermano político se impuso voluntariamente el deber de reemplazarlo lo mejor posible. Con su buen criterio, previsión, profundo sentido de las realidades y notable talento económico, condujo la marcha de la institución por camino seguro y provechoso. Mediante su genio financiero, un importante legado que estuvo durante algunos años entregado a su cuidado, lo administró tan bien, que causó admiración cuando dió cuenta de él y se vió que lo había acrecentado en tal forma que permitió levantar una de las grandes escuelas. Para completarla, hizo dádivas cuantiosas en varias ocasiones. Su mala salud le obligó a abandonar el trabajo activo de la Sociedad, pero siguió ayudándola hasta el fin de su vida.

Carlos Toribio Robinet.—Tenía una simpatía irresistible. José Alfonso, que lo conoció tanto, lo retrata cuando dice: "Robinet era una personalidad única. Su inteligencia era clarísima y se traducía nítidamente en una dicción fácil, pura y cristalina como pocas. Fué activo, trascendente y utilísimo servidor público, cuyo temperamento moderado y refinadamente culto producía el raro y sugestivo fenómeno de que fuera a la par querido por amigos y adversarios políticos. ¡Cómo levantaba las discusiones de la Cámara y cómo reposaba el espíritu cuando él hacía oír su vibrante voz, siempre grata, siempre discreta, siempre escuchada! El, que nunca se casó, dió su afecto por entero a todos sus semejantes, a los desvalidos, a los niños, a los niños pobres tratados por él siempre con una solicitud, una delicadeza y un afecto ejemplares. Toda la actividad social y política de Robinet giraba, sin embargo, en torno de un eje central. La Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago era el fuego sagrado que alentaba desde antiguo su entusiasmo y prodigiosa actividad. ¡Treinta años de una labor infatigable, tan activa, tan entusiasta, tan abnegada en el primer día como en el último!"

Estos párrafos sacados del discurso pronunciado por Alfonso en sus funerales son sólo una muestrita de la apología profundamente emocionante, que hizo de él.

Nadie podía explicarse lo inexplicable —el suicidio— de un hombre tan excepcional, aún joven, sano, apreciado y querido. Fué muchos años Vicepresidente y estuvo conversando con Don Claudio el día anterior a su muerte, a la salida del Club de la Unión, sin que una sola palabra revelara la resolución ya tomada. Era una de las cosas con que Don Claudio nunca pudo conformarse. Había trabajado con él durante toda su vida en la comprensión más perfecta. Había vivido dentro de la mayor modestia. Era protector de los desvalidos y para esto no medía sus recursos; desatendía sus negocios por el bien público, y con toda verdad pudo dejar escrito en un grito doloroso antes de partir: "He trabajado mi vida entera por mi patria, con completo olvido de mí mismo".

Julio Prado Amor.—Si los tres anteriores actuaron como Vicepresidentes, Julio

Prado fué el Secretario que duró más en sus funciones: veinte y cuatro años. Fueron casi cinco lustros que no sólo se limitó a desempeñar sus funciones específicas, sino que se dedicaba también con entusiasmo a las visitas de las escuelas, de preferencia la Arriarán, donde era guía y consejero. Para allá llevaba las visitas destacadas, nacionales y extranjeras, como por ejemplo Fernando de Baviera, Enrique Borrás y Vasconcelos, orgulloso de poderles dar a conocer una de las escuelas sostenidas por la iniciativa particular de una institución idealista. Secundaba todas las iniciativas. No faltaba jamás a las fiestas escolares y contribuía con todos sus medios a que resultaran lucidas. En las de clausura de año hacía uso de la palabra para contagiar con su entusiasmo a alumnas, profesoras y padres. Cuando se retiró, la Escuela Arriarán le rindió un hermoso homenaje. Pronunció un sentido discurso la directora Srta. Margarita Escobedo, y Dn. José Alfonso le hizo entrega de un pergamino que le otorgó la Sociedad, cuyo lema le fué encargado escoger. En su discurso de entrega lo explica: quiso condensar en él las cualidades esenciales que caracterizan la obra de Julio Prado: acierto, constancia y abnegación. Fué un digno colaborador.

José Alfonso.—Cincuenta años trabajaron juntos y fueron grandes amigos. Fué el Vicepresidente que estaba en todas partes, visitaba todas las escuelas, pronunciaba todos los discursos importantes, que escribía todos los artículos necesarios y que, con paciencia benedictina recopiló los datos para escribir la Historia de la Sociedad. Fué un alma pura, olvidada de sí misma. Tenía las mismas ideas de Bannen, Barros Arana y Letelier, pero a través de un temperamento suave y tan espiritual que con razón Arturo Alessandri lo llamó "el santo laico".

Al margen de su abrumador y modesto trabajo de Secretario de Juzgado y de su actividad intensa en la Sociedad, encontraba tiempo para servir a conciencia su función como Presidente de la Liga Protectora de Estudiantes y en la noche, para escribir el libro *Educación* y artículos para "El Mercurio". Su actividad fué prodigiosa y su puntualidad de cronómetro. Semanalmente asistía a las sesiones

de los martes con la misma regularidad de Don Claudio, durante cincuenta años. Era un amigo fiel, incomparable; tenía la sencillez y naturalidad de un niño. Puntualidad y perseverancia eran algunas de sus virtudes que, unidas a su bondad, su entusiasmo y simpatía, lo hacían querido de niños, profesores y de todos los que tuvimos la suerte de conocerlo.

Con motivo de su fallecimiento, en la sesión del 9 de septiembre de 1947, Don Claudio Matte manifestó con profunda emoción que lo unía a José Alfonso una larga y estrecha amistad iniciada cuando se incorporó a la Institución en 1887, amistad que se hacía aún más estrecha por la comunidad de ideales. Fué para él un golpe duro la pérdida de este amigo y una pérdida para la Sociedad dentro de la cual desarrolló una labor que jamás se podrá olvidar. En el concepto de Don Claudio, José Alfonso era un valor nacional, ejemplo para las generaciones futuras de virtudes privadas y públicas.

Las donaciones.—"He logrado acumular una gran fortuna con el esfuerzo de mi trabajo. Creo que los hombres de fortuna tienen el deber de devolver a la sociedad en que han actuado una parte del fruto de sus empresas".

Así como la educación del pueblo era en él una idea obsesiva, lo era igualmente este pensamiento que repetía muchas veces con quien trataba de su tema favorito.

Guiado por estas dos ideas, atendía simultáneamente el aspecto pedagógico y el económico. Dió a la Sociedad su trabajo, su tiempo, su preocupación permanente y la sostuvo con su fortuna personal en todos los períodos difíciles, gracias a lo cual pudo sortear las más angustiosas situaciones.

"Una buena Escuela transforma un barrio". Empezó por el Barrio Matadero. Compró un gran terreno en la calle Placer esquina con Nataniel, frente a una espaciosa plaza y allí levantó la primera escuela monumental en memoria de sus tres hijos. Quiso que fuera para hombres. Estimaba que había que empezar por ellos, por ser el elemento más difícil, pero con profesorado femenino.

Encargó los planos y la construcción al arquitecto Gustavo Monckeberg y le dió las directivas. Sus principios para estas construcciones eran: Ellas deben tener

todo lo necesario y nada superfluo; que la belleza consista no en una lujosa ornamentación sino en la armonía y severidad del conjunto y la bondad de los materiales.

El diseño fué grandioso: de tres pisos, una torre con un gran reloj que sirve a todos; tiene capacidad para 1.800 alumnos, casa para la Directora, un enorme patio y un jardín hacia la calle. Fuera del gimnasio, que sirve a la vez para salón de actos, tiene una biblioteca, salas especiales para trabajos manuales y dibujo y un espacioso comedor. Completa esta edificación una Clínica dental y un Policlínico, al que puso el nombre de su esposa "Elvira Hurtado", destinado no sólo para los alumnos sino también para la atención de sus padres y hermanos. Dotó el edificio de todo el mobiliario necesario de la mejor calidad, y el Policlínico hasta con la mejor instalación de rayos.

Además mandó construir una población de 40 casas de arriendo de dos pisos, para familias de clase media, cuyas rentas ayudan a financiar la fundación.

La llamó "Escuela Hermanos Matte".

En 1937, dió un millón de pesos para aumentar los sueldos del personal de la Sociedad.

En 1942 construye, según los mismos principios, un nuevo edificio para la Escuela Arriarán, escuela de mujeres, en San Diego esquina Avda. Matta. Un poco más pequeña, debido a la extensión del terreno, tiene capacidad para 1.000 alumnas.

El 22 de mayo de 1943 se inauguró solemnemente con una ceremonia, a la cual Don Claudio —como siempre— no quiso asistir. En un folleto interesante titulado "En la nueva Escuela Francisco Arriarán" se hallan recopilados los discursos pronunciados por el arquitecto Gustavo Monckeberg, haciendo entrega de la obra; del Vicepresidente José Alfonso, de la Directora Srta. Blanca Larrea; del Secretario del Centro de Padres, Sr. Alfredo Bustamante, entregando a la Escuela un busto de Don Claudio, hecho por el escultor chileno Samuel Román Rojas y de la Vicepresidenta del Centro de Ex Alumnas, al hacer entrega de una bandera nacional para las ceremonias cívicas. Agradeció en nombre de Don Claudio su sobrino Domingo Tocornal Matte

y cierra el folleto la brillante improvisación del ex Presidente Arturo Alessandri Palma. Bendijo la Escuela Monseñor Miguel Miller.

En 1944, dona a la Sociedad el nuevo edificio de la Escuela Rafael Sanhueza Lizardi, en la calle Lillo del Barrio Recoleta, con capacidad para mil alumnos y con las mismas características. También la dotó de mobiliario e instalaciones. Un año después, da a la Sociedad tres millones para financiar la transformación de sus propiedades de renta, a fin de que éstas produzcan mayores entradas, que sirvan para atender las necesidades de la institución.

Tomó ahora la resolución de obsequiar anualmente a la Sociedad de Instrucción Primaria una escuela con todos sus adelantos modernos y completamente equipada.

Siempre con la idea de colocar una escuela en el barrio popular más necesitado, más desamparado y peligroso, eligió una gran extensión en la Comuna Quinta Normal y levantó allí la "Escuela Elvira Hurtado de Matte" en homenaje a su esposa y al año siguiente la "Escuela Presidente Alessandri", ubicada en la población Juan Antonio Ríos, para perpetuar la memoria de su amigo y en reconocimiento a la gran cooperación que le prestó este Jefe del Estado.

Ya en 1954 dijo: "Esta va a ser la última escuela". Buscó para ubicarla, un terreno en una población de la Comuna de San Miguel, que el pueblo llamaba "Población Corea" como un símil de lo que ocurría durante ese año en la feroz guerra de aquella lejana tierra. La Corporación de la Vivienda —Corvi— la convirtió después en una hermosa y confortable población obrera, llamada hoy "Población Dávila".

Encargó esta construcción al joven arquitecto Hernán Monckeberg, hijo de Don Gustavo, que había fallecido.

El levantó allí un edificio hermoso, de sobrias líneas modernas, también con capacidad para más de mil alumnos.

Don Claudio le dió el nombre de "José A. Alfonso" para honrar el recuerdo de su compañero de ideales y ciudadano ilustre, que lo acompañó en la Sociedad, primero como Secretario y después como Vicepresidente durante 54 años.

A la solemne inauguración, el 8 de octubre de 1955, tampoco asistió. Lo representaron su hija Rosa Elvira y Arturo Matte.

Con esto dió término a su obra: su Silabario, muchos millones para sostener los gastos, y seis escuelas monumentales que han levantado la cultura nacional y han irradiado su influencia al país entero.

Si apreciáramos su filantropía en cifras, podría afirmarse que sus donaciones se acercan a unos mil millones de pesos. Pero, si valoramos su trabajo personal y su influencia espiritual, ella excede en mucho aún este aspecto visible.

Hizo el bien en forma grandiosa, impersonal, casi oculta, con ese sentido social que llega a muchas almas individuales desamparadas que no saben de dónde les viene el beneficio.

Es así como él convirtió en realidad su reconcentrado patriotismo y su verdadero amor al pueblo.

XIV. PRIMER VICEPRESIDENTE DEL CONSEJO DE EDUCACION PRIMARIA

Darío Salas en su libro *El Problema Nacional* había dado culminación a la inquietud y anhelo general de que Chile sacudiera ese fardo pesado de su analfabetismo. El Parlamento reunió las ideas sobre la base de lo que proponía Salas. Diputados y Senadores las defendieron con ardor y fué así que, el 26 de agosto de 1920 se promulgó en el Diario Oficial la Ley de Educación Primaria Obligatoria, firmada por el Presidente Juan Luis Sanfuentes y el Ministro Lorenzo Montt.

El Art. 18 del Título III dice así: La educación primaria estará a cargo del Ministerio de Instrucción Pública y su vigilancia y dirección inmediata serán ejercidas por el Consejo de Educación Primaria en la forma que determina esta Ley.

Art. 19. El Consejo de Educación Primaria se compondrá: Del Ministro de Instrucción Pública que lo presidirá. De dos miembros designados por el Senado por voto acumulativo. De dos miembros, por la Cámara de Diputados en igual forma. De un miembro designado por el Presidente de la República y del Director General del Servicio.

El Consejo designará en la primera sesión que celebre un vicepresidente.

Se constituyó el Consejo y lo formaron Darío Salas, que como Director General era miembro ex officio y, para nombrar sólo algunos, Pedro Aguirre Cerda por la Cámara de Diputados, Domingo Tocornal Matte por el Senado, Don Pedro Nolasco Montenegro, Monseñor Ernesto Palacios, que representaba la enseñanza particular y Don Claudio Matte designado por el Presidente Alessandri. Fué Secretario rentado de este Consejo Guillermo González Marchán, hombre de memoria prodigiosa, que redactaba las actas más meticulosas, pero que no han sido publicadas, por lo que hay suma dificultad para investigar el trabajo realizado por este Consejo, en los siete años de su existencia. Desapareció en 1927 en virtud del famoso Decreto-Ley 7.500 que originó la reforma educacional de 1928. Se encuentran sólo datos en que se ataca este Consejo en las columnas del Periódico "Nuevos Rumbos" de la Asociación General de Profesores de Chile (hoy Unión de Profesores) y en un folleto publicado por el Comité Unido de Profesores en que se sostiene la posición del magisterio en favor de medidas que lo favorezcan en el aspecto económico.

En la primera sesión fué elegido Vicepresidente, por unanimidad, Don Claudio Matte. A este Consejo le correspondía la superior tuición de las Escuelas Primarias y Normales. Elaborar el Presupuesto y hacer los nombramientos para los cargos de mayor responsabilidad. Le tocó además poner en marcha la Ley, elaborando y aprobando sus reglamentos.

Andando el tiempo y frente a los problemas que se presentaban se formaron dentro de él dos corrientes: una de derecha y una de izquierda, que practicaban el aforismo latino "do ut des" dame para darte. Mantenía completa independencia de estos dos bandos Don Claudio, a quien recurría la gente que no lograba justicia. Era él que decidía con su voto las mayorías.

Empezó la efervescencia por el asunto de la clasificación del profesorado.

La Ley de Educación Primaria establecía una diferencia entre maestros de primera, segunda y tercera clase.

A los primeros debían pertenecer los normalistas de cierto tiempo de servicios

y méritos. A los de segunda todos los demás maestros normalistas y a los de tercera los interinos, sin título.

Un grupo de profesores interpretó, por las ventajas económicas que esto significaba, que todos los normalistas debían clasificarse como de primera clase.

El Consejo estudió la solicitud y después de un maduro estudio informó que no era ese el espíritu de la Ley, no había conveniencia en modificarla. Esto produjo un fuerte movimiento contrario en el magisterio. El Consejo comisionó a Don Claudio para ir donde el Presidente Alessandri, a exponerle la situación. Don Claudio tuvo una larga entrevista con Alessandri, le explicó bien el asunto y obtuvo la promesa que apoyaría el dictamen del Consejo. Pero, vino una elección. Se presentó un candidato a Diputado que el Presidente deseaba tener en la Cámara. Para tener más votos, obtuvo de Alessandri la aprobación de la doctrina sostenida por los maestros. Entonces Don Claudio se indignó por el hecho de que la política interviniera en asuntos del servicio y de que el Presidente no hubiera mantenido su palabra. En forma levantada hizo su protesta y presentó su renuncia.

Como una manifestación de reconocimiento de los principios que Don Claudio sostuvo siempre en el seno del Consejo, las Escuelas Normales de Chile, encabezadas por el Director General Darío Salas, le obsequiaron un precioso álbum de cuero granate, con corte dorado. Sobre la tapa tenía una tarjeta de oro grabada y adentro tiene la siguiente Dedicatoria:

Señor.

Por vuestra prolongada e intensa obra de cultura nacional, a la cual habéis aportado, abnegadamente, el prestigio de la vuestra; Por vuestro incesante empeño en cimentar sobre un sólido sistema de educación, el desenvolvimiento de todas las actividades nacionales; Por vuestro espíritu de bien público, integridad de carácter, solidez de criterio y virtud acrisolada y, sobre todo, por la obra de singular civismo que desarrollasteis desde la Vicepresidencia del Consejo de Educación Primaria, estableciendo como normas para dar aplicación a

la ley redentora del pueblo y cimiento a la democracia, el amor y el respeto a la niñez, la inviolabilidad del derecho, la imparcialidad en las decisiones de la autoridad y la dignificación creciente del magisterio, mediante el reconocimiento del esfuerzo, el talento y la virtud:

Las Escuelas Normales del país os rinden, señor, el más sincero homenaje de merecida gratitud.

Santiago, 18 de Septiembre de 1923.

Firman en página separada.

Darío E. Salas,
Director General de Educ. Primaria.

Rómulo Y. Peña,
Jefe de las Escuelas Normales.

Cada Escuela Normal del país, una página encabezada por la firma de su directora y la de todo el profesorado.

Es un álbum histórico precioso.

XV. DIRECCION DEL PENSIONADO UNIVERSITARIO "BELISARIO TORRES"

Belisario Torres Echavarría fué hombre que hizo fortuna en el comercio. En 1916 instituyó en su testamento una suma importante para esa época —medio millón de pesos— para la Fundación de un Pensionado Universitario.

Dice la cláusula 17: "Estimando que el adelanto de la Instrucción conduce al perfeccionamiento y bienestar general de mi país; y, conociendo las dificultades con que la juventud estudiosa de provincias, que carecen de recursos, tropieza de ordinario para residir cerca de los centros de enseñanza dispongo:

"Primero: De la masa general de mis bienes destino la suma de quinientos mil pesos para fundar una "Casa de Estudiantes", adquiriéndose al efecto un terreno y construyéndose dentro de él un edificio con capacidad bastante para que cómodamente se alojen los alumnos de instrucción superior de enseñanza técnica y de cursos prácticos que vinieren de provincias a seguir estudios en Santiago.

“Segundo: Se constituye una comisión especialmente encargada de velar por el cumplimiento de esta disposición. La comisión tendrá a su cargo la inversión de los fondos destinados al objeto y dictará los reglamentos necesarios... La comisión será compuesta del Presidente del Senado, del Rector de la Universidad de Chile y de los señores Augusto Villanueva, Luis Dávila Larrain, Claudio Matte, José Alfonso, Juan Antonio Orrego, Benjamín Montt, Guillermo Echavarría F., Vicente Izquierdo y Nicanor Marambio, en cuyo patriotismo confío y es el que me inspira para rogarles encarecidamente contribuyan con su esfuerzo a la realización de esta obra que ayudará, en parte, modesta siquiera, a preparar para la República útiles ciudadanos”. Después de varias otras disposiciones termina diciendo: “Ruego a la Comisión se sirva dar facilidades a los jóvenes de la provincia de Aconcagua”.

La dirigió primero Don Augusto Villanueva, Presidente del Banco de Chile. El primer trabajo fué elaborar los estatutos y solicitar la Personalidad jurídica. Ella le fué concedida por Decreto 2.060 de 6 de diciembre de 1917. Se pudo adquirir en condiciones ventajosas un gran terreno en la Calle Lastra esquina con Av. La Paz, relativamente cerca de las principales escuelas universitarias y con buenos medios de comunicación. Allí se levantó un amplio y sólido edificio de ladrillos de dos pisos, subdividido en secciones, a fin de que cada uno tenga a la mano los servicios indispensables. Los dormitorios de los estudiantes son individuales y los hay para ochenta. Se agregó una confortable habitación independiente para el Director.

Mientras se construía el edificio la comisión se dedicó a elaborar cuidadosamente los reglamentos indicados en el testamento. Son ellos de una sencillez y claridad meridiana y reflejan un completo conocimiento de la realidad.

En cuanto todo estuvo terminado, la Fundación empezó a recibir estudiantes y entró a un funcionamiento regular en 1917. Cerca de nueve años la presidió Don Augusto Villanueva. Con motivo de su fallecimiento, el 12 de mayo de 1926, fué elegido para el cargo de Presidente Don Claudio Matte. Durante treinta años que lo ejerció tuvo una constante

y preferente atención por los bienes de la Fundación y buscó las mejores inversiones para aumentar sus rentas y mejorar los servicios del Pensionado.

Construyó establecimientos comerciales para arriendo en la parte de terreno que colinda con la Vega Central, locales sumamente solicitados por los negociantes de ese mercado y que dan una entrada segura, que se va reajustando al encarecimiento paulatino de todo el costo de la vida en el país. Se ocupaba de todos los pormenores de la marcha de este Hogar de Estudiantes. Buscó un buen Director y lo encontró en Don Juan Madrid, ex Director jubilado de la Escuela Normal de Chillán, que lo tuvo a su cargo muchos años y hasta su muerte.

No fué todo una senda fácil. Muchos de los estudiantes eran abusadores y exigentes; destruían los servicios, reclamaban de las comidas, hechas con los productos más frescos, comprados personalmente por el Director en la Vega del lado. Eran impuntuales en sus llegadas y en sus pagos bajísimos y que, sin embargo, encontraban subido. Un año hubo que suspender el funcionamiento para hacer reparaciones fundamentales en las instalaciones higiénicas y en la cocina. Todo lo planeaba y controlaba minuciosamente Don Claudio. Don Juan Madrid llevaba una contabilidad meticulosa y la sometía a su examen, en el que no se le escapaba detalle.

Hizo esto durante treinta años. En mayo de 1956, cuando, por motivos de salud, ya no salía de su casa, envió la renuncia de su cargo de Presidente. El Directorio, en vista de la imposibilidad absoluta, tuvo que aceptarla y eligió en su lugar a Don Guillermo Alessandri. Dejó expreso testimonio de sus más sinceros agradecimientos al Sr. Matte por sus irremplazables servicios prestados a la fundación.

XVI. FUNDACION LILY INIGUEZ “LOS NIDOS”

En 1923 regresaba a Chile Rebeca Matte —la gran escultora—, agobiada por el dolor de haber perdido a su hija única, Lily, tronchada por mal implacable a los veinticuatro años.

Quiso hacer algo en su memoria, y su alma idealista se compadeció de los niños tan abandonados que encontró en su tierra. Para ellos, para los más míseros, para los más desvalidos quiso crear un "nido" que los acogiera con amor, con esa solicitud que estos pobrecitos no conocían y que ella ya no podía vaciar en la hija propia.

Creó una Fundación que llamó "Lily Iñiguez, Los Nidos" y cedió para ella su hermosa heredad en la Avda. Independencia pasado la Escuela de Medicina, varias cuadras hacia el Norte.

Era una gran quinta, con parque añoso y con casas señoriales, donde transcurría en tiempos ya lejanos, la vida de su madre, sumida en noche espiritual.

La dotó de las instalaciones necesarias y de los medios económicos para su sostenimiento. Escogió para la atención de las niñas a dos señoritas muy respetables y ya de edad. Designó una comisión para dirigirla y pidió a su tío Claudio que la presidiera, encomendándosela ferrosamente. ¡Cómo iba a negarse a un pedido tan tierno y de una sobrina tan amada por él! Se asesoró de un buen secretario: Gonzalo Calvo.

Esto anduvo bien mientras las niñas fueron chicas. Pero, cuando crecieron y necesitaban escuela, se originaron los problemas y fueron haciéndose, cada vez más complicados, cuando estas jovencitas, acostumbradas a una vida regalada no quisieron trabajar y consideraban su permanencia en la Fundación como un derecho vitalicio.

Entre tanto, había fallecido Rebeca Matte; Pedro Iñiguez había agregado un legado para esta obra tan querida por su esposa y murió también.

Don Claudio vió que esto tomaba un giro que la fundadora no había previsto. No era posible renovar el alumnado, ya que las adultas permanecían y las niñas desvalidas seguían afuera sin poder ser recogidas. El espíritu de la donación estaba desvirtuado. "Si Rebeca hubiera visto esto, ¿qué hubiera hecho?". Don Claudio llegó al convencimiento de que era indispensable darle otra orientación, para que se cumpliera la finalidad y encontraran refugio permanente en "Los Nidos" muchas niñas mientras fueran chicas y ayudarlas para que lograran hacer después una vida normal, como todos los

demás. El tenía fe en las buenas disposiciones de la familia humilde y hasta ella quiso dirigir sus esfuerzos. Así nació en él la idea de transformar este asilo en un nido más grande de renovación permanente, un nido que estuviera siempre lleno de niñas pequeñas, de las más necesitadas —como lo quiso Rebeca— a las que se les ayudaría también materialmente, pero sin sacarlas de su medio natural, de la familia, por muy pobre que ella fuera.

Esto lo indujo, después de un detenido estudio, a solicitar la modificación de los estatutos, para así transformar "Los Nidos" en Kindergarten popular.

Las señoritas que estaban a cargo del asilo y que no concebían esta nueva forma de atención fueron jubiladas. Se tomó una nueva Directora, la Srta. Edelmira Parodi, directora de escuela primaria jubilada, que tuvo la tarea harto difícil de hacer esta transformación. Ella tuvo que buscar actividades adecuadas a las pensionistas hasta dejarlas a todas bien colocadas afuera. Una de las jóvenes se casó y la Fundación le dió un buen ajuar. La administración de la señorita Parodi duró hasta que se terminó con el internado y se necesitaba una profesora especializada para Kindergarten. Fue la señorita Angela Abarca, que reúne dotes realmente irreemplazables para esta misión, no sólo por su competencia, sino por un espíritu de abnegación, de sacrificios sin límites y un alma que toma su trabajo como apostolado.

Ella recibió personalmente las directivas de Don Claudio: llegar a través de los niños a las madres y a los hogares; levantar el nivel moral del hogar para que los niños salgan de allí, naturalmente a la vida del trabajo.

Para eso hay que enseñarles primero a vivir: "Nuestro pueblo no sabe comer" le dijo una vez. "Reúna a las madres y enséñeles a preparar comidas sencillas y sabrosas con los mismos materiales que desperdician sin provecho. Igualmente, enséñeles a coser, a parchar, a zurcir para confeccionar y hacer durar a los niños las mismas ropas que tienen". Pedía a sus colaboradores constancia y fe y les decía: "Estos frutos no los veré yo y tal vez Uds. tampoco; pero en el correr de los años tendrá que venir el tiempo en que nues-

tro pueblo alcanzará una vida mejor y más sobria”.

Lo mismo que en las demás obras que dirigía, en unión de Arturo Matte, irreemplazable tesorero de la Institución, invirtió los fondos en propiedades de renta, que permitieron entradas seguras y que aumentaron a la par con el encarecimiento de la vida. Construyó un hermoso grupo de casas de habitación de arriendo en los terrenos de la quinta que dan a la Avda. Independencia e hizo una calle interior donde encuentran cómoda ubicación otras tantas. La población y la calle se llaman “Los Nidos” y la ocupan familias de la clase media, felices de contar con tan buen alojamiento.

Gracias a esta previsión “Los Nidos” han podido multiplicarse. Dejó construídos y funcionando tres Kindergarten populares distribuídos en diferentes barrios. Ellos son el “Lily Iñiguez”, que es el primero de la Avda. Independencia; el “Rebeca Matte”, colindante con la Escuela Alfonso en la Población Dávila y el “Pedro Iñiguez” en Avda. Carrascal, vecino a la Escuela Elvira Hurtado de Matte, de la Sociedad de Instrucción Primaria.

XVII. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

11 de abril de 1926 al 9 de abril de 1927.

“Cuando regresaba de mi último viaje a Europa, en marzo de 1926, y venía de los Estados Unidos, subí a bordo en Arica, para saludarme, Galvarino Gallardo Nieto.

Estaba allí por la cuestión del plebiscito, junto con el general Pershing, para resolver la cuestión internacional de Tacna y Arica.

Me dijo: Don Claudio, en Santiago lo están esperando. —Claro está, le contesté; me espera la familia. —No, repuso él, no sólo la familia. Lo esperan en la Universidad, porque falleció don Ruperto Bahamonde y la Rectoría está acéfala. Hay un consenso entre los miembros del Claustro Pleno para elegirlo a Ud.

Esta fué la primera noticia que al llegar a Santiago, se confirmó por todas las visitas que fueron a saludarme. Yo no tenía ningún interés por la Rectoría. Traté de evitarlo y me fuí al campo para vol-

ver a ver Ibacache. Fueron hasta allá para comunicarme que había sido elegido. A mi regreso a Santiago fueron a pedirme con insistencia que no rehusara y resolví aceptar”.

Don Claudio asumió la Rectoría de la Universidad de Chile el 11 de abril de 1926, teniendo como Secretario General a Don Ricardo Montaner Bello, elegido en el mismo Claustro Pleno, y como Pro-Rector a Carlos Mondaca.

Llegaba a dirigir la casa de Bello, tan admirado por él, y donde fueron Rectores su gran maestro Diego Barros Arana y sus amigos Valentín Letelier, Domingo Amunátegui Solar y el Dr. Gregorio Amunátegui. Los asuntos universitarios le eran familiares.

En la Presidencia estaba don Emiliano Figueroa Larraín que durante breve período hizo revivir en la Moneda el estilo de las antiguas presidencias. No estaba penetrado del cambio profundo que se operaba en la vida pública nacional, cuyo sentido ideológico era francamente revolucionario.

Empezó la administración de Don Claudio dentro de las normas de legalidad y principios tradicionales de ponderación y respeto a la autoridad.

En la primera sesión del Consejo de Instrucción que presidió como Rector, expuso en forma admirable por su claridad y precisión su programa y las últimas experiencias pedagógicas recogidas en su reciente viaje. Subrayaba la necesidad de aliviar los estudios de un recargo de materias que conduce a la superficialidad, e ir a una buena selección de ellas.

Es digna de releer esta exposición que resume las ideas pedagógicas de Don Claudio con sólida documentación recogida en lo más perfecto que encontró en Alemania, Francia e Italia. Llegaba a la conclusión de que *era preciso simplificar los programas y dar tiempo e impulso a la enseñanza por el trabajo propio.*

Inició una labor intensa, con la atención de la Escuelas Universitarias y los asuntos de todos los Liceos que dependían del Consejo de Instrucción Pública.

Fué realmente cariñosa la dedicación con que se entregó a los problemas de educación secundaria.

Nunca se habían estudiado y debatido los concursos con tal acuciosidad. Debían confeccionarse planillas con un cuadro

completo de los oponentes, con la enumeración de sus antecedentes y méritos, confrontados por él mismo con los certificados originales.

Con anterioridad a la sesión se enviaba a cada Consejero una copia de estas planillas, para que pudieran orientarse y corroborar los datos. Así el debate se hacía con perfecto conocimiento de causa para llegar a la formación de una quina.

La persona que ocupaba el primer lugar de esta quina, tenía más que una probabilidad de ser nombrada, pues el Ministro la respetaba.

Se ocupó además de la *reforma de los Programas, de la modificación de las pruebas de Bachillerato; de un nuevo sistema de exámenes de instrucción secundaria y de un mejor control administrativo.*

Estaba dedicado por entero a estos progresos técnicos cuando se le produjo un serio problema en el Instituto Pedagógico.

En la sesión del 31 de mayo, se dió cuenta de la jubilación del Director, señor Darío Castro.

Había gran efervescencia y agitación estudiantil en ese establecimiento, por lo que era necesario resolver cuanto antes el nombramiento del nuevo Director.

Don Claudio manifestó que trató el asunto con el Ministro y oyó al Decano, señor Julio Montebruno, que opinó en favor del señor Luis Merino Esquivel, Secretario desde el tiempo en que el señor Montebruno dirigió el Pedagógico. A juicio del señor Montebruno era el único que, al recibirse del cargo, estaba en condiciones de saber todo lo que debe hacerse.

El Rector hizo presente que el señor Merino no había manifestado deseos de ocupar el puesto. Lo conoció como miembro de la Facultad de Humanidades y con motivo de incidencias estudiantiles, en las que manifestó firmeza de carácter, ecuanimidad y prudencia. Opinó en contra la Consejera señora Isaura Dinator de Guzmán.

Ya en la administración de Don Ruperto Bahamonde, los profesores del Pedagógico se acercaron al Rector para pedir que el nombramiento de Director saliera exclusivamente del profesorado del establecimiento.

El puesto, entre tanto, había cambiado de carácter. Antes, el Director tenía en realidad la dirección científica y pedagógica. Ahora, su función era sólo administrativa, ya que el Decano ejercía la dirección científica.

Agotado el debate, Don Claudio presentó la siguiente terna:

Luis Merino Esquivel.
Rodolfo Oroz.
Luis Tirapegui.

Esta terna fué aprobada por el Consejo con el voto en contra de la Consejera señora Dinator.

La designación cayó muy mal en el Instituto Pedagógico y se declararon en huelga los alumnos y parte del profesorado.

La señora Amanda Labarca y don Pedro León Loyola, profesores de Filosofía, se acercaron al Rector para pedirle que modificara la terna.

Recibieron una negativa absoluta, terminante, dura: "La designación fué hecha en forma legal; no había causal para reconsideración, mucho menos ante actitudes de sublevación". Ambos profesores presentaron sus renunciaciones y el Rector las aceptó.

La efervescencia fué creciendo. Intervino el partido radical ante el Presidente, pero Don Claudio lo había informado antes, y el decreto fué firmado. Tronó la prensa radical.

Como la huelga siguiera violenta, Don Claudio acordó la cancelación de las matrículas y se abrió una nueva, con exclusión de los cabecillas y condiciones precisas para los aceptados.

Las clases de los dos profesores de Filosofía fueron provistas interinamente, y el Pedagógico volvió a funcionar.

Este proceder de autoridad inflexible fué muy criticado y mal interpretado entre los estudiantes y un sector del profesorado.

No comprendían el proceder de un hombre por principios. Su formación de justo hombre de ley le creó esa armazón moral ajena a todo odio o simpatía, a toda consideración de circunstancias o conveniencias para ceñirse en sus actos sólo a una norma.

Es por eso que nunca quiso ser político, porque reconocía que su manera de ser era lo más opuesto e irreconciliable con la flexibilidad de un político.

En todos sus problemas universitarios fué secundado admirablemente por el Pro-Rector *Carlos Mondaca*.

Hacia ya mucho tiempo que lo conocía en su calidad de Consejero y recurría a él para la redacción de documentos oficiales. Nadie sabía interpretar con mayor fidelidad su pensamiento. Tenía además una perspicacia extraordinaria para aquilatar valores y adivinar intenciones, en lo que coincidía con sus propios juicios. Esta comprensión fué convirtiéndose en una amistad profunda.

Don Claudio admiraba a Mondaca y lo quería entrañablemente.

Era Mondaca un espíritu fino, delicado, amplio y comprensivo. Respondía a esta gran amistad con todo su corazón y una lealtad completa. Parece que el espíritu concreto y práctico de Don Claudio hubiera encontrado su compensación en el alma soñadora y mística del poeta, en el cual admiraba ese conocimiento de los hombres que lo da sólo la intuición del corazón. Amaba su conversación inteligente, liviana, que envolvía la sabiduría con un chiste que acertaba medio a medio en el fondo de la cuestión. Era Mondaca un talento.

Juntos preparaban la tabla para los Consejos, estudiaban los concursos y todos los asuntos de importancia. En las sesiones Mondaca tomaba unas pocas notas y redactaba con ellas un acta completa, con sólo lo esencial, tan clara y fiel que aliviaba el trabajo de Don Ricardo Montaner, que también descansaba en él.

Aprovechando las vacaciones de septiembre, Don Claudio se lo llevó a Ibañache y lo llenó de cuidados porque ya Mondaca estaba muy enfermo.

Con motivo de la celebración del Congreso Pedagógico organizado por el Profesorado Secundario, cuyas sesiones se celebraban esos días, Don Claudio quiso dar a conocer con mayor amplitud todo lo que había visto en este cuarto y último viaje por Europa.

Mondaca le hizo tres entrevistas interesantísimas en que expone con la mayor fidelidad, el relato y el pensamiento de Don Claudio. Ellas fueron publicadas en tres extensos artículos en "El Mercurio" del 24, 25 y 26 de septiembre con el título: "*La organización y reforma de nuestra enseñanza*".

A todo esto, los sorprendió la noticia del fallecimiento de Don Juan Nepomuceno Espejo, Rector del *Instituto Nacional* y Consejero por derecho propio.

Cumplidos los honores que le rindió la Universidad, Don Claudio abrió concurso público para proveer ese alto cargo, como era su norma invariable.

Se presentaron candidatos de primer orden. Don Claudio presentó al Consejo la siguiente quina:

Carlos Mondaca
Gustavo Fernández Godoy
Enrique Molina
José A. Alfonso
Carlos Silva Figueroa.

Quedaron fuera Luis Galdames y Ulises Vergara.

El 19 de octubre de 1926, Carlos Mondaca, Subsecretario de la Universidad, fué nombrado Rector del Instituto Nacional.

Entrando el año 1927, cambió el ambiente político. Producida la dimisión de Don Emiliano Figueroa, fué convocada una elección, el 22 de mayo y el Coronel Carlos Ibáñez del Campo resultó elegido Presidente de la República, sin competidor.

Su actitud fué consecuente con el movimiento revolucionario que lo llevó por primera vez al Gobierno como Ministro de Guerra. Quiso dar impulso fuerte a la renovación de los servicios administrativos de todas las instituciones nacionales.

Amplió la intervención del Ejecutivo en proporciones no conocidas en Chile. Efectuó reorganizaciones administrativas y la implantación de nuevos servicios.

Hubo en Chile un clima de reformas y más reformas y con esto se fué formando un ambiente de exigencias, protestas, efervescencias y huelgas.

Don Claudio, impasible, guardaba firmemente la Autonomía de la Universidad y manejaba sus asuntos tranquilamente como dentro de una rada resguardada por fuertes diques. Sin embargo, las olas empezaron a sentirse. Hubo meses en que las arcas fiscales no pagaban los sueldos. Don Claudio interpuso su crédito, y gracias a eso todo el personal de la Universidad siguió percibiendo sus remuneraciones con toda regularidad.

Él no aceptó nunca su sueldo. Lo repartía entre el Bienestar Estudiantil y el personal de servicio y porteros.

Por estos gestos magnánimos y su trato sereno y atento, era respetado y gozaba del afecto de los empleados. Él los conocía muy bien a cada uno. Así tuvo gran aprecio por Adolfo Bartibás, Aurelio Centurión, Pedro Mandiola, Yolanda Biondi, por nombrar sólo algunos.

Llegó el período de los decretos con fuerza de ley. Ya el Gobierno se salía de las normas constitucionales. Estos procedimientos estaban en pugna diametral con los principios cívicos de Don Claudio, que por ninguna razón los aceptaba.

El Congreso había dado al Ejecutivo toda clase de facilidades para proceder por Decretos-Leyes, dándole facilidades extraordinarias, amplísimas para legislar en su nombre. El Gobierno se convirtió en una dictadura legal.

Un día el Ministro de Instrucción *Aguiles Vergara* citó a una Sesión Extraordinaria para el 8 de abril de 1927. Asistieron el Rector —Don Claudio—; el Secretario General, Ricardo Montaner, Mondaca, Alessandri, el Decano Montebruno y numerosos Consejeros.

El Ministro abrió la sesión en la solemne sala del Consejo y dijo que venía a exponer el *Proyecto de Reforma de la Enseñanza presentado por el Gobierno*.

Leyó el proyecto. Este propiciaba en primer lugar la creación de la Superintendencia de Educación. Ofreció la palabra. Hicieron extensas consideraciones Tomás Ramírez y varios otros consejeros.

Don Claudio, callado. Se hizo un profundo silencio y empezó a hablar.

Dijo que encontraba muy graves estas declaraciones del Ministro, tan graves que no veía cómo el Rector podía continuar en su puesto si se hiciera una reforma de esta naturaleza, pasando absolutamente por sobre toda ley.

El Rector de la Universidad tiene el deber de respetar la ley, tanto más cuanto que no hay motivo alguno que justifique este procedimiento.

El Ministro dió toda clase de explicaciones y se fundaba en que el Congreso había conferido al Gobierno facultades amplias para hacer nuevas organizaciones, en la forma en que lo creyera más conveniente. Había que considerar que la actual situación era transitoria y un momento extraordinario de la vida nacional, y que ya que el Parlamento le dió facultad discrecional y amplia al Gobier-

no, era lógico que éste la aprovechara. Con este criterio no consideraba ilegales las medidas que tomara el Gobierno en orden a la reconstrucción general del país.

El rector respondió que no estaba de acuerdo con los procedimientos con los cuales se intentaba hacer la reforma y desde luego, *presentaba la renuncia de su cargo*.

El Ministro lamentó la situación que no esperaba, pues no imaginó que "el Rector pudiese ver un acto de hostilidad hacia su persona, ni creía que su manera de interpretar la ley fuese tan excesiva".

Don Claudio respondió "que tenía principios muy bien definidos y acostumbraba manifestarlos con mucha franqueza y que faltaría a las normas por que siempre se había guiado si ocultara sus sentimientos o sus ideas.

Está cierto que si se destruye este organismo, si se pasa sobre la ley desaparecen los medios para desempeñar las funciones de Rector".

Manifestó, además, que recibió este puesto sin pretenderlo, con todas las atribuciones y deberes que le confiere la Ley y ha procurado desempeñarlo con el mayor tesón y mantenerlo en las condiciones de respeto y prestigio que le son propios.

Fué elegido por el Claustro Pleno, donde están representadas las Facultades Universitarias y faltaría a su deber más elemental y no correspondería a este honor si no procediera de acuerdo con sus convicciones que le obligan a no aceptar que se menoscaben ni las atribuciones que tiene el puesto ni la autoridad moral de que debe estar investido".

Fué inútil que el Ministro Vergara hablara de una solución de armonía ya que no veía por qué quedaba en contradicción con el Claustro Pleno al aceptar la Reforma educacional: el Gobierno estaba facultado para dictar decretos con fuerza de ley.

La renuncia cayó como un bombazo.

Hubo estupor.

Al fin habló el Decano de Leyes, Arturo Alessandri R., manifestando en nombre de todos, el hondo sentimiento ante tan inesperada resolución. Propuso una transacción para evitar la renuncia del Rector. El Ministro no aceptó.

Renunció, junto con el Rector, el Secretario General, Don Ricardo Montaner Bello, cuyo cargo era vitalicio, el Consejero Tomás Ramírez y otros.

Al día siguiente, Don Claudio presentó la renuncia por escrito, y con fecha 12 de abril se dictó un decreto aceptándose-la, firmado por el Presidente Ibáñez y el Ministro Vergara.

En la próxima sesión presidida por el Rector accidental, Francisco Mardones, se dejó constancia del gran sentimiento con que la Corporación vió el alejamiento del Rector Claudio Matte.

Se acordó ir a visitarlo y llevarle oficialmente el sentir del Consejo. El Rector del Instituto Nacional, Mondaca, propuso además enviarle un oficio en el mismo sentido.

El Decano Aguirre Luco propuso rendir igual homenaje al Secretario General Don Ricardo Montaner y así se hizo.

Finalmente, el Decano Alessandri propuso insertar la renuncia de Don Claudio en la publicación de los Boletines de Actas y allí se la encuentra: un documento como de un tribuno romano.

Esta fué la última muralla que cayó. En enero de 1928 se desencadenó la tempestad administrativa y de reforma educacional.

XVIII. DIRECTOR DE EDUCACION PRIMARIA

(*Decr. 1784 de 9 de abril de 1935 hasta el 31 de diciembre de 1938*).

Corría el año 1934. El Presidente Alessandri gobernaba a la sazón con la derecha.

Hubo una Asamblea Pedagógica en La Serena, en la que el Director de Educación Primaria, Claudio Salas, propició la instauración de la escuela primaria laica, común, obligatoria.

La Iglesia, y luego el Partido Conservador, por sus senadores Aldunate y Maximiano Errázuriz, pidieron la salida de Claudio Salas, salida que el Presidente retardó para que no apareciera como causal, ya que en otros tiempos él mismo había sostenido ideas semejantes.

Meses después, se produjo un movimiento gremial de los profesores prima-

rios y esto fué la causa visible para que el Ministro, por orden del Presidente, le pidiera la renuncia a Claudio Salas.

El desorden, la indisciplina, las exigencias políticas desmedidas y el ambiente caldeado en el profesorado lleno de descontento, le creaban un problema al Presidente que buscaba una persona que lo aliviara de él y fuese capaz de afrontarlo.

Pensó en Don Claudio. Un buen día fué a visitarlo a su casa y a pedirle que aceptara la cartera de Educación. Don Claudio se excusó. Dijo que el puesto de Ministro era político y él no era político. Para un puesto político se necesita una ductilidad que no se avenía a sus principios.

Alessandri insistió, apelando a su gran espíritu público y haciéndole ver la necesidad de que alguien se hiciera cargo seriamente de este problema trascendental.

Don Claudio propuso a Darío Salas y le consultó. Don Darío se negó terminantemente. Según su expresión, "había quedado para nunca, con la Inspección General de Primaria".

El Presidente volvió a insistir. Don Claudio prometió pensarlo. Lo meditó muchos días. Pesaba el pro y el contra.

El aceptar significaba para él renunciar a todas sus actividades personales; descuidar sus intereses, esclavizarse de la mañana a la noche con la atención de mil asuntos de servicio que, manejados según sus principios, requerían una atención concentrada y medidas que despertarían protestas, molestias.

Por otro lado, pesaba lo que su negativa significaba para su conciencia, de no haber prestado su concurso cuando el Presidente le pedía un sacrificio en nombre de una necesidad apremiante de la educación, y en particular, de la instrucción primaria.

"Conozco sólo un miedo —el miedo a mí mismo— de no proceder estrictamente de acuerdo con mi conciencia o de cometer una injusticia".

Venció su espíritu público y aceptó, no el Ministerio, sino la Dirección General de Educación Primaria; pero con una condición: que el Presidente no interviniera con influjo político alguno en los asuntos del servicio. Alessandri lo prometió y cumplió su palabra.

Cuando se publicó su nombramiento el 9 de abril de 1935 un diarito de la tarde escribía: "Don Claudio Matte, Director de Educación Primaria. ¡Es como que se hiciera andar un acorazado en la laguna del Parque Cousiño!". Ese era el sentir popular.

A los pocos días de haber asumido sus funciones, "El Mercurio" envió a su redactor Raúl Silva Castro, que le hizo una interesante entrevista en que exponía su programa y que se publicó al día siguiente. De allí nació un gran aprecio de Don Claudio por Raúl Silva, estimación que conservó por el resto de la vida.

Durante los casi cuatro años que estuvo frente a la Dirección de Educación Primaria, ella fué más que un Ministerio. Lo que Don Claudio resolvía, no tenía vuelta; no lo deshacía ni el Presidente de la República.

Se hizo asesorar como su secretario privado por Don Eduardo Tellechea W., con el cual trabajaba hacía años en la Sociedad de Instrucción Primaria.

En la vieja casa de la Alameda, hoy demolida, y que fué del Liceo de Niñas N° 3, el despacho del Ministro estaba en los altos. La oficina del Director General en los bajos del primer patio. Durante todo ese tiempo era el caballeroso Ministro Don Osvaldo Vial, quien bajaba y pedía gentilmente ser recibido por Don Claudio.

Relata el Sr. Tellechea: "El 23 de abril de 1935 se hizo cargo don Claudio Matte de la Dirección General de Educación Primaria sin más compañía que su Secretario privado, quien algo conocía del rodaje administrativo de este importante servicio público debido a su experiencia como pro-secretario de la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago y de antiguo periodista, redactor de "El Mercurio" de Santiago.

Fué recibido con el respeto que merecía su personalidad por el Ministro de Educación, don Osvaldo Vial, y el Subsecretario, don Enrique Bahamonde, quienes ofrecieron al señor Matte su más amplia colaboración y la promesa de no intervenir en nada en el Servicio que quedaba a cargo del señor Matte, en forma de que fuera un verdadero Ministro del ramo, tal como lo prometiera el Presidente de la República, don Arturo Ales-

sandri, como último recurso para conseguir de él que aceptara tan pesado fardo.

Durante la Dirección de Don Claudio, desempeñaron la cartera de Educación el citado señor Vial, don Francisco Garcés Gana y don Guillermo Correa Fuenzalida. Con el primero y el último marchó en perfecta armonía, pero tuvo algunas dificultades con el señor Garcés Gana, quien en algunas oportunidades cedió a influencias políticas causando malestar a Don Claudio; en último término primó el criterio estrictamente apolítico del señor Matte y las cosas continuaron por los buenos cauces.

Aquí merece párrafo aparte la actitud de don Enrique Bahamonde, Subsecretario de Educación durante todo el período directivo de Don Claudio. Es sabido que el Subsecretario es el Jefe Administrativo del Ministerio, el funcionario clave de la continuidad de la cartera, ya que los Ministros vienen y van según las conveniencias políticas del momento. Es entonces el Subsecretario el verdadero Jefe del Ministerio; son sus subalternos todos los Jefes de Servicios y de Departamentos, por lo tanto la persona de mayor influencia sin cuya reírendación nada puede hacerse. Pues bien, don Enrique Bahamonde cedió a don Claudio Matte todas sus atribuciones, fué su más leal colaborador y atento cumplidor de todas sus determinaciones. Este renunciamiento del señor Bahamonde nunca lo olvidó Don Claudio. Fueron dos hombres extraordinarios al servicio de la misma gran causa, labor cumplida sin estridencias conforme a la modestia que era en ellos la virtud más sobresaliente.

Don Claudio fué poco a poco conociendo al personal superior de su dependencia. Antes de recibir por primera vez a cada uno le decía a su Secretario: "deseo hablar con fulano; cítelo para tal fecha, pero primero véase usted con él, "desbástelo" un poco y me informa".

Así fué formando su plana mayor de colaboradores. Destacó como Jefe del Personal a don Adolfo Bartibás, prestigioso funcionario que le acompañó hasta el último día de su administración, desempeñando su alto cargo de confianza con abnegación y lealtad dignas del mayor encomio.

Confirmó en sus cargos a los Visitadores Generales señores Luis Moll y Enri-

que Cortés, y a los señores Martín Bunter y Moisés Mussa, en sus funciones de Jefe de Enseñanza Normal el primero y de la Sección Pedagógica, el segundo. Posteriormente, por razones de mejor servicio, estos funcionarios permutaron sus cargos.

El Secretario de la Dirección, don Germán Reyes, fué nombrado Inspector adscrito de la Dirección General. Más tarde, le reemplazó doña Graciela Palma, a quien le correspondía el ascenso. Posteriormente, la sucedió don Hernán Muñoz Aliaga, que falleció prematuramente a pocos años del retiro de Don Claudio.

Don José María Narbona, don Angel Morales San Martín y don Candelario Sepúlveda, fueron sus colaboradores como Jefes de Enseñanza Vocacional, de Enseñanza Agrícola y de Educación Física, respectivamente. En la Sección Locales destacó a los Arquitectos contratados señores Alberto Varas y Javier Manzano.

Contrató también a Don Leopoldo Morales Reyes, prestigioso maestro que había jubilado hacía dos años en el alto cargo de Director de Enseñanza Rural, y le dió la jefatura de la Sección Concursos, que creó y organizó Don Claudio con el objeto de que desde ese momento todos los empleos del servicio se llenaran únicamente por concursos de antecedentes. Desde este instante se acabaron las influencias políticas y el ascenso o el nombramiento lo obtuvo quien era más capaz y con mejores antecedentes profesionales y morales.

Hasta el 30 de junio de 1938 esta sección informó 1.852 concursos en los cuales participaron 11.427 postulantes. Hasta esa misma fecha, estaban registrados en la sección los antecedentes de 9.654 maestros en servicio o fuera de él. Jamás había existido archivo tan valioso en Educación Primaria.

Estas planillas demandaban a don Leopoldo Morales mucho trabajo, porque exigían un estudio acucioso de todos los antecedentes de los candidatos, amén de un buen criterio para valorarlos y ser sometidos a un juez tan sagaz como imparcial. Esa labor de paciencia, honradez, minuciosidad y exactitud llegó a sumar seis volúmenes de papel de oficio escrito a renglón seguido, mil y más páginas cada uno.

El recorrer siquiera someramente estas seis mil páginas en sus gruesos tomos sobrecoge de admiración por tamaño labor realizada tanto por él como por Don Claudio, que valoraba estos resúmenes y hacía la elección con su criterio seguro y ajeno a todo lo que no fuera la eficiencia. Allí se encuentra subrayado por su puño y letra por ejemplo "el candidato 19" por reunir los mejores antecedentes de una lista de más de 30 concienzudamente estudiados en todos sus aspectos, pero en forma de justicia tan impersonal, que en los cuatro años no hubo ni un solo reclamo contra su persona.

Todos sentían tras esa rigidez el gran respeto hasta por el más modesto funcionario y su espíritu de prestigiarlo a él y al servicio.

Don Leopoldo Morales, en el desempeño de estas funciones, hizo cumplido honor a la confianza que en él depositó su Director. Jamás, en sus relaciones de servicios, se omitió algún antecedente necesario, favorable o desfavorable, de los concursantes. Por tal motivo nunca se supo de reclamo alguno y perdura hasta ahora entre los maestros esta época en la cual se reconocieron los verdaderos méritos y los mejores fueron a los mejores puestos. Todavía oímos decir "a mí me nombró en concurso don Claudio Matte", acentuando esta circunstancia como quien con ello ha recibido un galardón que le enorgullece.

El programa de trabajo de don Claudio Matte comprendía los siguientes puntos:

1) Pacificar al Magisterio que vivía en perpetua ebullición por la intromisión de la política en todas sus actividades, lo que no era difícil de conseguir a un Jefe, como él, capaz de imponerse a las más altas y poderosas influencias, en materia de ascensos, nombramientos de importancia e incorporaciones al Servicio. Veremos más adelante cómo consiguió esta finalidad y cómo respondió el profesorado cuando comprobó que se creaba un régimen de justicia, que se respetaban los derechos legítimos de sus miembros, que se había arrasado con el poder corruptor de los políticos que poco antes eran los amos y señores del Ministerio de Educación.

2) Ampliar los servicios educacionales a base de un mejor aprovechamiento de los recursos presupuestarios, termi-

nando con la corruptela de las comisiones de servicio. A causa de esto último y en general, por influencias políticas, existían solamente en el papel 176 Escuelas que nunca habían funcionado, pero con su dotación completa de Directores y profesores los cuales servían como querían un cargo a comisión en cualquier parte, por distante que fuera el lugar de su nombramiento. Entre infinitos casos, el Secretario recuerda el de una dama que trabajaba en una Inspección de Santiago, muy competente y acuciosa eso sí, pero que su nombramiento rezaba más o menos así: Créase la Escuela N°... de Achao... y designase para servir el cargo de Directora a doña Fulana de Tal en carácter de interino.

A continuación, a la Directora de la Escuela N°... de Achao de 3ª Clase se le nombraba en comisión en la Inspección Escolar de... y esto venía sucediendo desde hacía varios años. Es claro que esta Escuela, como otras centenares, figuraban en el Anexo estadístico como Escuela existente. En la mayoría de las Escuelas de las ciudades de importancia había personal de exceso, en muchas partes no alcanzaba a rendir una cuota de 15 alumnos por profesor, debido a que actuaban además de los de la planta del establecimiento, ya más que suficiente, varios de otras Escuelas de lugares alejados que por orden del servicio estaban agregados a ella. Fué un trabajo ímprobo descubrir estas corruptelas y necesaria una mano muy firme para corregirlas, porque a los favorecidos nunca les faltaba un poderoso empeño. Larga, pesada y laboriosa fué esta reorganización indispensable, pero se cumplió.

3) Oficialmente no existían programas de estudios de las Escuelas Normales. Era necesario formarlos de acuerdo con las realidades de la enseñanza primaria en todas sus ramas. En 1938 entraron en vigencia los nuevos planes elaborados por una comisión de maestros normales y primarios de categoría, presidida por su incansable Director General.

4) Afrontar con decisión el problema de la falta de locales escolares apropiados para su función educacional, y proveerlas de mobiliario. Sirviendo estas finalidades, don Claudio Matte propició y consiguió la Ley que creó la Sociedad Constructora de Establecimientos Edu-

cacionales, promulgada en 1937. A la fecha (1958), la Constructora ha edificado para Primaria cerca de 350 grandes locales que reciben en sus aulas al 25% de la matrícula del servicio. Su obra pudo haber sido mucho más efectiva y de acuerdo con sus creadores, si no se hubiera desviado para favorecer a otras ramas de la enseñanza.

Además el señor Matte edificó en 1935 la Escuela de Santiago "Hnos. Matte", que donó a la Sociedad de Instrucción Primaria, para que sirviera de modelo de la futura edificación escolar fiscal. Esa Escuela, concepción de los Arquitectos don Gustavo Monckeberg y don José Aracena, hasta ahora no ha sido superada en el país.

Esta relación de la obra de Don Claudio al frente de la Dirección General de Educación Primaria, corresponde a una síntesis de otra muy completa que se conocerá en su oportunidad, de modo que en beneficio de la brevedad le daremos término con un resumen estadístico del avance que logró este benemérito ciudadano en un período de tres años, solamente con el acertado aprovechamiento de los recursos ordinarios del Servicio de su cargo.

ESCUELAS, MATRICULA Y ASISTENCIA

Escuelas Primarias Diurnas.....	3.590	446.830	360.941
Escuelas Experimentales.....	3	1.097	962
Escuelas Diurnas y Nocturnas Anexas a las Normales.....	8	3.090	1.715
Escuelas Primarias Nocturnas.....	43	2.816	1.861
Escuelas de Ciegos y Sordo-Mudos.....	1	160	123
Escuelas Vocacionales y 48 Grados.....	29	10.913	8.618
Escuelas Normales (1)	8	1.304	1.219
Totales 1937....	3.682	466.210	376.439
» 1936....	3.644	454.005	351.358
» 1935....	3.544	428.623	346.284
» 1934....	3.337	419.772	323.213
Aumento de 1934 a 1937.....	345	46.438	53.226

(1) En 1936 creó la Escuela Normal de Copiapó.

Concluiremos esta síntesis, reproduciendo las palabras que pronunció su Excelencia el Presidente de la República, don Arturo Alessandri Palma, en su Mensaje al Congreso Nacional, el 21 de mayo de 1938:

"El maestro cada vez aumenta más su ascendiente dentro de la Sociedad. La neutralidad de la escuela, celosamente defendida por las autoridades del servicio, ha sido comprendida y respetada por el magisterio".

Fueron características de la administración Matte; *la total prescindencia de las influencias políticas*. Ha sido el único período en la historia de la educación en Chile que *no hubo empeños*. Los senadores y diputados debían pedir audiencia. Cuando el fin de la visita era una recomendación en favor del nombramiento de determinado candidato fueron muchos los que obtuvieron la respuesta: "La función de los parlamentarios es hacer leyes y no gestionar nombramientos. Estos se hacen invariablemente por concursos públicos y después de un estudio minucioso de antecedentes. La designación se hace en estricta justicia de méritos. Las recomendaciones, según de quien vengan, pueden servir como datos informativos, pero no pueden primar sobre antecedentes concretos y méritos comprobados".

Esta actitud invariable, férrea, inflexible, respaldada por el Presidente de la República, a quien los afectados clamaban en vano, despobló muy pronto la antesala del Director General de políticos gestores.

Hubo ataques en la Cámara. El no se inmutaba. *La provisión de cargos se hacía por concursos*, acompañados por planillas que contenían las calificaciones y antecedentes concretos que, muchas veces él mismo confrontaba con los certificados originales. Una vez resuelta la designación de un funcionario, con sus iniciales, éste estaba seguro de ocupar el cargo. No lo alteraba nadie.

Sin influencia alguna, los maestros modestos y meritorios obtenían el cargo, y puede afirmarse que durante el tiempo de su administración no hubo un sólo nombramiento por influencia política; hecho insólito, pero verídico.

Todo profesor que cumplía con sus deberes tenía la seguridad de las más sólidas

garantías. Sentía un gran respeto por el maestro y tomó cuanta medida era posible para levantar su actuación.

"El buen maestro debe gozar de todas las garantías de respeto, de seguridad en su empleo y de todas las condiciones para que pueda entregarse a su tarea con tranquilidad".

Daba audiencias dos veces por semana, a todo maestro que quería hablar con él, audiencias que duraban tres a cuatro horas. Escuchaba con atención y cortesía en forma individual a treinta y más profesores cada vez. Hacía tomar nota a su secretario de los problemas de cada cual. Ordenaba estudiarlos a quien correspondía y a presentarle informe inmediatamente. Luego resolvía en forma imparcial, de acuerdo con la ley y reglamentos.

Por otro lado, aplicaba *sanciones* sin contemplación a todos los que cometían faltas graves comprobadas.

"El respeto y el cumplimiento de la Ley es la mayor garantía ciudadana. El mantenerse dentro de su marco da absoluta tranquilidad y seguridad a los funcionarios que cumplen bien con sus obligaciones y no le evita la sanción a los que delinquen".

"Muchos de nuestros males provienen de la falta de sanción. Para que un servicio marche bien es indispensable que los elementos flojos, viciosos o inmorales sientan la fiscalización y se les aplique el castigo correspondiente".

"Hay que tener más lástima a los más que a los menos". Si un grupo de alumnos sufre y se perjudica por un mal maestro hay que alejarlo, aunque sea buena persona y se le cree con esta medida problemas apremiantes. "En primer lugar está el buen servicio". El mal maestro debe alejarse.

El cumplimiento de este principio hizo que Don Claudio diera un trabajo abrumador a los Visitadores Generales Luis Moll y Enrique Cortés, para instruir sumarios, cada vez que se denunciaban irregularidades o hechos graves en el servicio.

Estos visitadores tuvieron que viajar a todos los confines de la República, instalarse, oír, reunir documentación fehaciente y llevar los antecedentes al Director que, de acuerdo con ellos, dictaba la medida disciplinaria con la ley y reglamentos.

La falta de hábito de recibir sanciones hizo que este procedimiento de sumarios, levantara la protesta airada de los afectados y lo que es curioso, no tanto contra la cabeza que dictaba la medida, sino contra los visitadores encargados de la investigación, a los cuales tildaron de "perseguidores del magisterio". Les hicieron los ataques más injustos y envenenados. Por su buen criterio, firmeza y valor, Don Claudio estimó sobre todo a Luis Moll.

La sanción no sólo alcanzaba a los pequeños. Recaía igualmente en los más altos funcionarios, donde Don Claudio descubría alguna irregularidad. Así, alcanzó en primer lugar a algunos altos Jefes de Sección que se extralimitaban en sus funciones, que le ocultaban o tergiversaban datos o antecedentes. Ellos fueron removidos sin contemplación, y de nada les valió apelar ante el Presidente.

Muchas de estas medidas "levantaron roncha" y originaron ataques en la Cámara. Salían en defensa otros parlamentarios y aparecían artículos de prensa, con réplicas encomiásticas de personalidades destacadas, dándole razón.

Para llenar los altos cargos de Jefe del Personal Primario llamó a Adolfo Bartibás, con el que había trabajado en la Universidad durante su rectorado. Para Jefe de Enseñanza Normal designó a Moisés Mussa, por quien sentía un gran aprecio.

Además encomendó a Don Leopoldo Morales la *confección de un mapa escolar* en que se marcara, con absoluta exactitud, la ubicación de todas las Escuelas Primarias. De muchas escuelas rurales no se sabía dónde se encontraban, en qué camino y con qué medios de locomoción podía llegarse a ellas. A los maestros que se destinaban para allá era preciso poderles dar todas las informaciones en Santiago y no confiarse sólo en las que pudiera darle el inspector local.

Se preocupó en seguida de un *mejor aprovechamiento del personal y de una mejor distribución de las plazas*.

Era para Don Claudio un pesar que no fuera realidad la enseñanza primaria para todos los niños de Chile. La falta de presupuesto para crear todas las escuelas que para ello se necesitaran, dejaba al margen de la enseñanza a muchos miles.

Mientras no fuera posible eso, era preciso aprovechar al máximo el profesorado para proporcionar el beneficio de educación al mayor número de niños.

En Santiago se aglomeraba un exceso de personal, y en provincia faltaba. Sobre todo las escuelas rurales estaban huérfanas de maestros. Poco a poco fué suprimiendo las "comisiones en Santiago" que muchos profesores habían conseguido en administraciones anteriores.

Cuando vacaba una plaza en Santiago no se la llenaba; se la trasladaba a la provincia donde más se necesitaba.

No se daba curso a traslados sino después de tres años servidos en el puesto —salvo casos extremadamente graves. Los normalistas recién egresados —salvo los con primer lugar— no se nombraban para Santiago. Eso sí que las niñas eran destinadas a lugares socorridos.

Otra necesidad era la *falta de mobiliario y material escolar*. Encargó al Visitador Germán Reyes recorrer todas las escuelas de Santiago y de provincias y desenterrar el mobiliario considerado inservible. Lo mandó reparar y pudo dotar de esta manera con poco costo muchas escuelas que carecían de lo más elemental.

Estas necesidades apremiantes, el crecimiento del servicio que exigía la creación de nuevas escuelas y plazas para maestros, lo llevó indefectiblemente a la *lucha por el presupuesto del servicio*. Encontró tantas dificultades como sus antecesores.

El proyecto que él presentaba había sido estudiado con su espíritu de economía racional que lo caracterizaba. Lo indignó el que en Hacienda se le quisiera cercenar, cuando ya estaba encuadrado en la más urgente estrechez. Recurrió al Ministro Gustavo Ross, y su presupuesto fué aprobado sin modificación.

A pesar de que se sindicaba a Don Claudio como tradicionalista en educación, respetó la experimentación pedagógica en sus justas proporciones y bajo su administración se publicó por primera vez el *Boletín de las Escuelas Experimentales*.

Recibió Don Claudio el servicio en un clima de efervescencia e indisciplina. Las agitadas convenciones de maestros de Serena y Concepción habían originado las exoneraciones en masa por Minis-

tros anteriores y los afectados clamaban por reincorporación con exigencias insistentes.

Don Claudio procedía con calma y firmeza. Mantuvo sus principios en forma inflexible. Se mantuvo intransigente en su *negativa de reincorporación de profesores exonerados*. Razonaba así: Por alguna razón fueron exonerados; ya sea por medida disciplinaria o por razones políticas. En cambio, hay contingentes de normalistas recién graduados que son hojas en blanco, elemento nuevo, bien seleccionado y formado por las Escuelas Normales. Primero hay que nombrarlos a todos ellos y sólo después, cuando no quede ni uno solo por colocar, podrá empezar a estudiarse caso por caso la reincorporación de los que lo merezcan.

Otro problema era el de los *locales escolares*. Desde que existió Chile éstos eran pésimos. Sólo durante la presidencia de Balmaceda y de Sanfuentes hubo buenas construcciones, pero insuficientes. La gran mayoría de las escuelas seguían funcionando en locales ruinosos.

Don Claudio buscaba una solución definitiva. Tuvo la idea de crear una Sociedad con recursos propios y toda la independencia de una sociedad anónima comercial, que tuviera por finalidad la construcción de edificios escolares, que pasarían paulatinamente a pertenecer al Fisco mediante amortizaciones.

Conversó el asunto con el Ministro Gustavo Ross, que comprendió en el acto el alcance de esta idea. Con su genio financiero, dió la estructura económica al proyecto y Don Claudio ideó la organización administrativa.

De esta colaboración nació el proyecto de *Ley de Sociedad Constructora de Edificios Educativos*. El proyecto primitivo contemplaba exclusivamente la construcción de escuelas primarias. Quería darle buenos locales a la *Cenicienta*, como él decía. Pero, como en esta forma iba a encontrar un vacío o una oposición insalvable, accedió a que se le diera extensión para todos los edificios educacionales. Don Claudio le colocó un artículo transitorio: "que durante los diez primeros años sólo podrían construirse locales para escuelas primarias".

Entre tanto, había cambiado el Ministro de Educación. Ocupaba ahora la cartera de Educación don Francisco Garcés

Gana. Cuando el proyecto pasó por sus manos, quiso hacerle algunas modificaciones, en el sentido de que en el Directorio debían estar el Ministro y otros altos funcionarios. Cuando lo supo Don Claudio, se opuso terminantemente. A su juicio, esto significaba la introducción de la política en una empresa que debía tener carácter comercial y administrativo. Tal composición del Directorio, condenaría la sociedad al fracaso.

Como el Ministro sostuviera sus puntos de vista, Don Claudio presentó su renuncia al Presidente Alessandri, quien no la aceptó, cambiando al Ministro Sr. Garcés Gana, a quien dió el Ministerio de Hacienda. De esta manera pasó el proyecto en Mensaje al Congreso en la forma como lo idearon Claudio Matte y Ross.

En el Parlamento el estudio fué lento y en los debates la idea de Garcés tenía partidarios. Sin embargo se impuso el proyecto Matte-Ross y así pasó aprobado al Senado. Cuando allí también encontró objeciones y lo empezaron a demorar, Don Claudio perdió la paciencia y se enojó: "Les dí un bufido y la ley salió".

Así Chile tuvo en 1937 la Ley de Sociedad Constructora de Establecimientos Educativos, que ha construído hasta la fecha muchas escuelas con locales magníficos a lo largo de todo el país.

Tal como lo previó Don Claudio, en cuanto existió esa ley vinieron los empeños de Liceos y otros colegios de tipo superior con grandes influencias para conseguir la construcción de sus locales. Allí estaba el artículo transitorio con que él protegía a sus pobres escuelas primarias. Los diez primeros años todos los beneficios serían para ellas.

La Escuela Anexa de la Normal de Angol jamás ha olvidado a su benefactor, y siente orgullo de haber sido una de las primeras construídas por esta ley que ha asegurado a Chile la construcción permanente de escuelas dignas y de primer orden.

La desgracia familiar y el dolor vinieron a golpearlo fuerte. Con pocos días de diferencia, fallecieron una hija casada, en la flor de la juventud, y su espo-

sa. Sus afectos siempre fueron hondos y fuertes. Los demostraba discretamente, como con pudor. Cuando lo hería un gran dolor era hermético: ¡ni un gesto, ni una queja!

En la mañana, todos los jefes del Ministerio y de la Dirección General asistieron a los funerales y en la tarde, vieron con estupor llegar a Don Claudio, entrar a su oficina y trabajar allí de cabeza hasta tarde.

Fué algo tan impresionante que todos los que lo vieron nunca han podido olvidarlo. Sintieron como si de la lejanía de los siglos hubiera emergido uno de esos romanos estoicos que describe Plutarco.

Y siguió la vida. Volvió a salir y a ponerse el sol. Don Claudio se concentró en el trabajo. No sólo atendía los problemas de miles de escuelas primarias y de más de diez mil maestros; *prestó una atención preferente a las Escuelas Normales* formadoras de este profesorado.

"El éxito de la educación depende del buen maestro". Había, pues, que seleccionar lo mejor que se pudiera a los aspirantes y formarlos con una preparación sólida y completa.

Revisó personalmente y perfeccionó las exigencias del Reglamento de Admisión. Oyendo previamente a todos los Directores con sus experiencias, lo simplificó para poder ser respetado en todo su rigor. Una vez aprobado, los exámenes de admisión se hicieron estrictamente a esas bases acordadas, sin una excepción y sin concesión alguna.

Se nombraban exclusivamente los aspirantes que habían obtenido los 35 primeros lugares, y si hubo alguna vez un empate en el último lugar, éste se sorteaba en su presencia. No hubo becas de gracia. Esas designaciones suplementarias por influjos políticos no se conocieron. Los cursos eran de tantos alumnos como el indicado en el concurso y ni uno más. Las raciones de alimentación se decretaban para su número y, como aún no se estaba en época de inflación, nunca hubo desfinanciamiento.

Las Escuelas Normales tuvieron cuatro años de trabajo intenso, pero sin problemas. No hubo un día ni una hora más

de feriado que los establecidos; desde el primer día de marzo hasta el 24 de diciembre estaba todo el personal y los cursos presentes trabajando.

Advirtió que no existía un *Plan de estudios y Programas* oficiales que se respetaran. Cada profesor enseñaba lo que mejor estimaba, de acuerdo con el Director, por lo que había una variedad tan grande en la preparación de una Normal a otra, que los alumnos que se trasladaban quedaban completamente desorientados. Los planes y programas no existían impresos en parte alguna; sólo en circulares aisladas, y eran letra muerta.

Ordenó, pues, el estudio y confección de un Plan de estudios y de Programas que debían ceñirse a las siguientes normas: No llenar cabezas, sino formar la mente. Enseñar a observar y a pensar. No recargar los horarios, con clases sistemáticas para dejar tiempo a la elaboración de materia por trabajo personal.

No se ha dado la verdadera importancia a esta iniciativa que él dispuso implantar, primero como ensayo por dos años, para irlo perfeccionando después, con las experiencias recogidas, antes de una adopción definitiva.

Esta no llegó nunca, porque Don Claudio se fué antes.

La Circular N° 13 de marzo de 1936 que contiene todas las directivas con su estilo tan propio, tan claro, conciso y sólido, retrata su pensamiento por entero.

Correspondió a Moisés Mussa, como Jefe de las Escuelas Normales, darla a conocer en todo su alcance y hacer efectiva su aplicación. Lo supo hacer, con toda competencia, lo que le granjeó el gran aprecio de Don Claudio.

Si bien se preocupaba minuciosamente de cada nombramiento, la designación de los puestos directivos en las Escuelas Normales fué para él un asunto de importancia fundamental. El acierto de su elección lo llenaba de alegría y era una de sus grandes compensaciones ver cómo esas Escuelas florecieron y progresaron bajo esos Directores.

Así quedó muy satisfecho del nombramiento de la señora Remedios Bravo de Carvacho, para la Normal de Angol, del

Sr. Arturo Mutizábal para la de Chillán, de la Srta. Emma Rayo como Directora de la Escuela de Aplicación de la Normal N° 1 y de Amelia Alvarez para Directora de la Escuela Anexa de Angol. Por la señorita Olga Fanta, a la que ya encontró frente a la Normal N° 2, tuvo también gran estimación, como igualmente por la Sra. Virginia Beltramí de Agliati y la Srta. Ana Luisa Santis.

Tres años y ocho meses estuvo Don Claudio esclavizado, trabajando ocho a diez horas diarias, sin darse vacaciones, renunciando a sus habituales salidas al campo, que tanto le gustaban y que necesitaba para su salud ¡Hay que considerar que ya tenía 80 años!

Después de las largas audiencias llegaba fatigado a casa; se recostaba cinco minutos y seguía atendiendo asuntos particulares o visitas.

Descuidó sus intereses y el sueldo que percibía se lo dió todo a la Sociedad de Instrucción Primaria.

Llegamos a las postrimerías de la presidencia de Alessandri, convulsionada por luchas internas.

La matanza de los jóvenes estudiantes en el Seguro Obrero conmovió al país hasta en sus fibras más hondas. Se le atribuía la orden al Presidente. La prensa lo atacaba con saña, tanto más que ya expiraba su mandato y se estaba en la agitación del Frente Popular que había hecho triunfar a su candidato radical Pedro Aguirre Cerda.

En este ambiente cargado de pasiones, se celebró en la Escuela Normal N° 1 una Licenciatura inolvidable.

Fué el 23 de diciembre de 1938. Llegaron juntos el Presidente Alessandri y Don Claudio Matte. Era en la tarde. La gran sala estaba repleta de autoridades educacionales, profesoras, alumnas y sus padres. Todo fué solemne: la Canción Nacional, los coros, la repartición de licencias.

Pero, cuando se levantó el Presidente Alessandri y empezó a hablar, se hizo un silencio emocionante. Dijo: "Mañana dejo la Presidencia. Este es el último acto oficial al que concurre en mi calidad

de Primer Mandatario y lo hago junto con el hombre al que la Educación en Chile más le debe: Don Claudio Matte".

Luego, con el ardor y la emoción más apasionada improvisó una semblanza genial, que nos hizo temblar, haciendo la apología de Don Claudio que, junto a él inclinaba la cabeza como para no oír este raudal de admiración que brotaba de los labios de Alessandri, con esa elocuencia que conmovía hasta lo más íntimo, porque era sincera. Finalmente fué hacia él y lo abrazó estrechamente. Siguió el silencio y a todos nos rodaron las lágrimas.

Cuando asumió la Presidencia Don Pedro Aguirre Cerda, teniendo como Ministro de Educación a Rudecindo Ortega, presentó su renuncia en dos líneas:

"Presento a V. E. mi renuncia del cargo de Director General de Educación Primaria y Normal, con carácter indeclinable".

Dios guarde a V. E.

Claudio Matte.

Santiago, 31 de diciembre de 1938.

La salida de Don Claudio fué como la ruptura de un dique. Se dió rienda suelta a las exigencias tanto tiempo aplazadas y la Educación volvió a quedar a merced de la política.

Entregó el servicio a Don Luis Galdames. Le preocupaba la suerte que pudieran correr sus buenos colaboradores, con el cambio de Gobierno. Galdames, como historiador, sabía apreciar el valor de Don Claudio. Lo oyó con respeto e interés y tomó en cuenta sus recomendaciones.

Don Claudio se alejó de la Dirección sencillamente, sin una amargura, satisfecho de haber prestado un servicio al país.

XIX. EL CIRCULO FAMILIAR

La familia Matte es de origen vasco-castellano y conserva en sus representantes las características de esa raza esforzada, tesonera, sobria.

Don Francisco Javier Matte llegó a Chile, según hay constancia, alrededor del año 1797. Era natural de Suances, pueblecito a orillas del Mar Cantábrico, reclinado en las montañas de Burgos, en la provincia de Santander.

"Junto a la carretera y en la parte más apartada y silenciosa del lugar, levanta sus patinados muros "La Rochuela", que es como distinguen hoy día los aldeanos a la centenaria habitación de los Matte" (*).

Contrajo matrimonio en Santiago con doña Rosario Mesías Cereceda. Tuvieron ocho hijos. Trabajó como comerciante empeñoso y ordenado. En 1838, se encuentra una partición de sus bienes que, divididos entre ocho herederos, dió a cada uno un patrimonio modesto.

Domingo Matte Mesías fué el único que supo multiplicarlo y fundó la familia Matte en Chile.

Nació en 1807. Era hombre de gran juicio, de extraordinario talento económico, de tenacidad férrea y de acendrado espíritu de servicio público.

Empezó con un negocio en la calle Compañía, casi esquina de la Plaza de Armas. Se propuso no casarse mientras no se hubiera labrado una buena situación. Invirtió sus ganancias en la compra del terreno del frente, donde levantó locales comerciales para arrendarlos. Este bloque se llamó pronto "Pasaje Matte". Después compró de ocasión tierras agrícolas. Fué comerciante de gran envergadura. Hizo negocios felices hasta formarse una fortuna de \$ 400.000.— de 48 d., ganada honradamente.

A los 40 años contrajo matrimonio con doña Rosario Pérez Vargas y tuvo trece hijos.

Fundó un Banco en el que trabajó con su cuñado Carlos Mac Clure. El Banco se llamó "Banco Domingo Matte y Cía.". Gozó de la confianza más absoluta del público, por lo que a él afluían los capitales a los que supo producir pingües ganancias. Fué su obra predilecta y le dió a él millones.

Su actividad fué prodigiosa y múltiple. No sólo era un hábil financista, sino también un hombre de gran espíritu

(*) Márquez de la Plata y Echenique, Fernando. Arqueología Nobiliaria. T. IV, página 77.

público y de una abnegación sin límites para el servicio de sus semejantes.

Fué Diputado de 1837 a 1858 y trabajó como miembro de numerosas comisiones de la Cámara. En 1858 resultó elegido Senador, cargo que ocupó durante veinte años, y que en esos tiempos eran únicamente honoríficos. Sirvió la política de Portales, Bulnes, Prieto, Montt, Varas y Pérez, sin interrupción y tuvo gran influencia sobre ellos, con su juicio sólido y equilibrado. Fué Consejero de Estado de varios de ellos y supo imponer su criterio.

Era sereno, de carácter fuerte, de honorabilidad intachable, de patriotismo probado y de una gran caridad. Tenía energías prodigiosas. Fué miembro de la Junta de Beneficencia durante muchos decenios; fundador, administrador y constructor del Hospital San Vicente de Paul y del Hospicio. Dotó, con su fortuna personal, varias salas y pabellones para los enfermos a los que dedicó muchas horas de trabajo y parte de su fortuna.

Era un eximio constructor. Muy temprano iba a dirigir y vigilar los trabajos. Las murallas de enormes adobes, bien reforzados con sólidos maderámenes, han resistido sin grietas hasta los terremotos y hoy día ha costado derribarlos en la parte que se demolió para construir el nuevo edificio moderno.

Se dedicó también a empresas industriales y agrícolas. Construyó el Canal de Las Mercedes, de 108 Km. de largo, que riega hasta hoy día miles de cuerdas y con el que aseguró agua abundante para su fundo Ibacache, que había adquirido oportunamente. Dotó a Santiago de los primeros carritos de tracción animal y colaboró en la construcción de varios ferrocarriles y edificios importantes.

Tal fué el temple de este hombre extraordinario, padre de Don Claudio.

Su descendencia fué de siete hombres y seis mujeres. Los educó muy bien, tomando en cuenta con fina perspicacia las condiciones particulares de cada uno. A pesar de que había llegado a ser uno de los chilenos de mayor fortuna, supo imprimir en todos la mayor modestia, sobriedad y espíritu de trabajo. Era esa la atmósfera natural de la familia. Seis de los hermanos estudiaron en el Insti-

tuto Nacional y fueron liberales. Sólo el menor, Ricardo, educado en el Seminario, fué el único conservador de la familia. También participó en política, ocupando los cargos de Senador y Ministro. Formó su hogar con doña Luisa Amunátegui Reyes.

Algunos fueron de gran figuración pública; otros realizaron empresas progresistas y unos pocos tuvieron vida retirada. "Ninguno fué descarriado", como decía Don Claudio, cuando recordaba a sus hermanos.

La madre, venerada por todos, falleció en 1878. Su esposo, al que no arredaban las mayores empresas, no resistió esta pérdida. Quedó tronchado. Falleció meses después, en 1879, a los setenta años.

Se hizo jefe de la familia Rosa, la hermana mayor, que se desempeñó como una madre admirable. Bajo su dirección la casa siguió el ritmo acostumbrado. Cuidaba a sus hermanos, con gran acierto. Continuaron en esa unión perfecta en la que los formaron sus padres.

Acordaron mantener su herencia indivisa. Había una administración en comunidad y cada uno percibía la renta que necesitaba.

Uno después de otro iban casándose y formando su propio hogar. Rosa permanecía soltera para consagrarse a todos. El hermano mayor, Enrique, falleció a los 31 años. Dejó un hijo del mismo nombre que se dedicó al estudio científico de la agricultura; escribió un libro sobre Lechería y fundó un Instituto Bacteriológico del cual se hizo cargo la Sociedad Nacional de Agricultura, que le dió su nombre.

Augusto tuvo una personalidad del mismo temple que su padre. Era un espíritu grande y fuerte y de carácter firme.

Casó con Rebeca Bello, nieta de Don Andrés. Cuando nació el primer niño — Rebeca— la madre perdió la razón. Tuvo que ser reclusa en una quinta, donde vivió durante toda la vida. La hijita, la futura gran escultora, quedó entregada al cuidado de su tía Rosa. Creció en la casa paterna, rodeada del cariño de sus tíos y tías. Se entendía muy bien con Claudio. Siempre sufrió añoranza del cariño de madre. Trágica fué la vida íntima de Augusto. Partió al ex-

tranjero con representaciones diplomáticas en Francia, Suiza, Italia y Alemania, a donde llevó a Rebeca cuando era ya más grande. En Italia, donde su padre fué Ministro ante la Santa Sede, afloró su talento de artista, primero en el dibujo, y luego se entregó por entero a la escultura.

Otro hermano de destacada actuación pública fué Eduardo: diputado liberal hasta 1900; senador y Ministro de Relaciones. Fundó y sostuvo con su fortuna el diario "La Libertad Electoral" en que se libraron todas las batallas ideológicas del radicalismo de la época.

Domingo era un gran lector y admirador de los ingleses. Cuando partió en 1881 con Claudio a Europa fué a Inglaterra a operarse. A su regreso se casó con Javiera Larraín Bulnes y se dedicó a la agricultura. Fué también uno de los fundadores de la Sociedad de Renta Urbana "Pasaje Matte" manteniendo la estrecha unión familiar en los negocios. Fué el padre de Arturo Matte y de varios hijos más.

Todos los hermanos fueron profesionales, menos Benjamín que era inválido. Vivió retirado; fué un solitario. Pero era el hermano de juicio más acertado. Todos lo querían y respetaban. Era el consejero, no sólo de los hermanos: toda la familia acudía a él en demanda de consejo o de consuelo cuando se presentaba alguna preocupación; él sabía la mejor solución y encontraba la palabra tranquilizadora.

También las hermanas iban casándose: Josefina, que sentía predilección por Claudio, fué esposa de don Ismael Tocornal. María Mercedes, contrajo matrimonio con Alberto Mackenna. Cuando enviudó, entregó su fortuna a su sobrino Domingo Tocornal, hijo de Josefina, el que interpretando sus deseos, construyó una gran Escuela en Puente Alto, en que se educan gratuitamente 1.800 niños en los grados de enseñanza primaria, secundaria y profesional, bajo la dirección de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Se colocó el nombre de su padre "Escuela Domingo Matte Mesías". Es un predio de muchas hectáreas, con imponentes edificios escolares, claustro para sus profesores y una capilla del más sobrio gusto artístico, con 21 pinturas de

Fray Pedro Subercaseaux y esculturas en madera por Peter Horn.

Rosario fué la esposa de Guillermo Edwards Garriga. Era persona de mucho consejo, bondadosa y sociable. Su casa fué centro de reunión de toda la familia. Se consagró a sus hijos, a la piedad y a hacer obras de beneficencia.

Delia, fué una mujer destacada y muy original. Inteligente, de grandes inclinaciones artísticas y literarias y de una fuerte personalidad. No le daba el menor cuidado parecer excéntrica. Hacía lo que le gustaba en la forma más natural, sin la menor intención de querer llamar la atención.

Era alta, delgada, elegante. Tenía su estilo propio en el vestir: zapatos alargados de tacón muy alto y un sombrero negro con dos grandes plumas de avestruz, negras también, que caían simétricas hacia cada lado y un velo con gruesos lunares negros que le cubría la cara fuertemente decorada de arbol, —en un tiempo en que las mujeres aún no se pintaban. Mandaba hacer siempre el mismo sombrero, porque le gustaba. Completaba su tenida un quitasol muy largo y delgado, que movía con gracia al ritmo de su paso menudo y ondulate. Así se la veía diariamente por las calles del Centro o en el Cerro Santa Lucía, donde hacía su paseo matinal.

Espectaculares eran también sus entradas a las funciones del Teatro Municipal. Todo el público atendía sólo a ella hasta que tomaba asiento en las primeras filas de la platea.

Casó con Salvador Izquierdo, hombre extraordinario también, creador del maravilloso Parque de Santa Inés y del criadero de árboles frutales que producía las frutas más escogidas, de las que hacía conservas. Despertó en Chile la comprensión de la belleza forestal como lo hiciera también Enrique Vergara en su inigualable "Parque Vergara" en Viña del Mar.

Puede considerarse a Delia Matte una precursora de la mujer intelectual en Chile. Tuvo un salón literario, en su palacio de la calle Moneda, donde recibía artistas y escritores y, en especial, las notabilidades que venían de fuera. Con el fin de extender el conocimiento y goce del talento de esas personalidades a un círculo más amplio, creó el "Club de

Señoras". Allí disertaban extranjeros y chilenos tales como Vicente Blasco Ibañez, Augusto D'Halmar y Pedro Prado.

En su hogar sufrió grandes desgracias con sus hijos.

Finalmente, Clemencia, fué mujer de Julio Garrido, el amigo de Don Claudio, de sus tiempos de estudiante de Leyes.

Rosa había cumplido su misión. Murió soltera a los cuarenta años, venerada por todos como la segunda madre.

Esos fueron los hermanos y la familia.

Se caracteriza la familia Matte por su gran espíritu público que se manifiesta en la realización de fundaciones sociales, culturales, científicas y educacionales. Tiene además otra característica: una auténtica sencillez, tan arraigada que rehuye la publicidad y que nace de un convencimiento de que cuanto hacen no es más que algo natural. No se les ocurre mencionarlo, ni les agrada que por ello se les ensalce.

Don Claudio tuvo siempre gran veneración por sus padres y mucho espíritu de familia. Se entendía bien con todos sus hermanos y tenía en ellos confianza absoluta. Todos eran tallados del mismo leño: de rectitud irreprochable y de una sola palabra.

El padre sabía apreciar las diferentes dotes de cada uno de sus hijos. En Claudio, el penúltimo de los varones, descubrió grandes dotes de inteligencia, juicio certero y equilibrio de facultades. A los quince años lo puso a prueba: le confió la administración de la importante propiedad llamada "Pasaje Matte" con plenos poderes y toda la autoridad. A las personas que venían a tratar con él del arriendo de esos locales comerciales u otros asuntos relacionados con ello, les decía: "Vayan donde mi hijo Claudio; es él quien tiene que ver con eso; yo ya no intervengo para nada".

Si el padre tenía condiciones de financiero, Don Claudio las había heredado con creces. Desde el primer día tomó tan en serio su cometido, que se desempeñó como un versado hombre de negocios. Esto no impedía que siguiera con la misma alegría y naturalidad de la juventud.

Terminados los exámenes en la Escuela de Leyes se iba a pasar las vacaciones

en Ibacache. Invitaba a sus amigos Julio Garrido y Alcibíades Roldán. Pero, a la larga, la vida en el campo en compañía de la familia se les hacía algo monótona. Ellos deseaban variación. Les atraía darse una temporada de playa. El puerto de San Antonio estaba cerca y veraneaban allí muchas niñas bonitas. Partieron, pues, los tres amigos en diligencia para allá y no salieron defraudados. Esos veraneos fueron inolvidables. A los ochenta años contaba Don Claudio, aún con entusiasmo, de los hermosos paseos a caballo que ellos hacían con un grupo de niñas simpaticísimas. ¡Cómo recordaba con la más viva admiración a la señorita Leonor Herzl por su atracción y belleza! "Yo la ayudaba a subir al caballo. Cabalgaba con elegancia. Qué simpática era y qué linda mujer". Fué después esposa de José Alcalde Lecaros.

XX. LA FAMILIA PROPIA

En 1890 Don Claudio contrajo matrimonio con doña Elvira Hurtado Concha, de finas facciones, de estatura pequeña y delicada. Partió con ella en viaje de luna de miel a Europa. Visitaron Francia, Italia, Alemania, Austria, Bélgica y Suiza. Cumpliendo su deseo, la llevó a Tierra Santa y a Egipto. En Berlín nació la primera hija: Rosa Elvira. Este viaje fué breve; duró sólo dos años. En 1892 estuvieron de vuelta en Chile y se instalaron en una casa amplia, de un piso, en la calle Compañía esquina de Amunátegui. La familia fué aumentando. Nacieron tres hijos y dos mujeres más.

En 1906 fué la salida al tercer viaje a Europa. El grupo se componía de Don Claudio y su señora, seis hijos, la suegra con sus dos niños menores, Teresa y Manuel Hurtado. Para la atención de los ocho niños llevaban a la joven empleada Idalba. Eran los hermanos de Rosa Elvira: José, María Teresa, Fernando, Lydia y Guillermo que recién tenía tres años.

Llegados a Europa, a los cuatro mayorcitos se les tomó una institutriz francesa y una inglesa, que también viajaban a todas partes con la familia. Para la atención material de todos velaba Idalba. Con esa capacidad natural de la raza chilena, esta mujer sencilla supo

darse a entender perfectamente en todos los países a donde llegaban y salvaba las situaciones con acierto. Llegó a hablar un poco de francés. Hasta recibió una proposición matrimonial, que rechazó con dignidad. Su apego y fidelidad a la familia era para toda la vida.

Para José, el mayor, Don Claudio tomó un profesor alemán y se estableció con él en Leipzig, para que siguiera con tranquilidad un curso, cuyo programa elaboró tras maduro estudio con el profesor. Terminada esta etapa, fué con José a Italia, siempre en compañía del profesor alemán a estudiar historia y todo lo que allí ofrecía la cultura, visitando los monumentos, bibliotecas y museos. Era José muy talentoso y aprovechó con toda la frescura de juventud las fuertes impresiones de los vestigios reales de esa cultura milenaria que iba conociendo y profundizando con un profesor versadísimo y un guía tan experimentado como su padre.

Luego se reunió toda la familia en París, donde armaron casa y permanecieron una temporada. De más está decir cómo se aprovechó esta permanencia para la educación de los niños. Al año siguiente se establecieron en Berlín, donde Augusto Matte era Ministro Plenipotenciario de Chile. Allí los niños aprendieron alemán y recibieron, cada uno según su condición, lo mejor de la enseñanza que se podía encontrar en Alemania. En verano fueron con Rebeca Matte de Ñiguez y su hijita Lily al balneario Kissingen. Allí hacían muchas excursiones al campo, no sólo por deporte o para gozar de las bellezas naturales, sino para estudiar botánica. Premunidos de sus recolectores salían a coleccionar plantas para estudiarlas y hacer herbarios. Siguiendo todas las reglas técnicas iban a "botanisieren", como dicen los alemanes, observando y anotando las condiciones de vida real de cada planta.

De vuelta de veraneo, los niños reanudaban sus programas de estudios, y Don Claudio, sus visitas a escuelas. Después se fué a Suecia con José, donde se dedicó a profundizar el estudio del sueco. Lo llegó a dominar con tanta soltura y perfección como el alemán. Leía las obras más difíciles y lo escribía con toda corrección. Gustó sobremanera de la literatura sueca.

Otra estada larga hubo en Suiza, donde hacía largas caminatas, también con José, para acostumbrarlo a marchas prolongadas.

Seis años duró la permanencia de la familia en Europa. Conocieron bien Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Austria y Suiza. Estuvieron también en Holanda y Bélgica. Don Claudio fué con unos pocos a conocer España.

La señora Elvira se hacía acompañar por su marido para escoger los muebles con que iban a instalar su casa en Santiago. Muchas veces salía también con José, que tenía un gusto artístico refinado. Muchos de los cuadros, muebles y tapices los escogió él.

Volvieron a Chile en 1911. La casa de tres patios debía modernizarse. Don Claudio encargó esta transformación al arquitecto francés Grossin. Éste le colocó un segundo piso; transformó el primer patio en un imponente hall con una escala monumental y le colocó una cúpula de gruesos vidrios esmerilados con ornamentación de copihues en sus colores rojo la flor y las guirnaldas verdes de las hojas. La parte del fondo con frente a Amunátegui se convirtió en casas de renta. Así y todo, la familia quedó con más de veinte piezas, fuera de las de servicio, los recibos y el enorme comedor.

Allí se colocaron los muebles y cuadros, las arañas de cristal y obras de arte que iban llegando de Europa. Grande fué la impresión de Don Claudio, cuando tuvo la noticia de que su arquitecto Grossin, al mes de haber regresado a Francia había fallecido, al caerse con un globo cautivo al que subió como observador en la guerra de 1914.

Los niños reanudaron sus estudios en Chile. Llegaron hablando los idiomas de los países donde habían estado y tenían una preparación tan sólida que aventajaba en muchos aspectos a sus compañeros de curso.

José se recibió de abogado con distinción máxima; luego Fernando y Guillermo. Los tres cumplieron brillantemente con la tradición de la familia de completar su cultura general con el estudio de Leyes.

Rosa Elvira contrajo matrimonio con Joaquín Prieto Concha y años más tarde, Lydia con Eduardo Reyes.

El primero en morir fué José, en 1918 a los 22 años. Fué operado de apendicitis y quedó mal durante tres meses. Se hizo todo por salvarlo: inútil. Era el primer golpe.

Un verano que la familia estaba en Ibacache, Guillermo salió a cazar patos en la laguna en compañía de un amigo, al que se le descargó la escopeta y lo mató en presencia de las hermanas María Teresa y Lydia, espantadas. Muerto se lo llevaron a la casa. Tenía 24 años. La madre no volvió más a Ibacache.

Fernando administró el fundo de Santa Victoria de Mallarauco. De allá llegó a Santiago con fiebre y falleció de un tifus a los 33 años. Don Claudio resistió los golpes con gran fortaleza. A señora Elvira la sostenía su profunda fe religiosa, pero su naturaleza delicada se iba resintiendo.

En 1925 salieron al cuarto y último viaje con parte de la familia. Fueron a Europa; siguieron más o menos el mismo itinerario y regresaron en 1926, visitando los Estados Unidos.

Cuando en 1935 Santiago se vió azotado por esa tremenda influenza epidémica, se contagió la señora Elvira y su hija Lydia, que esperaba su segundo hijo. El 30 de agosto falleció Lydia, y el 1º de septiembre la señora Elvira. Aún no se conocían los antibióticos que las hubieran podido salvar.

Murió la alegría. Quedó desierta la casa enorme. Don Claudio se impuso un trabajo tan intenso que no le daba tiempo para pensar.

Vivían con él solamente Rosa Elvira y su marido. Los rayos de alegría que le quedaban eran los dos nietos únicos: José Joaquín, hijo de Rosa Elvira, y María Elvira, la hijita de Lydia, de cuatro años, que diariamente iba a visitar a su "Tata". Allí en el escritorio, se sentaba junto a él en un pisito y le conversaba sus ocurrencias deliciosas; le pedía libros con monos, que hojeaba con gran cuidado, haciéndole preguntas inteligentes. Además, dibujaba con un talento tan precoz que parecía seguir por los senderos de su tía Rebeca Matte. El abuelo y la niñita eran dos compañeros que se querían. María Elvira fué creciendo al calor de esas veladas silenciosas y profundas. No las olvidará jamás.

XXI. DON CLAUDIO, AGRICULTOR

Recorrer el campo a pie o a caballo, respirar aire a todo pulmón y tostarse al sol era otra de sus necesidades vitales.

Ya desde niño pasaba sus veranos en el fundo y cuando volvió de Europa, casado, se vió frente a la necesidad de administrar no sólo lo propio, sino también el fundo de su suegra, que había enviudado. La señora Concha viuda de Hurtado le pidió que se hiciera cargo de la administración de sus fundos y de sus intereses.

"Nunca fuí agricultor, pero la necesidad me hizo observar, estudiar y pensar. Aprendí a pensar en Alemania".

Veía cómo se hacían los trabajos y oía la experiencia de los campesinos, pero pensaba cómo mejorarlos para obtener mayor rendimiento. Tenía talento organizador práctico. Dispuso tan bien las faenas que pronto las tierras fueron dando magníficamente. Cambió la rutina por una explotación racional.

Para Ibacache disponía de los derechos de primeras aguas del Canal de Las Mercedes con lo que tuvo riego de todas sus tierras. Como el transporte de los productos era difícil a falta de buenos caminos, mandó construir en 1917 un tramo de ferrocarril propio de trocha angosta de Melipilla hasta el cruce del camino de Casablanca y Las Mercedes trabajos que él supervisaba personalmente con el ingeniero. Cuando ya hubo buen camino y los transportes se hacían por camiones, mandó levantar la línea y vendió los rieles y durmientes.

Más tarde compró un fundo precioso en "La Rinconada" de Maipú a veinte minutos en auto de su casa en Santiago y otro muy grande en Limache en sociedad con su sobrino Arturo Matte, con vegas de paltos y chirimoyos.

Hacía grandes siembras. Disponía las tierras que se iban a barbechar, tanto las de riego como las de rulo, después de un minucioso estudio. Construyó buenas casas para sus inquilinos y una excelente escuela.

Seguido de sus mayordomos e inquilinos recorría la hacienda a caballo, con manta y sombrero campesino, disponía el trabajo y controlaba lo realizado. Durante las cosechas estaba presente ordenando, vigilando junto a la trilladora y

a la romana que pesaba los sacos. De allí salían muchos miles de sacos de trigo, cebada y, algunos años, maravilla. En Ibacache se elaboraban también grandes partidas de carbón de espino.

Los días que permanecía en Santiago, el mayordomo debía informarlo detalladamente por teléfono de todos los asuntos.

Los cerros y demás terrenos se ocupaban en engorda de animales.

"Los novillos de Don Claudio", tal como decían, se convirtieron en escuelas monumentales que obsequió a la Sociedad de Instrucción Primaria. Los mandaba a comprar en el Sur y cuando en primavera los cerros de Ibacache se cubrían de tupidos pastos tiernos alimentaban a millares de vacunos. Cuando ya el pasto se secaba, los novillos eran enviados a la feria, en lotes que él mismo hacía componer con sus capataces experimentados.

Personalmente concurría al Instituto Biológico "Enrique Matte", de la Sociedad Nacional de Agricultura, a comprar los sueros y vacunas para sus animales. Allí lo atendía la Dra. Pérez Matus, Jefe del Laboratorio. Contaba ella que se quedó sorprendida de sus conocimientos científicos y de la precisión técnica con que pedía las instrucciones.

"El hombre que tiene cierto patrimonio debe retribuir a la sociedad lo que de ella recibe. Tiene obligación de hacer producir y de este producto devolver una parte al bien común".

Disponía el trabajo con un optimismo como que jamás fuera a terminar. Fué un agricultor excepcional: nunca se quejó. "Hay años malos; pero una cosa se compensa con otra y un año bueno reponde de varios malos. La tierra es agradecida cuando se la trabaja bien", y repetía "El hombre que tiene tierras tiene la obligación de hacerlas producir".

¡Qué contento estuvo cuando compró el primer tractor. Gozaba al ver con qué rapidez avanzaba el trabajo y tan bien hecho! Fué introduciendo cautelosamente las maquinarias agrícolas cuando su eficacia ya era absolutamente segura y rentable.

Iba a sus fundos cada semana, y en cuanto hubo automóviles fué de los primeros en adquirir uno para poder ir rápido y a la hora que quisiera. Allí lo conducía su fiel chofer, Emeterio, que reci-

bía instrucciones, dónde debía esperarlo con el coche después de sus larguísimos recorridos a caballo. A veces solía racionarse la bencina. Mandaba a Emeterio a reservar asiento en la destartalada góndola que hace el servicio público de Ibacache y volvían los dos sentados hermanablemente uno junto al otro conversando. Emeterio era el hombre de su confianza. Le hacía diligencias de responsabilidad hasta en los Bancos.

Por lo general, salía en las mañanas temprano, recorría sus tierras durante cuatro horas, acompañado del mayordomo o solo, para ver y pensar lo que convenía hacer. Esto lo meditaba durante días hasta llegar a una solución clara y segura. En las tardes, cuando ya pasaba el calor más intenso, salía otras cuatro horas.

Ocho horas a caballo era lo habitual cuando estaba en el campo. Su amor a la tierra era fuerte, sencillo, claro: la tierra debe producir.

Tenía ribetes de naturalista. Observaba y pensaba: "Las malezas tienen una salud y vitalidad envidiables". Sus gérmenes están tan resguardados que resisten sequías y maltratos. Viene una lluvia, sale el sol y crecen con rapidez y vigor maravillosos. Se las corta: renacen; se las arranca, brotan en otro lugar. Consumen el alimento de la planta fina que está junto a ellas y la ahogan.

El arte de un buen barbecho está en una campaña científica contra las malezas y las plagas. Para ello hay que estudiar y conocer a fondo la constitución, vida y costumbres de cada una.

Cada ser quiere vivir y perpetuarse. Ellas tienen una tremenda fuerza vital".

Tenía también el sentimiento de la naturaleza y era sensible a sus bellezas. La casa estaba rodeada de un gran parque rústico con viejos aromos. Había macizos de hortensias rosadas y en primavera el suelo era un tapiz de perfumadas violetas silvestres.

Cuando levantaban los primeros pastos, recorría los cerros y admiraba los cardones erguidos con su esbelta vara de flores verdeazulinas, varas que después, en otoño, parecen negras antorchas quemadas.

Descansaba bajo los boldos y recorría con la vista ese gran anillo de lomajes

suaves que a la distancia rodeaban sus tierras.

Amaba los espinos. "El espino es símbolo del campesino chileno: rústico, sufrido, duro. Crece en tierra árida. Sus raíces horadan los pedregales hasta encontrar aguas profundas. Resiste heladas y soles tórridos. Sus troncos retorcidos son ásperos, erizados de púas.

Sin embargo, sabe de primaveras. Llegando ella, se cubre de un velo de flores doradas y de perfume intenso.

Se le corta. Su leña da calor a los hogares y hecho carbón vuelve a vivir en los braseros con tizones rosados.

Guarda su fuego por mucho tiempo, bajo cenizas blancas como la nieve de los Andes a cuyos pies vivió. Va enfriándose lentamente y muere callado".

XXII. RETRATO

Para guardar un recuerdo fuerte, claro, vivo, es preciso llegar a una calma interior. Recojámonos en uno de esos remansos y contémplos a Don Claudio:

Era de regular estatura, más bien alto y recio. Fué adelgazando mucho en sus últimos años. De cara llena, sonrosada y tostada por el sol cuando volvía del campo. Conservó su bigote y perita corta como Valentín Letelier y la mayoría de los caballeros de esa época. Vestía con suma corrección con colores discretos, oscuros. Usó siempre anteojos gruesos y otros para leer. A pesar de su mala vista fué un lector formidable. Leía los grandes diarios, jamás otros; le llegaban regularmente el "Times" de Londres, "L'Illustration" y la "Revue des Deux Mondes" hasta después de la Gran Guerra, cuando ya decayó y no siguió interesándole.

Amaba los clásicos: Plutarco y Goethe y algunos modernos como Maurice Paleologue y Selma Lagerlöff a la que leía en sueco.

Reunió una biblioteca magnífica con hermosas pastas europeas. Allí estaban los clásicos romanos, ingleses, alemanes, franceses e italianos, los suecos y españoles e infinidad de obras de Historia europea, americana y chilena. Todos los había leído en el transcurso de los años. Muy a la mano tenía sus diccionarios de la lengua y enciclopédicos.

Cuando ya pasó de los noventa y cinco años, obsequió gran parte de ellos a la Biblioteca Nacional. Fué a dejarlos personalmente en su automóvil y se los entregó a Raúl Silva Castro, por el que sentía gran aprecio.

A pesar de ser un hombre eminentemente activo, era reposado; no se precipitaba jamás y nunca llegaba atrasado. Era más reflexivo que hablador. Su día era de actividad prodigiosa. Dormía poco. Decía: "No sé lo que es dormir una noche de una sola hebra". Despertaba al alba y leía.

Tomaba su ablución fría, invierno y verano, y a continuación hacía unos veinte minutos de gimnasia sueca con una serie de ejercicios minuciosamente estudiados. Recomendaba estas prácticas a sus amigos más cercanos.

Hay que ver con qué viveza y entusiasmo describía Don Claudio el método para las abluciones frías y las razones científicas de cada ejercicio. Para corroborarlo mostraba sus textos suecos y traducía párrafos enteros con la más escrupulosa exactitud.

Hacia lo que convenía a su salud. Cuando joven fumaba. Bastó que un médico le explicara que esto le dañaba, para que dejara de fumar de un día para otro por el resto de su vida.

Su desayuno era frugal. Leía "El Mercurio". No le gustaba la radio.

Era también un convencido de la dietética. Decía: "El hombre no debe comer por placer aquello que le gusta, sino para su nutrición racional. Cada hombre debe comer lo que le conviene según su edad, su constitución y estado de salud". Así como analizaba sus ejercicios gimnásticos, así también estudiaba científicamente sus alimentos según su composición química alimenticia y sus calorías. Alivió de crisis reumáticas en gran parte con régimen.

Comía poco. En la mesa familiar acompañaba su parco menú con un vaso de vino tinto. A este régimen de vida debió su buena salud.

Tenía fe en las aguas termales. El tratamiento en Karlsbad lo sanó definitivamente de esa enfermedad dolorosísima al hígado que en Chile se estimó incurable.

Para aliviar su reumatismo iba a las Termas de Tolhuaca. Allí se encontraba con Darío Salas.

En las horas de reposo analizaban detenidamente "el problema nacional", el tema, inagotable para ellos, de la educación popular.

Con distancia de algunos años, y a edad muy avanzada, tuvo que someterse a dos operaciones en la Clínica Santa María. Reaccionó como un joven.

Continuó saliendo al campo y subía a caballo largas horas a toda intemperie, aún en los días más helados. Pero, llegando a casa, necesitaba calefacción, mucha calefacción, cuando, sentado en su sillón leía, escribía o charlaba. En Ibacache tenía una gran estufa donde se prendían los trozos de leña de sus espinos. En Santiago era calefacción central, estufa a gas y eléctrica. Le gustaba controlar la temperatura y para ello no le podía faltar el termómetro dentro de la pieza y otro al lado afuera.

Siempre encontraba tiempo para hacer visitas y recibir a las personas que quería: su familia, sus sobrinos, y entre ellos Arturo Matte y Domingo Tocornal. Gustaba conversar con Darío Salas o con Domingo Amunátegui quien iba a desahogarse de sus problemas universitarios, políticos y familiares. Las visitas de José Alfonso le eran muy gratas y cuando éste ya enfermó para morir él iba a verlo regularmente. Así lo hacía también con tantas otras personas que apreciaba.

Poco a poco dejó de ir al teatro y de hacer vida social. Se limitaba a asistir a algunas conferencias que le interesaban.

Una de sus características era la claridad, precisión y corrección en el uso del idioma castellano, como asimismo en todos los demás idiomas que dominaba. Sentía pasión por la lingüística y se solazaba leyendo tratados de esa especialidad. De allí su aprecio por Hanssen y Lenz.

Apenas oía un término mal empleado, iba al diccionario a cerciorarse del significado preciso del vocablo. El uso constante de los diccionarios lingüísticos y enciclopédicos le dieron esa solidez, esa macez en todo lo que decía.

Tenía aversión al uso de ciertos términos: la palabra "objetivo" generalizada hoy día con el significado de finalidad, la objetaba cada vez que la oía o leía.

Le irritaba el nuevo vocabulario socialista que abundaba en "militancias", "ampliados" y "sugerencias". Le molestaba sobremanera el término "alfabetización". "No es eso lo que nos falta", decía. "Alfabetizar es enseñar el alfabeto. Eso no sirve para nada y aún es peligroso si no va estrechamente unido a una sana comprensión de lo leído y a la elevación cultural del pueblo".

Tampoco era de su agrado la terminología filosófica y muy en particular la metafísica, en uso actual. En cambio, en la intimidad solía usar términos tan sabrosamente chilenos, campestres, naturales y pintorescos que no se olvidan.

La perspicacia para "calar" a la gente era asombrosa. A través de sus anteojos parecía que viera con dificultad. Sin embargo, no se le escapaba ningún detalle. Observaba, pescaba al vuelo las características de las personas y se las guardaba. Cuando se sentía en confianza solía caracterizar con pocas palabras. Conversando un día de una dama distinguida, muy viajada, que dirigía con acierto una gran obra de caridad, la pintó con sonrisa picaresca y llena de simpatía diciendo: "No sólo es elegante; es además una "professional beauty".

Esta penetración para conocer las personas le permitió el saber elegir. Poseyó esta sabiduría en alto grado.

Otra de las cualidades que le aseguraron el éxito en todo lo que emprendía era el control personal y continuo que ejercía sobre cuanto organizaba y esa perseverancia férrea, infatigable hasta llevarlo a término.

Sostenía en forma moderada, pero efectiva, el principio de autoridad como jefe de toda buena organización. Meditaba mucho sus resoluciones. Cuando eran de importancia, las dilataba largo tiempo hasta que estaban maduras. Luego, no tenía vacilación: resolvía y nada lo hacía volver atrás, ni argumentos, ni peticiones. Su resolución era como granito. Si se insistía era breve y cortante.

Era valiente. Una vez que hubo sublevación de estudiantes en la Universidad, su sobrino Domingo Tocornal lo fué a buscar y le propuso salir por la puertecita privada de la Rectoría. No quiso. "Yo salgo por donde debo salir; por la puerta principal" y pasó tranquilo entre el tumulto que se hizo a un lado con respeto.

"No hay peor consejero que el miedo", decía. "El hombre debe pensar, tener su programa y proceder sin miedo a las críticas ni a la oposición. Yo sólo conozco el miedo a mí mismo. Necesito cerciorarme de que no estoy equivocado para no cometer una injusticia".

Era sencillo. Cuando se retiró de la Universidad, el personal de porteros al cual le cediera su sueldo de Rector, le hizo un obsequio de gratitud: un tintero monumental de ónix y bronce con todos los accesorios en un gran estuche de cuero. Colocó este obsequio en un sitio de honor sobre una mesa de su recibo; pero siguió escribiendo con su viejo tinterito de vidrio y una lapicera de colegial primario.

Predominaba en él el sentido práctico. Una vez, pidiendo su opinión sobre la compra de una parcelita hermosa y pintoresca, comentó: "Los negocios no deben hacerse con entusiasmo, sino con lápiz".

Su agudo espíritu de observación le hacía notar lo divertido y tenía el sentido —tan chileno— del ridículo. Cuando estaba en confianza tenía salidas graciosas y oportunas que daban medio a medio en el clavo.

Tuvo siempre un respeto profundo por el fuero interno de los demás y muy en especial por los sentimientos religiosos.

La popularidad, que tanto seduce a los políticos, le tenía sin el menor cuidado; no le importaba. Cuando se trataba de ella sonreía: "Esto sólo es para los políticos y yo no soy político. Nunca la política me ha atraído. A mí sólo me interesa la educación".

Su optimismo era impresionante. Pese a todos los golpes que la vida le deparaba, seguía trabajando como un joven, como si tuviera toda la vida por delante, como si jamás fuera a morir.

Su modestia fué tan grande como sus obras. Nunca quiso asistir a un acto público en que se le agradeciera alguna de sus enormes donaciones. Detestaba los honores o alabanzas. Durante el gobierno del Presidente Juan Antonio Ríos se pretendió otorgarle una condecoración por los grandes servicios prestados a la educación chilena. Le pidió a Domingo Tocornal Matte, que se acercara al Ministro de Educación, Benjamín Claro Velasco, del cual era amigo, para pedirle que

se abstuvieran de hacerlo, pues consideraba que su aporte al mejoramiento de la instrucción popular no tenía otro significado que el cumplimiento de un deber que pesaba sobre él.

Era realmente austero, indiferente a las críticas y fieramente reacio al homenaje. Era filántropo con generosidad de magnate y sencillísimo en su vida personal.

Cumplió con una misión libremente elegida y libremente sostenida. Terminó su vida, casi centenaria, como el más grande benefactor de la cultura popular en Chile.

XXIII. AD VITAM AETERNAM

Poco a poco fué perdiendo fuerzas. Ya no podía salir solo. Su hija lo acompañaba a tomar aire en automóvil, en las tardes tibias.

Cuando ya tuvo que guardar cama tenía enfermera de día y de noche, pero Rosa Elvira estuvo siempre junto a él. Fué hija ejemplar. Los unía un amor muy hondo y él la admiraba. Era la depositaria de toda su confianza y a ella le hacía todos los encargos y recomendaciones acerca de lo que deseaba para después.

Casi no estuvo enfermo. Falleció serenamente el 20 de diciembre de 1956 en Santiago, donde había nacido el 17 de diciembre de 1858.

La casa se llenó de familiares y amigos. Llegaron todos los Directores de la Sociedad de Instrucción Primaria, Directoras y profesoras de sus escuelas.

El Ministro de Educación, Francisco Bórquez, ordenó a todos los colegios izar la bandera a media asta y así lo hizo también la Universidad. Todos los diarios traían su retrato y editoriales, destacando su personalidad y obra. En "El Mercurio" Raúl Silva Castro le dedicó un gran artículo.

Llegaron hasta su capilla ardiente Su Eminencia, el Cardenal Arzobispo José María Caro Rodríguez y su secretario Monseñor Fuenzalida; le rezaron responsos. El Cardenal apreciaba mucho a Don Claudio. Llegaron igualmente el Rector de la Universidad de Chile, Juan Gómez Millas y el de la Universidad Católica, Monseñor Alfredo Silva Santiago. Pasaron también a presentar sus condolen-

cias Fernando Alessandri, Presidente del Senado; Enrique Bahamonde, Contralor General de la República; la Alcaldesa Srta. María Teresa del Canto, Ministros, magistrados e infinidad de personalidades destacadas. Los niños y profesoras de sus escuelas lo rodeaban en guardia permanente.

A la mañana siguiente fué trasladado a la Iglesia de Santa Ana. Allí el Párroco Monseñor Francisco Vives ofreció solemnes exequias, a las que concurrieron Su Eminencia el Cardenal y el Ministro de Educación. La enorme iglesia estaba atestada de gente y junto a él estaban los niños.

Partió el cortejo al Cementerio General. Allí lo esperaba otra multitud y una calle de niños y niñas con ofrendas florales. Al descender la urna tomaron su cabeza Arturo Matte, al que amó como a otro hijo y el esposo de Rosa Elvira, Joaquín Prieto Concha.

El Presidente de la República se hizo representar por un edecán.

En una tribuna bajo los árboles usaron de la palabra el Ministro de Educación, en nombre del Gobierno; Alejandro Méndez García de la Huerta en representación de la Sociedad de Instrucción Primaria; el Rector de la Universidad de Chile; el Director de Educación Primaria, Luis Gómez Catalán; Enrique Marshall en su calidad de Superintendente de Educación y el Senador Raúl Marín Balmaceda, por el Partido Liberal.

Tanto en el Senado como en la Cámara de Diputados se le rindió homenaje. El Boletín de Sesiones del Senado publicó los hermosos discursos de Raúl Rettig y de los Senadores Coloma, Quinteros, Frei, Videla Ibáñez, García, Cruz Coke y Raúl Marín Balmaceda. El de la Cámara los discursos de Luis Valdés Larraín, Jorge Meléndez, Sebastián Santandreu, Aldunate y Salinas.

La Superintendencia de Educación acordó publicar una biografía de su vida ejemplar para ser repartida profusamente en las escuelas y una antología con trozos escogidos de los informes y trabajos pedagógicos del Sr. Matte Pérez.

La Municipalidad de Renca le rindió un homenaje y le dió el nombre de Claudio Matte a una calle.

Las Usinas de Huachipato ya han destinado una suma de muchos millones pa-

ra una gran escuela "Claudio Matte" que empezará a construirse en 1958 para los hijos de sus obreros. Con motivo del primer aniversario de su muerte las hijas Rosa Elvira Matte de Prieto, María Teresa Matte de Belaunde y la nieta María Elvira Reyes de Ariztía han querido honrar la memoria del hombre ejemplar, destinando 40 millones de su herencia, para una escuela que lleve su nombre. Fernando Alessandri hizo entrega de la primera cuota, en su carácter de Juez Partidor, a Don Alejandro Méndez García de la Huerta como Presidente de la Sociedad de Instrucción Primaria.

Esto es sólo un comienzo... A medida que pasa el tiempo su figura va creciendo.

Todo pasado fué un presente tan vivo como el de este momento. Don Claudio entró en la eternidad; pertenece al pasado, pero tan cercano, que aún no tenemos la perspectiva para verlo en toda su grandeza, tanto más que, dentro de su fiera modestia, hizo todo para no ser visto. Sus obras tan magnas, su personalidad tan poderosa lo van destacando, pese a todo, a medida que nos alejamos en el

tiempo. Su figura traspasa las fronteras y es ya uno de los grandes valores americanos.

Poseyendo todos los medios para hacer una vida placentera se entregó al trabajo. Sacrificó sus fuerzas, su tiempo, su fortuna para remediar el mayor mal del país: la ignorancia popular.

Fué un hombre que tenía sus pies firmemente puestos en esta tierra, pero al mismo tiempo era visionario con esa clarividencia de los espíritus privilegiados.

Su pensamiento y su corazón estaban en la pobre escuela primaria, en los niños del pueblo. Ellos fueron el amor reconcentrado de su vida. Los quería ver convertidos en ciudadanos conscientes, de sólidas virtudes privadas y cívicas y hacer así de Chile una gran nación.

Así como en las puestas de sol maravillosas perdura la luminosidad por mucho tiempo, así para nosotros su recuerdo y al recordarlo resuena en nuestra alma su frase mil veces repetida: "Nuestro pueblo es de muy buena pasta; lo que le falta es educación".

Es la misión que él deja a quienes quieran seguirlo.

BIBLIOGRAFIA

MATTE, CLAUDIO. (En colaboración con Valentín Letelier). *Las Escuelas de Berlín*. Santiago. Imprenta Nacional, 1885: 98 págs.

MATTE, CLAUDIO. (En colaboración con Valentín Letelier). *La Instrucción Secundaria y La Instrucción Universitaria en Berlín*. Santiago. Imprenta Nacional, 1885: 163 págs.

MATTE, CLAUDIO. *Estudio Comparativo sobre la Enseñanza de la Lectura considerada históricamente y en su estado actual*. Santiago. Imprenta La Unión, 1886: 30 págs.

MATTE, CLAUDIO. *La Enseñanza Manual en las Escuelas Primarias. La Enseñanza de los Trabajos Manuales*. Santiago. Imprenta Cervantes, 1888: 112 págs.

EDICIONES DEL SILABARIO

MATTE, CLAUDIO. *Nuevo Método (Fonético-Analítico-Sintético) para la Enseñanza Simultánea de la Lectura y Escritura*. Leipzig. Imprenta de F. A. Brockhaus, 1884: 58 págs.

En la misma Editorial se hicieron 11 ediciones más —iguales— hasta el año 1902.

NOTA:

Desde el año 1903, la Sociedad Instrucción Primaria hizo editar el Silabario en Chile, año a año, sin variación alguna hasta completar en 1957, 60 ediciones con un total de 11.200.000 ejemplares tirados. La colección completa de estas ediciones no existe ni en la Sociedad de Instrucción Primaria, ni en la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional.

En el Museo Pedagógico de Chile, dependiente del Ministerio de Educación Pública, se encuentran las siguientes ediciones:

- MATTE, CLAUDIO. *Nuevo Método*. Leipzig. Imprenta de F. A. Brockhaus, 1901. 12ª edición. 58 págs.
- *Nuevo Método*. Santiago. Talleres de la Empresa Zig-Zag, 1912. 23ª edición. 64 págs.
- *Nuevo Método*. Santiago. Imprenta Universo, 1915. 25ª edición. 64 págs.
- *Nuevo Método*. Santiago. Imprenta Simionetti, 1918. 29ª edición. 64 págs.
- *Nuevo Método*. Santiago. Imprenta Universo, 1921. 32ª edición. 64 págs.
- *Nuevo Método*. Santiago. Imprenta Universitaria, 1922. 33ª edición. 64 págs.